

# Espiritualización del ser humano

Chema Álvarez msc



Desclée De Brouwer

CHEMA ÁLVAREZ, msc

ESPIRITUALIZACIÓN  
DEL SER HUMANO

---

DESCLÉE DE BROUWER  
BILBAO - 2016



© Chema Álvarez, 2016

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A., 2016

Henao, 6 - 48009 Bilbao

[www.edeslee.com](http://www.edeslee.com)

[info@edeslee.com](mailto:info@edeslee.com)



[EditorialDesclee](#)



[@EdDesclee](#)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –[www.cedro.org](http://www.cedro.org)–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-330-3789-3

Adquiera todos nuestros ebooks en

[www.ebooks.edeslee.com](http://www.ebooks.edeslee.com)

# INTRODUCCIÓN

---

El presente trabajo se ofrece a personas deseosas de dar un paso más allá de la mera religión, que pueden ser cristianos insatisfechos con lo que conocen y viven, o simples buscadores del trasfondo de la fe; también a los creyentes de “algo”, por eso que dicen de que “*en algo hay que creer*”; y, por qué no, a cualquiera que pueda estar interesado en descubrirse más a sí mismo en este terreno. Pero, en cualquier caso, a todos los que andan a la búsqueda de una interpretación de lo divino que les llene y motive.

Lo divido en dos partes, “*Espiritualizarse*” y “*Vivir en el Espíritu*”, que vendrían a ser como la teoría y la práctica del tema, y que por lo tanto pueden leerse de corrido o reflexionar cada una por separado. Pero eso queda al propósito de cada cual.

Como la fuente principal de mi inspiración son Jesucristo y su Evangelio, las citas en que me apoyo suelen ser solo bíblicas, ya que no pretendo un trabajo que recoja textualmente el de otros sino mi propia reflexión al respecto. Reflexión que nace espontánea y sin duda inspirada por ese Espíritu que a todos anima en cuanto se le deja obrar.

Y ésa es mi pretensión al ofrecer este trabajo: animar a descubrir y vivir, aquí y ahora, la Presencia que es nuestro Origen y nuestro Destino. La misma que me ha movido a mí a escribir estas páginas.

Chema Alvarez, msc

## PRIMERA PARTE

# ESPIRITUALIZARSE



*«El objetivo de la vida es nacer plenamente, pero la tragedia consiste en que la mayor parte de nosotros muere sin haber nacido verdaderamente.*

*Vivir es nacer a cada instante».*

Eric Fromm

\* \* \*

*«Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros... Y si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros».*

San Pablo, carta a los Romanos, 8,9.11

\* \* \*

## PRÓLOGO

---

La pregunta que se hace el hombre que pretende espiritualizarse es si se puede ir más allá de los impulsos primarios (alimentación, reproducción, supervivencia). Solo si la respuesta es afirmativa se abren perspectivas de eternidad elegida y guiada por esas capacidades que precisamente facultan al hombre para trascender la materia, lo visible-palpable y cotidiano. En el caso contrario, algo que muchos parecen buscar y alentar con actos de barbarie, no se vislumbra otro camino que el regreso a esa rueda del “eterno retorno” en el que la materia se rehace continuamente a la búsqueda de su propia evolución. Ahí el hombre deja de ser propiamente tal para quedarse por debajo de la humanidad adquirida, de los logros alcanzados, y convertirse así en una baza inútil para la Vida, una especie de parásito de la Humanidad y del Universo que ni merece ni puede progresar.

Por ello es muy importante comprender que el Bien, que de alguna manera nos guía y tira de nosotros hacia la espiritualización, no es una norma que se nos impone desde fuera, sino una luz que brota de dentro y nos ilumina para discernir el camino. Es el último paso, por ahora, de la Evolución que conocemos, la misma que viene haciendo progresar todo lo que existe llevándolo de la Nada al Todo, de lo más simple a lo más complejo, de la dispersión primigenia a la unificación del final de los tiempos.

La moral que nace de ahí tiende necesariamente a la liberación, no a la coartación, de forma que solo pueden entenderse los mandamientos de las religiones como un primer y tímido apuntalamiento del Bien. Es por eso que el anuncio profético de tiempos mejores, “*Escribiré mi Ley en vuestros corazones*” (Jer 31,33), no es una mera proclamación de buenas intenciones divinas sino el anuncio de todo un paso evolutivo que el ser humano ha de dar forzosamente para seguir siendo tal. De esta manera, lo mismo que ha de reconsiderar su comunicación con lo que le rodea y con lo trascendente, contemplación y oración, el “*hombre espiritual*” está obligado a elaborar su propio código moral a la luz de la ética particular que ha de albergar esta nueva situación.

¿Son de temer esos cambios y novedades, y en especial esa invención ético-moral? Bajo el punto de vista de lo que llamaríamos “*antiguo régimen*”, el de la visión primitiva que de Dios suelen ofrecer las religiones, sí, en la medida que supone una emancipación de normas y actitudes que favorecen la pervivencia de situaciones sociales, políticas y

religiosas, que a muchos benefician. Pues la organización mundial entera se resentiría, sin duda, de un cambio individual que afectara tan profundamente al colectivo, y surgirían demasiados intereses creados como para permitir, alegremente, semejantes cambios.

Sin embargo, en función del bien del individuo y de la propia Humanidad a la que cada uno representa a su manera, no solo no hay que temer ese cambio sino que debe favorecerse. La razón primera es ese impulso interior que nos lleva al mismo, pero la razón segunda no es menos importante: estamos obligados a ello si no queremos desaparecer como especie, lo mismo que en la historia de este mundo que conocemos han desaparecido miles de criaturas que no encajaban en el esfuerzo evolucionador de la Creación. Estaban ahí, tuvieron su tiempo de esplendor y seguramente aportaron mucho al conjunto, pero se ve que no fueron capaces de progresar al compás que a todo se le ha marcado.

Indudablemente, ese ansia de libertad que experimentamos al tiempo que la anhelamos, es motor certero que nos lleva a esta progresión espiritual. Y no deja de ser una paradoja que uno de los medios para conseguirla sea la postergación de normas y convenciones que ayudaron a alcanzarla en un primer estadio de nuestra historia. Pero es que ésa es la paradoja de un Universo que fabrica galaxias a partir de estrellas que se extinguen.

I

## LOS DIFERENTES NIVELES

---

A modo de explicación del devenir espiritual del ser humano, podríamos hablar de tres niveles básicos más uno de consolidación.

El primer nivel es el de la “religión”, aquel en el que el hombre fabrica “lazos” con los que amarrar su existir a unos poderes y conocimientos que le superan y que de alguna manera busca controlar mediante ritos y cultos, catalogar a través de dogmas y definiciones, y vivenciar transformándolo todo en actitudes sociales. En esta etapa se pasa de magnificar la creación y adorarla a inventar divinidades que son proyección tanto de necesidades como de excesos.

El segundo nivel llega cuando el ser humano recibe y acepta de algún modo “revelaciones” que elevan el listón de lo religioso y le presentan una visión de lo divino, de lo espiritual y de lo humano, que no es fruto de su inventiva o de su interés. Aquí entran tanto los personajes inspirados que lideran sectores mayores o menores de la humanidad como la propia capacidad del individuo que se deja de alguna manera captar por lo divino y busca dentro y fuera de sí mismo respuestas no predeterminadas ni condicionadas.

El tercer nivel es el de la “espiritualidad” y supone dar el salto de la comprensión o “iluminación”, mediante la cual se descubre tanto la presencia universal de lo divino y su unicidad como nuestra implicación en ella. Es sencillo, en cuanto que no supone más que un “dejarse captar” por la realidad de una omnipresencia que te habla tanto desde fuera como desde dentro de ti; y es complejo, en la medida que esa realidad solo se abre paso en proporción al desprendimiento que pueda hacerse de todo lo que dificulta su captación y asimilación.

En el primer nivel, a Dios se le supone en la distancia y tiende a ser incomprensible además de indefinible; de ahí que se le “bautice” con títulos que proyectan las ambiciones de quien lo imagina (el “Todopoderoso”, el “Omnisciente”, el “Eterno”...). Y la relación con Él sigue las pautas del comercio, de la transacción interesada, el viejo “*yo te adoro y te hago ofrendas para que Tú me protejas y concedas*”, porque lo que prima es el conseguir un beneficio mutuo, el que ambas partes reciban su gratificación por el acuerdo realizado.

En el segundo se dibujan ya rasgos más auténticos de lo divino, en cuanto que se trata de una verdadera manifestación suya y lo que prima es su cercanía, de manera que la relación con Dios entra en el terreno de la amistad, la filiación o la sabiduría, que alimenta al hombre como criatura.

En el tercero, que viene a ser la respuesta coherente al nivel anterior además de su conclusión lógica, se experimenta ya la comunión del Creador y la criatura, trascendiéndolo todo, y se vuelve habitual ese diálogo entre ambos que permite desvelar los porqués de la existencia y de todo lo que inquieta al hombre en cuanto criatura pensante.

Un cuarto nivel, ya no básico como estos sino más bien de consolidación, que diríamos, apunta a una superación de todo lo anterior como forma de evolución completada que hoy solo podemos intuir. Somos criaturas invitadas a espiritualizarse, pero nuestros sentidos, alimentados al tiempo que limitados por nuestro cerebro, no nos permiten más que imaginar este proceso, y es el corazón (entendido como síntesis y manifestación del alma) quien nos invita a intuir lo que nos resulta del todo imposible concebir.

Otras capacidades de percepción, propias de nuevas dimensiones de la existencia, es lógico que han de alumbrar otros niveles que ahora no podemos ni imaginar y serán otros los que llegarán a ellas. Lo absurdo es querer ceñir lo que llamamos Dios a nuestra limitada inteligencia y a nuestra breve historia humana, y por eso todo lo que hoy sabemos o entendemos, por muy bueno, santo o magnífico que pueda parecernos, hemos de tratarlo como mero apunte de una Realidad que nos desborda. Y así, las religiones, como cualquier otro invento humano, deben ser apeadas de toda pretensión absolutista en aras de una Verdad que las supera y de la que ellas han sido un digno punto de partida pero en modo alguno de llegada. Pues lo mismo que hoy podemos reírnos, por no decir burlarnos, de aquellos tratamientos sanitarios que aplicaban nuestros antepasados, igualmente nosotros podemos enjuiciar la herencia religiosa recibida y dejar que quienes nos continúen encuentren y se relacionen con Dios a su manera.

## II

## LA RELIGIÓN

---

El primer nivel, el de lo que conocemos como “religión”, comienza en el momento mismo en que el ser humano puede considerarse como tal aportando al mundo la capacidad de reflexionar y cuestionarse sobre sí mismo y sobre su entorno, sazónándolo todo de una determinada trascendencia. Arqueológicamente hablando, sería el momento reflejado en esos enterramientos y pinturas paleolíticas que nos sugieren que esa criatura que hacía tales cosas tenía una creencia concreta. La creencia, en esos casos, podría ser la de que la vida humana tiene una continuación más allá de la muerte o una conexión con la fuente de que procede (*“Madre Tierra”*), y por ello se realiza un enterramiento en postura fetal, con pigmentos que recuerdan la sangre y acompañando el cadáver de sus pertenencias o galas; o que determinados ritos y gestos tienen propiedades especiales respecto al entorno (*magia simpática*), que permiten favorecer la caza o modificar el comportamiento de animales y personas. Ciertamente hay una serie de pasos que duran siglos y que se subdividen en etapas de magia y de mito, pero en todo flota ya ese “*re-ligare*”, esa atadura en doble dirección que pretende vincular al hombre con lo divino.

En cualquier caso, son detalles que apuntan a un hecho que con el paso de los siglos se irá afianzando: el ser humano es creyente por naturaleza. Creyente en sí mismo como criatura capaz de trascender sus limitaciones y llegar más lejos, en la dirección que su inteligencia naciente le sugiere. Y creyente en que lo que le rodea tiene unas claves de existencia y actuación que, si se descubren y controlan, pueden reportarle determinados beneficios. Ambos aspectos de creencia confluyen en una meta que el ser humano se pone a sí mismo y que no es sino trasposición neuronal o pensante del impulso mismo de la evolución: llegar más lejos, perfeccionarse, alcanzar un poder que no es sino reflejo de la evolución genética impresa en todos los seres vivos. Tal vez porque busca comprenderse, explicarse a sí mismo y al todo en el que se ve inmerso, e intuye que en el “creer” reside su mejor punto de apoyo para conseguirlo. Intuición que le llevará a fabricar religiones como un segundo y gran paso.

Esta “*creencia*” que configura el primer nivel tiene mucho de temerosa y hasta de humilde en su primer momento, consecuencia lógica de la situación de necesidad y desamparo en que se ve a sí mismo el hombre, pero evoluciona hacia la prepotencia y la imposición en la medida que cree comprender y controlar los hilos que establecen su

relación con lo que le supera.

Eso que le supera, a lo que designa “dios” de diferentes maneras, es un poder a la vez temido y envidiado, y el hombre supone que la mejor manera de relacionarse con él es el trueque: “do ut des”, “yo te doy, para que tú me des”, y así establece su religión como una forma de negocio, de intercambio. Negocio con los dioses o potencias con las que no hay más remedio que contar para superar, primero, los problemas cotidianos del existir y, segundo, alcanzar cotas de poder o desarrollo. Algo tan simple como ofrecer a todo lo que se considera divino lo que se supone le agrada, a cambio de lo que uno necesita o desea.

De esta manera, a la par que multitud de divinidades y fuerzas dignas de ser consideradas, aparecen también los ritos y cultos como medio de relación con ellas, y las oraciones y conjuros como forma de invocación o acercamiento. Lógicamente, hay una gradación en todo este proceso, que puede seguirse perfectamente a lo largo de la historia de la Humanidad. Porque el hombre tiende a perfeccionar sus herramientas en todos los sentidos y estas lo son de cara al más interesante de los negocios que ha descubierto: el trato con lo que le supera, la relación con ese “más allá” del que depende este más acá. En el fondo, no es sino la aplicación de sus neuronas y su instinto de supervivencia a esta parcela de la vida, y la evolución en este sentido es por tanto lógica.

Este estructura que se crea puede definirse como religión en la medida que supone un “atarse” o “entrelazarse” con lo divino (“re-ligare”). Y va cobrando dimensiones y aspectos diferentes al compás del variado asentamiento geográfico de la Humanidad y de sus peculiares modos de evolución. Paralelamente, en la medida que se descubre el beneficio colectivo de lo religioso más allá del meramente individual, las religiones se hacen propias de pueblos, naciones y culturas, como una base más de su progreso. Baste para comprenderlo la importancia que tenía para sociedades de la antigüedad tan desarrolladas como la griega o la romana, en cuyas culturas bien puede hacerse este estudio y a él me remito.

Precisamente para garantizar el progreso de los pueblos y el mantenimiento de lo conseguido, las religiones tienden a añadir “dogmas” y otros condicionamientos similares a su estructura como una forma de asegurar lo que son. Y esto divide claramente a los creyentes de los no creyentes, a los propios de los extraños, estipulando lo que supone estar en la legalidad de una fe o de un culto y lo que conlleva el no estarlo. Y lleva aparejado el ostracismo y la condena de las disensiones en la medida que hace peligrar los logros de todo un pueblo en ese terreno de la creencia y de sus consecuencias positivas.

Curiosamente, esta fue la razón principal del enojo romano con los cristianos, porque estos atentaban contra la esencia del “*modus vivendi*” de esta cultura. Ellos, los romanos, habían aceptado sin problemas en su panteón a muchos dioses desconocidos que iban aparejados a sus conquistas, pues su mentalidad tan pragmática como supersticiosa les impelía a ello. Pero el dios único y exigente de los cristianos, que no se limitaba a circunscribirse a un lugar geográfico o a un pueblo o sociedad determinados, como era el caso del judaísmo, y que tampoco entraba en el juego de las dádivas a cambio de la pleitesía, les planteaba un verdadero conflicto. Y es que eran, aparentemente, dos concepciones distintas de lo religioso enfrentadas por diferentes matices, pero en el fondo se trataba de la supervivencia o no del *sistema económico* romano, de su “negocio” particular con unos dioses que les protegían en la medida que eran servidos. Algo, en fin, que no podía permitirse todo un imperio fundamentado en el poderío militar y en el sometimiento de otros pueblos, en la esclavitud y la violencia, convenientemente bendecidos por las divinidades a las que se encomendaban. Y así necesariamente chocó con unos valores cristianos que no podían menos de cuestionar tales principios, como igualmente seguirá pasando siempre que el mensaje evangélico se contraponga a religiones y creencias igual de primitivas en sus planteamientos respecto a Dios.

# III

## LAS REVELACIONES

---

Se puede decir también que en este encuentro entre los mundos romano y cristiano se produce igualmente un choque entre el primer nivel y el segundo, el de las revelaciones. No fue el primero, pero sí el que mayor trascendencia ha tenido de cara a la historia de la Humanidad, y por eso merecería la pena tratarlo con detalle. Pero lo que ahora cuenta es explicar de qué va este segundo nivel.

A diferencia del primero, aquí la base está no en la reflexión que el hombre se hace sobre lo que observa, sino en la intuición que desarrolla o la iluminación que recibe. Lógicamente, este nivel presupone la existencia de “Algo” que antecede al mismo hombre y del cual procede todo el marco en el que se desarrolla su existir, pues de no ser así en vez de hablar de *intuición* tendríamos que hablar de *invención* o *fabulación*. Con este supuesto, se puede entender que ha habido y hay personas que han presentido aspectos de lo divino que escapan al esquema de las religiones. Y, por lo mismo, personas que incluso han podido ser destinatarias de auténticas revelaciones o iluminaciones, partiendo de la base de su capacidad receptiva a las mismas, algo que en la humanidad es tan particular como puede serlo un coeficiente cerebral determinado o unas capacidades físicas únicas.

Cabría establecer baremos para calibrar la veracidad o el grado de esas intuiciones o revelaciones, pero lo cierto es que la Humanidad se ha guiado para aceptarlas más por su propia intuición o corazonada que por demostraciones científicas. De esta manera la Humanidad, en distintos momentos y en diferentes lugares de la Tierra, ha dado por válidas algunas de estas revelaciones, como un verdadero progreso con respecto a la religión.

Sus características, frente a la idea de religión antes expuesta, son principalmente que la idea de “Dios” deja de ser una invención para adquirir los rasgos propios de la autenticidad, con todo lo que eso supone de progreso y de acercamiento al Misterio; que cesa por sí misma la idea de “trueque” y con ella lo que ritos y cultos pueden tener de negocio; que el hombre empieza a descubrir su verdadero lugar en la creación en que se enmarca y a valorar otros aspectos de su existir que anteriormente, con la religión, quedaban desaprovechados.

Es, en síntesis, una invitación a la evolución espiritual (y también material) del ser

humano, tan lógica que permite ver como perfectamente coherentes esas intuiciones y revelaciones. Porque el desarrollo del pensamiento humano exige una visión de sí mismo y de los demás que no puede quedarse anclada en la sumisión pregonada por unas “religiones” que convierten al hombre en poco menos que lacayo de otros entes superiores.

El problema es que este nivel ha quedado casi a la altura del anterior en la medida que el pueblo llano tiende a hacer de las revelaciones otra forma de religión. Porque el afán de metodizar lo revelado, o la misma distorsión provocada a veces por el trasvase de lo divino a lo humano, acaban por convertir el mensaje más grande en algo trivial. Trivial pero práctico, manejable, adaptable a la conveniencia de cada uno. Y de ahí a la creación de una forma de religión no hay más que un paso, que se ha dado y se da con enorme facilidad. Por decirlo en pocas palabras: la revelación supone una novedad que exige un trabajo personal de reflexión y de cambio; y es más cómodo reducir todo eso a otra nueva forma de religión que solo requiera una cierta adhesión y unos ritos más o menos fáciles y gratificantes.

El caso del cristianismo, por citar algo bien conocido, es ése. Jesús de Nazaret anuncia una revelación que rompe tanto el esquema religioso judío como el greco-romano. Pero, a lo largo de los años, sus seguidores derivan esta revelación al molde de una nueva religión que engloba y supera a las otras, como bien puede verse en todo el episodio histórico del emperador Constantino. A partir de ahí, y tras siglos de avatares cristianos, se pueden distinguir los diferentes giros que reconducen una hermosa revelación al panteón de las formas religiosas más primitivas, incluidas la superstición, la representación divina en la tierra, o la magia del control del más allá.

Al llegar a este punto sería aconsejable hacer un estudio, aunque fuera breve, de la deriva de las revelaciones hacia el terreno de la “religión”, particularmente con el judaísmo y el cristianismo, aunque también podría hacerse con el budismo y el Islam, pues resultaría muy clarificador al respecto. Siempre, claro está, con las salvedades propias de los planteamientos inherentes a cada expresión religiosa. Con esa intención quiero fijarme y proponer una mínima reflexión sobre las que, para mí, son las tres revelaciones más significativas que nos ofrece la Biblia. Para ver, al menos, de intuir lo que Dios nos ha propuesto al manifestarse y contrastarlo con lo que nosotros hemos acabado haciendo.

### **La revelación a Moisés (*ver Ex 3,1ss y paralelos*)**

Independientemente de la fuente de esta revelación (¿creencia primitiva semita?, ¿divinidad parental hebrea?, ¿atonismo?, ¿vínculos de Moisés con la revolución de

Akenaton?...), la revelación que experimenta Moisés tiene su grandeza en la definición misma de Dios como *“El que es”*, que establece unas pautas nuevas de comprensión de lo divino y de relación con ello. Indudablemente, esta revelación será después manipulada y retocada por los múltiples influjos que recibió un pueblo poco preparado para vivenciar una idea tan avanzada y completa.

Frente a unos grupos étnicos muy condicionados por su dependencia de los “dioses” (la tierra, el ganado, la lucha por la supervivencia, etc.), surge aquí una visión de Dios que intenta reorientar el crecimiento de una Humanidad capaz ya de superar las ataduras de lo religioso.

### **La revelación a Elías (ver 1Re 19,9-13)**

Completa la anterior, manifestando la forma de relación preferida por ese Dios que se asimila a *“la existencia”*, *“la vida”*, *“el ser por excelencia”*: frente a la vieja concepción religiosa de las fuerzas de la naturaleza, de lo impresionante, de lo *“tremens et fascinans”*, se da a conocer un Dios que es *“suave brisa”*, es decir, caricia, frescor, amabilidad, consuelo, ternura... especialmente como respuesta a los conflictos y sufrimientos del ser humano, los mismos que padeció el profeta Elías. En una palabra, todo aquello que favorece el entendimiento con el hombre en su dimensión afectiva, profundamente humana y sensible.

### **La revelación en Jesucristo**

Era el paso lógico. Un Dios que es *Vida* que se expresa con *sentimientos*, más pronto o más tarde tenía que tomar cuerpo en la vida humana misma. Es lo que Jesús de Nazaret experimenta y vive, y así enseña que *“El Padre y él son una misma cosa”* (Jn 14,9-11). Y la presentación que hace de Dios como *“Abbá”* redondea esa familiaridad, esos vínculos de vida que entrelazan al Creador con su creatura, que se extienden a toda la Humanidad al ser reconocida esta en su totalidad como *“hijos de Dios”* (Jn 1,11-12; Rm 8,14-17; 1Jn 3,1-2). Y establecido el amor al prójimo como la forma elemental de darle culto a Dios, además de ser puesto en paridad con el mandamiento primero y principal de la religión judía (Mt 22,36-40).

Así es cómo la idea del Amor hecho amor, expresada tan claramente en la proclamación conciliar de que *“El Hijo de Dios, con su encarnación, nos amó con un corazón humano”* (ver Const. *“Gaudium et spes”*, 22), manifiesta el culmen de la revelación divina. Y ahí es donde resulta obligado el salto a la Espiritualidad, pues la Religión clásica, la del *“do ut des”*, queda arrumbada desde el momento en que Dios se

manifiesta a sí mismo como Amor (1Jn 4,8.16) y amando a sus criaturas antes de ser amado por ellas (1Jn 4,19; Rm 5,8) y dispuesto siempre a aceptarlas y recibirlas en comunión con Él por encima de sus debilidades (Lc 15,11-24). Es la conclusión que rebosa un Evangelio que en verdad es “*Buena noticia*” para una Humanidad necesitada de una comprensión de lo divino que le liberara de siglos de suposiciones y de interpretaciones interesadas.

Esta manifestación de Dios en Jesucristo compendia todo lo válido de las dos anteriores además de superarlas. Esta es una de las conclusiones más interesantes que pueden deducirse del famoso pasaje evangélico de la “Transfiguración” (ver Mt 17,1-8 y par.), que normalmente se entiende como el refrendo de la Ley (Moisés) y el Profetismo (Elías) a la persona y la obra de este Jesús de Nazaret. Pero que también podemos interpretarlo como el resumen de la revelación que Dios ha querido hacer a la Humanidad, al tiempo que es la confirmación de Jesucristo como máximo exponente de la misma. Pues aquí no se trata ya de personajes importantes de los que Dios se sirve para darse a conocer sino de la plena encarnación de lo divino en lo humano (Hb 1,1-4; Jn 1,1-14).

# IV

## LA ESPIRITUALIDAD

---

El tercer nivel es el de la espiritualidad, entendida como una trascendencia, a la que apuntan ya de alguna manera tanto las religiones como las revelaciones y a la que si no se llega con ellas es por los intereses espurios que se les añaden a ambas. Pero es el camino lógico al que está abocada una Humanidad cuyo ingenio y curiosidad innatos le mueven a preguntarse lo mismo por lo que ve que por lo que intuye.

Trascendencia que es tanteo, pero que se vuelve comprobación en la medida que esa búsqueda ofrece paz y dicha al que la busca; y genera, a su vez, nuevos mecanismos que confirman el interés y la importancia del camino escogido. Multitud de seres humanos, múltiples escuelas de investigación, corrientes filosóficas y hasta sistemas variadísimos a lo largo de una historia común de miles de años, lo confirman de alguna manera: el hombre es creyente por naturaleza y, además, experimenta el “tirón” de la trascendencia.

A lo largo de los siglos el hombre ha saboreado lo trascendente lo mismo en el silencio de la contemplación que en la actividad de un ejercicio admirable. Y así se puede descubrir tanto en la consagración del asceta como en la entrega de un artesano. Son momentos de magia, de plenitud, de sintonía con algo que desborda la realidad y que, aunque no se sepa definir, deja en quien lo experimenta la sensación de logro, de acierto, y de puerta abierta que anima a progresar. De esta manera es como pasa de descubrimiento gozoso a imán que atrae con una fuerza por completo ajena a quien lo experimenta. E invitación, por tanto, a comprender que somos algo más que una materia animada y pensante.

Sin duda alguna, la trascendencia debería ser el verdadero objeto de la religión o de la revelación pero al pervertirse o deteriorarse estas es mejor definirla como “*espiritualidad*”, para marcar el contraste. Por ello creo que la palabra “*espiritualidad*” sería la mejor manera de nombrar este tercer nivel, y ver en ella como la cúspide del progreso en la fe del ser humano.

Curiosamente, al tomar extraños derroteros las religiones y las revelaciones, la espiritualidad encuentra aliados en el progreso y la ciencia. Esto es debido al hecho conservador en que se encierran las primeras, temerosas de perder autoridad o romper sagrados dogmas, que las obliga a considerar enemigo el simple progreso humano. Por el contrario, la espiritualidad, al no ser deudora de poderíos o tradiciones, tiene toda la libertad para volar lejos en alas de los descubrimientos.

Una vieja lucha de la Humanidad consigo misma ha sido el conflicto entre lo viejo y lo nuevo, entre lo que da seguridad y lo que augura riesgo. Y religiones y revelaciones, hábilmente manipuladas, han venido a convertirse en garantes de lo antiguo, de lo preestablecido, en vez de puertas abiertas a la eterna novedad que supone lo divino como algo pendiente siempre de descubrir. La espiritualidad, por su parte, no tiene estos temores y está abierta, por tanto, a cualquier inspiración. La razón es que la novedad, el descubrimiento, la verdad misma, no pueden perjudicarle porque ella sabe muy bien que todo lleva a esa trascendencia que es su meta.

La base de la confianza de la espiritualidad está en su certeza de la omnipresencia y acierto de Dios como Origen y como Destino además de como Camino. Él es “Alguien” que desborda nuestro conocimiento de tal manera que es absurdo perder el tiempo queriendo definirlo o comprenderlo, y que no hay mejor manera de conocerle, en la medida de nuestras posibilidades, que experimentar la vida que nos ha dado y la que nos rodea y envuelve.

El camino que ha de recorrer la espiritualidad no es otro, pues, que el de vivir la vida como una experiencia, empaparse del existir sin la petulancia de querer controlarlo más allá de nuestras naturales limitaciones, y estar atento a las múltiples huellas que el Creador ha dejado en su creación para seguir las como señales de pista.

Y para no caer en los riesgos de la religión, es decir, para no hacer de esto una religión más, comprender que este Dios único es tan distinto como variada y cambiante resulta su multiforme creación, y aceptar que cada cual lo experimenta a su manera y está llamado a participarlo, a dialogar con Él, con su propio y peculiar lenguaje.

Y para no reducirlo a una revelación más a la que imitar o secundar, comprender que este Dios es como un diamante de millones de facetas que, aunque conozcamos y nos fascinen muchas de ellas, lo más que podemos hacer al hablar de lo conocido por cada cual es subrayar que esa revelación nuestra se complementa con la de todos los demás espectadores y degustadores del único Dios.

Comprender, en suma, que la idea que podamos tener de Dios no le afecta a Él, sino a nosotros, y de ahí lo importante que es dicha idea... para nosotros mismos. Compartir esta idea, enriquecernos mutuamente con lo que cada cual ha descubierto, es tarea posterior a la *iluminación* que pone en marcha la espiritualidad. Y tener la prudencia de no convertir esto en una religión más, sino en una manera de vivir la vida en comunión con los que así lo entienden y con los que no, es el paso lógico que ha de seguir a ese descubrimiento. Es lo que se expresa cuando decimos que *la fe supone un descubrimiento personal que se ha de vivir en comunión con los demás.*

Un escollo importante de esta visión de lo religioso está en su forma de transmisión a otros y a las generaciones venideras. ¿Cómo explicarla a los actuales y transmitirla después a los venideros si se prescinde del útil esquema organizativo de las religiones, o del padrinazgo de gobiernos y autoridades, e incluso del apoyo de los medios que pueden darlo a conocer y difundirlo? La solución estaría en el mismo devenir natural del ser humano, favoreciendo, educacional y simplemente, el que al individuo se le sitúe ante esas cuestiones que son tan viejas como la Humanidad y a las que religiones y filosofías ya han dado respuesta a su manera: *¿quiénes somos?*, *¿cuál es la razón de nuestro existir?*, *¿y nuestras perspectivas...?* Con la diferencia, vital además de básica, que no se darían respuestas preconcebidas y de antemano orientadas, como hacen las religiones.

La duda es si seremos todos tan honestos como para ponernos unos a otros ante la disyuntiva de tener que pensar por nosotros mismos, sin manipularnos de una u otra manera. Si tendremos el coraje de romper con los moldes que nos dan seguridad, y confiar en el Amor de Dios lo suficiente como para ponernos en sus manos como lo hace el resto de lo creado, que no parece desviarse un milímetro de la tarea asignada. Si seremos, en fin, capaces de actuar con esa fidelidad al instinto o a las leyes que lo rigen todo, como lo hacen esas criaturas a las que consideramos “inferiores” por no tener nuestra “inteligencia”.

Si partimos de la hipótesis de que Dios nos ama, no habremos de tener miedo alguno a dejarnos guiar por Él en vez de por sus supuestos representantes o por “gurús” de relativa sabiduría. Si creemos que la vida está abarcada toda ella por Él de tal manera que nada puede serle ajeno ni puede apartarnos de su encuentro, no dudaremos en vivirla con la confianza que da el saber que de Él venimos, a Él vamos, y que el camino en su presencia y compañía hacemos.

V

## HACIA EL CUARTO NIVEL



Esta última reflexión nos acerca ya a ese “*cuarto nivel*” mencionado al principio, pues la puerta que abre el acceso a él está justamente situada en esa confianza que da la visión de un Dios que lo engloba todo, que está presente en todo y que lo guía de tal manera que nada puede perderse. Algo parecido a lo que sucede con esa energía que no se crea ni se destruye sino que, simplemente, se transforma, como dice hoy la ciencia.

La espiritualidad, con su sentido de trascendencia, nos sitúa ya en la rampa de lanzamiento hacia una realidad que solo podemos intuir pero de la cual nos habla con claridad tanto nuestro propio corazón como la existencia que nos envuelve.

Sería absurdo pensar, simplemente a la luz de lo que podemos entender en este momento al contemplar el Cosmos, que en nosotros culmina el progreso de lo creado. Sería una prepotencia propia de siglos pasados, de aquellos momentos de la Historia en que lo conocido se reducía a lo más elemental, al alcance miope de unos ojos que ni siquiera conocían las lentes que multiplican la mirada. Aquella visión limitada justificó una idea también limitada de Dios al quedar reducida su obra a lo que solo se veía o imaginaba en aquella circunstancia, pero lo que hoy sabemos ha ampliado automáticamente las dimensiones de este Dios creador. Al igual que ese descubrimiento de la enormidad macro y micro cósmica ha rebajado drásticamente la prepotencia de un hombre que llegó a creerse paradigma y eje de lo creado.

Por la misma razón, hay que entender que cada día que pase se acrecentará nuestro conocimiento de una realidad que no deja de sorprendernos, y eso nos obligará a estar abiertos a nuevos rasgos del que llamamos Dios y a nuevas pistas para entrar en comunión con Él. Creo que paulatinamente se entrará en otro nivel superior al de la espiritualidad, que a su vez será escalón en el que apoyarse para conseguir mayores alturas, si ello resulta posible a quienes nos continúen en esta dimensión espacio-temporal. Porque esto se irá produciendo al compás que marque el reloj del tiempo, mientras exista el mismo, y en la medida que el espacio lo permita, igualmente mientras se dé, al menos para la Humanidad en su conjunto.

Pero mientras eso llega, el acontecimiento que llamamos “muerte” nos abre otro camino, este ya individual, que apunta en la misma dirección pero con unas connotaciones particulares. Puede ser el salto a otra dimensión o la progresión en la misma, ¿quién lo

sabe con certeza?, pero es bastante probable que se trate de una invitación a continuar con ese crecimiento, con esa maduración de lo que hoy somos en esencia. Al menos este es un denominador común, intuido y expuesto con diferentes rasgos filosóficos y religiosos en el colectivo humano desde siempre.

El simple hecho de considerar este paso, este nivel, nos debiera hacer mirar con más relatividad todo lo que ahora vivimos. Restarle importancia a tradiciones, dogmas y ritos; dejar en un segundo plano las religiones o al menos reservarlas para los que aún precisan de ellas para dar el primer paso; poner en cuarentena las revelaciones que no apunten en esta dirección; y esforzarnos, ¡cómo no!, por estar abiertos a lo que el Creador nos quiera sugerir.

Quien nos ha hecho nos ha enriquecido con la capacidad de pensar y ha sembrado en nosotros la inquietud por descubrir, por alcanzar. Y lo más triste que nos puede pasar es que todo ese ingenio y esa inquietud se malgasten en adquirir autoridad sobre los demás, prolongar cuatro días más la vida, acumular supuestas riquezas o gozar de los placeres más elementales que puede dar la materia.

Por desgracia, las corrientes educacionales siguen estas pautas, lo mismo las familiares que las sociales, y lo que estamos consiguiendo no es sino unas criaturas a medio desquiciar, similares a aquellos personajes huérfanos de autor que describía Pirandello. La auténtica educación, aquella que ya proponía Sócrates con su *mayéutica*, nos ha de llevar a favorecer el que surja lo mejor de cada uno, no a imponer esquemas ni aprendizajes que pueden hacer del individuo un “*buen ciudadano*” o un “*buen creyente*”, de acuerdo con patrones muy respetables pero totalmente ajenos y fácilmente caducos. Dios ha sembrado en nosotros semillas de eternidad, de inmortalidad, y de una especial sabiduría que decimos “mística”, y todo lo que no sea favorecer su crecimiento es atentar tanto contra Él como contra nosotros mismos.



## COMUNICACIÓN-COMUNIÓN CON EL CREADOR



El hombre espiritualizado al que me refiero tiene su propia forma de comunicación con Dios, su oración y contemplación propias. De ellas hablo a continuación, pero empezaré por subrayar que esta comunicación se caracteriza por “*ser comunión*”, en contraste con esas otras formas de relación con Dios que más bien lo que buscan es un beneficio o una satisfacción pero sin implicarse a fondo en su trato con lo divino. En el nivel de la religión, como vimos, lo que cuenta es esa especie de intercambio, el “*do ut des*”, mediante el cual a Dios se le pide o se le ofrece con la simple intención de hacer negocio. Pero aquí lo importante es conseguir una comunión plena, y por ello han de cambiar los parámetros de lo que tradicionalmente se entiende por oración y contemplación.

Orientados por esa intención de comunicación que quiere ser comunión, nos fijamos primero en la oración como tal y estableceríamos una doble premisa para quienes quieran conseguirla: “*Vivir es orar*”, y “*El Cosmos es el templo donde se ora*”.

La primera se explica partiendo de la base de que toda criatura, por ser obra de Dios y formar parte de su designio de eternidad, por el simple hecho de existir y/o vivir ya está dando a Dios ese culto elemental que Él pretende y que se supone es de su agrado. Es la forma de *oración básica*, que diríamos, que todo lo que existe ofrece a su Autor aun sin saberlo. Y si esa forma de vida es consciente y asumida, como es el caso de los seres racionales, pues esa oración elemental puede alcanzar un nivel de comunicación, un diálogo de trascendencia, que aún gratifica más a Dios aparte de colmarle al hombre.

En el ser humano, en su capacidad de comunicación y de elaboración y manifestación de sentimientos, hay implícito todo un potencial maravilloso de relación que en nada puede ser ajeno a quien le ha creado. Pues sería absurdo que el Creador dotara a la criatura de unas capacidades de las que Él mismo no obtuviera alguna satisfacción, y más aún el que una criatura así dotada no ejerciera esa posibilidad. Por esa razón me atrevo a afirmar que la capacidad de existir y/o vivir, en toda criatura, lleva implícita una forma de oración; y que en el ser humano esa oración adquiere una importancia especial al tratarse de una forma de vida consciente, reflexiva y volitiva. Según esto, el hombre, como criatura, viene haciendo ya de forma inconsciente la misma oración-comunicación-comunión con su Creador que realiza el resto de lo creado. Pero en la medida que el hombre comprende esta clase de relación y la desea y procura, pasa a hacerla

conscientemente, pudiendo convertir de esta manera cada instante de su vida en un diálogo perpetuo de amistad y filiación. Sería lo que vino a definir Sta. Teresa, la gran mística, al referirse a la oración como un *“Estar muchas veces a solas, tratando de amistad con quien sabemos nos ama”*, entendiendo aquí la vida como una prolongada oportunidad de esa especial soledad contemplativa dentro del tráfigo de lo cotidiano.

El hombre espiritualizado comprende esto y lo lleva a cabo no solo porque tiene superado el estadio de la oración religiosa, la del primer nivel, sino sobre todo porque es vital para su desarrollo en este momento. Si *“Somos lo que rezamos”*, que decía S. Anselmo, está claro que la oración de quien quiere permanecer en comunión permanente con lo trascendente ha de ser *continua consciencia de la vida que vive y de la relación que le une a la Vida*. De esta manera es cómo la vida, aceptada, valorada y vivida en la presencia y comunión con Dios, se convierte en la mejor y más completa de las oraciones.

Se comprende entonces claramente el segundo postulado: *“El Cosmos es el templo donde se ora”*, porque este universo que nos envuelve y del que formamos parte no es sino ese incomparable templo en el que de continuo surge la plegaria de todo lo creado, la comunicación-comunión con el Creador.

Esta consideración nos lleva a mirar de determinada manera el todo y la parte de este Cosmos, pues no hay criatura ni acontecimiento que no “amueblen” este espacio aportando su granito de arena al conjunto del “templo”, y que no sean, a su vez, punto de encuentro con ese Origen y Destino de todo. Por ello entiendo por “Cosmos” no solo un lugar, un espacio, sino también una manifestación global de la Vida que es y genera Dios. Y es con esta Vida con la que se ora al tiempo que se le ora, el espacio y el tiempo, el sujeto y el objeto de esa comunión que pretende el hombre espiritualizado.

Por lo mismo se deduce que los dos postulados forman uno solo, en la medida que tanto la oración como el orante y su destinatario, más el ámbito de este encuentro, tienden a ser una unidad que conforma el principio y el final de todo, los convergentes puntos *Alfa* y *Omega* de que hablara Teilhard de Chardin. El hombre espiritualizado comprende esto y lo busca porque entiende que ahí está su realización. Realización que pasa por el descubrimiento de su vinculación con el todo, y el reconocimiento de la misma mediante su adecuación a lo que bien puede definirse como *“fraternidad universal”*.

San Pablo, predicando el Evangelio a los atenienses, les habló claramente de un Dios creador que no habita en santuarios contruidos por manos humanas, que no necesita ser atendido como si tuviera alguna necesidad material, que es la vida y el aliento vital de todo y que ha puesto al hombre en el ámbito de lo terreno para que en él se le encuentre

ya que en modo alguno está lejos de nosotros. Pues *“Es en Dios en quien vivimos, nos movemos y existimos”*, siendo como somos de su linaje (ver Hch 17,24-29). Esto se lo decía el inteligente Pablo de Tarso a gente culta como él, amante de la filosofía y veterana en lo referente a la interpretación de lo divino, que en un principio le entendieron porque, como nosotros mismos, aceptaban sin problemas una explicación coherente con lo que el sentido común nos sugiere acerca de Dios. El problema para este apóstol vino después, cuando quiso hacerles entender que hubo un hombre escogido por Dios para hacer patente este misterio, cuya resurrección de entre los muertos avalaba tanto la presencia en él de lo divino como la perdurabilidad de la existencia para quienes aceptaran y vivieran la revelación del Evangelio (ver Hch 17,30-34). Y dejaron de escucharle porque les rechinó eso de los muertos que vuelven a la vida, sin comprender que en el personaje del que Pablo hablaba, Jesucristo, culminaba el anhelo de una Humanidad que intuye que la vida no termina y que está llamada a prolongar su existencia por caminos y medios que puede costarnos entender pero que son tan válidos como ese enunciado que proclama que *“la energía no se crea ni se destruye, sino que se transforma”*.

# VII

## COMUNICACIÓN-COMUNIÓN CON LO CREADO

---

Si la oración nos lleva a la comunión con el Creador, bien sea directamente o a través de lo creado, hay otro camino que el hombre espiritualizado debe por fuerza recorrer para completar su entendimiento pleno con la Vida que es Dios. Se trata de su relación directa con el resto de las criaturas y no ya, simplemente, de una relación vicaria como la que utilizaría para rezar según la fórmula antes propuesta. A esta vía podríamos llamarla “*contemplación*” y su finalidad estaría en conseguir ese *descubrimiento-comunicación-comunión* que supondría la plena identificación con el Todo y con uno mismo.

El punto de apoyo para llevarla a cabo está en el hecho de que nuestro “*yo profundo*”, el que esencialmente nos constituye como criaturas espirituales además de racionales, participa del común de lo creado de manera similar a nuestra constitución molecular, que está formada por los mismos elementos y regida por las mismas reglas que el resto del Cosmos. Estando todos englobados en un Universo común y marcados por un inicio, un progreso y un destino, compartidos obligatoriamente. Pues nada de lo que percibimos como existente es ajeno al resto y por muchas que puedan ser las diferencias aparentes descubrimos, en el fondo, esa raíz común, además de una imprescindible interdependencia que refuerza lo anterior.

Por lo que hoy sabemos, según la comúnmente aceptada teoría del “*Big-Bang*”, la increíble cantidad de millones de galaxias que ahora se atisban, estaban ya incoadas, con toda la energía y la materia que las forman, en un espacio extremadamente pequeño. Y de esa fuente común brota todo, como si de un útero cósmico se tratara, forjando lazos fraternos indelebles entre lo así gestado y alumbrado.

Lo que sigue, durante millones de años, es una progresión hacia el infinito en que lo simple se hace complejo hasta extremos sorprendentes. Ejemplo de ello somos nosotros, una Humanidad que corona una determinada evolución en un concreto y minúsculo rincón de una pequeña galaxia. Pero, muy seguramente, no somos sino una muestra más de los muchos logros que encierra el resto del Universo que habitamos. Pensar lo contrario, el suponer que estamos solos en este Universo como criaturas racionales, o que hemos alcanzado la cumbre de la evolución posible a nivel cósmico, resulta totalmente ilógico además de entrañar una gran petulancia.

Estas consideraciones nos predisponen a esa “*contemplación*” a la que me refiero, que

no es sino una observación atenta de todo lo creado que ha de llevar a esos tres pasos antes indicados: *descubrimiento, comunicación y comunión*. Pasos tan simples como su propio nombre indica, ya que invitan a considerar lo que se nos ofrece “*con ojos de niño*”, es decir, con la mirada propia de quien ignora y quiere saber, y a relacionarnos con ello mediante la capacidad comunicativa que cada cual sea capaz de desarrollar, hasta alcanzar ese entendimiento que *fusiona* al que observa con lo observado. Son sencillos, por no decir normales, dada la tendencia que el ser humano tiene a descubrir y relacionarse, pero está claro que, si se pretende aplicarlos a todo lo que se nos ofrece a nivel de la Creación, suponen un esfuerzo que seguramente desborda las propias capacidades y que sobrepasa infinitamente el tiempo posible con el que, aparentemente, contamos para realizarlo. Es tan amplia y tan dispersa esa Creación objeto de nuestra posible contemplación, que resulta una tarea que por fuerza ha de hacerse a pequeña escala. Es decir, no queda más remedio que ceñirse a lo más accesible, a esa pequeña muestra que uno puede tener a su alcance, para realizar en detalle la contemplación que anhelaríamos fuera universal.

Pero, probablemente, quizá baste con ese trabajo selectivo y limitado por el espacio-tiempo para comprender de alguna manera el todo y abarcarlo, al menos, en el campo de lo afectivo si no es posible en el de lo efectivo. Y seguramente el beneficio que de esa contemplación se desprende, como el de la oración, resulte suficiente a falta de una acción mayor. Si la meta de quien nos ha regalado la vida es el encuentro con Él, bien directamente o bien a través de lo creado, es seguro que ha previsto el que esto sea posible con poco, dadas las limitaciones que nos imponen nuestra constitución material y su provisionalidad. Por esta razón bien puede decirse que, aunque sea pequeña esa *labor contemplativa* y no llegue a abarcar tanto como quisiéramos, es más que suficiente para *introducirnos en el Misterio de lo divino* y alcanzar un gran fruto en la comunicación-comunión con todo lo creado.

Si “*entender y vivir la vida como oración*” supone el “*desiderátum*” del hombre espiritualizado, ya que le lleva a tomar consciencia de su comunión con Dios y con su creación, la “*contemplación*” es la herramienta básica, con sus tres pasos de observación, comunicación y comunión, para alcanzar lo anterior. De esta manera, oración y contemplación se funden en una misma razón de ser y en un mismo propósito, que es el de llevar al ser humano a verificar la fórmula básica de su espiritualización: *Dios está en todo y nosotros estamos en Él*, de manera que nuestra comunión con lo creado se realiza a la par que la comunión con Él, siguiendo esta doble vía de la oración y la contemplación.



# VIII

## SIN RITOS NI DOGMAS

---

La etapa de la religión destaca, entre otras cosas, por la exuberancia de los ritos, los actos de culto y demás celebraciones externas, que no dejan de ser una hermosa expresión de la inteligencia humana aplicada a este terreno. Con estas actividades, y otras que igualmente se derivan de ese mundo de lo religioso, el hombre ha brillado en multitud de campos dejando además huella perenne de su buen hacer. El arte, la arquitectura, la escritura, la música han sido terrenos en los que sembrar y cosechar lo más granado del ingenio humano, azuzado siempre por la esperanza de bienes mayores, de los que estas manifestaciones no eran sino pálido reflejo. Pues en el corazón de los hombres que hicieron las pirámides o de los que escribieron libros sagrados, anidó siempre el estímulo de empezar a disfrutar ya aquí de lo paradisiaco que esperaba encontrar después de la muerte. Y eso es lo que de alguna manera anticipaban la belleza y la armonía que sugerían lo mismo un templo que una celebración litúrgica o una plegaria salmodiada.

Por similares razones, en esa etapa de la religión eran del todo comprensibles y necesarios los ritos y los cultos, ya que formaban parte del intercambio mercantil con las divinidades lo mismo que la etiqueta y el protocolo configuran un determinado mundo de relaciones sociales. El ser humano, en la medida de su desarrollo, precisa de herramientas adecuadas al mismo en cada uno de los niveles en que se mueve, y la religión no deja de suponer toda una superestructura imbricadora. Por otro lado, la ejecución de esos ritos y cultos produce determinadas gratificaciones, tanto a nivel colectivo como particular, que animan a mantenerlos. Se crean así unos lazos entre el creyente y los gestos que realiza como expresión de su fe que cuesta mucho borrar, porque uno y otros se retroalimentan. Y si encima esto obtiene, como así ha sido a lo largo de la historia, la bendición del común de sociedades y colectivos humanos en que tienen lugar, está claro que no desaparecerán incluso en circunstancias extremas de acoso. Tal se ha visto, por citar un ejemplo, en situaciones como la de la persecución comunista en Rusia, o la de la entronización laicista de la Revolución francesa, que no consiguieron suprimir cultos y ritos ni por la fuerza bruta ni por la de la razón.

Si el ser humano está convencido de que Dios es alguien con quien tiene que negociar a diario su vida actual y futura, y acepta como válidos para ello determinados comportamientos, es del todo lógico que tienda a mantener tales comportamientos

mientras mantenga esa fe. Lo cual quiere decir que dichos ritos y cultos no desaparecen por desprestigiarlos o por atacar la fe que los sustenta, sino cuando se descubren y comprenden las peculiaridades del Dios a quien se dirigen y la nueva relación que esto genera. Pues si a Dios se le reconoce como un *Padre que comprende y disculpa siempre*, huelgan ritos penitenciales y sacrificios reparadores; y si su definición es la del *Amor en toda su grandeza*, para nada cuentan los miedos y los regateos propios de quien tiene que congraciarse con una autoridad caprichosa. (Ver Mt 6,12-15; 18,21-35; 1Jn 4,8.16).

Es decir, un análisis coherente de la presentación que de Dios hace Jesucristo lleva por fuerza a comprender que sobran por completo esos viejos mecanismos de relación con lo divino que se han empleado en el mundo cristiano, siguiendo más bien las rutinas de unas sociedades y sus creencias, la judía, la griega, la romana, con el añadido de filosofías varias, sobre las que ha querido construirse el edificio de las diferentes Iglesias que hoy conforman el mundo cristiano. Ahí, indudablemente, ha pesado más el influjo cultural de la sociedad humana que toda la novedad renovadora del mensaje de Jesús de Nazaret. Y se comprende en la medida que este es un mensaje que busca cambiar la sociedad a partir de la renovación de cada uno de sus componentes para hacer realidad un Reino de Dios en el que *se propone*, no se impone, esa fraternidad universal en la que el gobierno es servicio a imitación de Jesucristo y desaparecen esas diferenciaciones que subdividen a la Humanidad (ver Mt 20,25-28; Jn 15,15; 1Cor 12,12-13; Ga 3,26-28). Y así es como se optó en su momento por hacerlo al revés, queriendo cambiar en su conjunto a la sociedad para que viviera como tal una nueva religión, más atractiva o salvífica, si se quiere, que las otras, pero religión a fin de cuentas. Una verdadera traición al mensaje evangélico y a Jesucristo mismo, que dicen que empezó con el emperador romano Constantino y su adhesión oficial a lo cristiano, pero que se ha repetido y acrecentado después a lo largo de la historia, ya fuera en tiempos de Carlomagno o en los de la colonización de América o África.

La presentación de Dios que hace Jesucristo, y la consecuente relación que propone entre este Padre y sus hijos, llevan por fuerza al hombre a dejar en el trastero de la historia ritos y cultos que son ya, a estas alturas, solo expresión de una visión determinada que ha tenido y puede seguir teniendo la Humanidad, si es que así le place, pero que en modo alguno podemos considerar “cristiana” sin más. Por encima de las religiones, que se caracterizan por su invención de lo divino y por la relación *comercial* que con ello establecen, están las revelaciones con las que Dios mismo se nos da a conocer, y aún por encima está Jesucristo como revelación definitiva de ese Padre de quien procede (ver Hb 1,1-4). Así lo entendemos quienes nos consideramos *cristianos* y

para ser fieles a la eterna novedad del Evangelio nos esforzamos en verter en los *odres nuevos*, que cada generación y sociedad suponen, el *vino siempre nuevo* de un mensaje que buscaba y busca regenerar a la Humanidad y hacerla progresar (ver Mt 9,17; 1Cor 5,7; Col 3,8-14; Hb 8,6-13; Ap 21,1-5).

Por lo mismo, el concepto “dogma”, como definición de verdades que han de prevalecer sobre conjeturas con el fin de garantizar una fe “correcta”, se viene abajo por sí solo. Pues la intención de mantener estos principios, como los mandamientos y las normas en general, está supeditada al sustento de una determinada religión social, de una muy concreta visión de Dios, que quienes la tienen creen que ha de primar por encima de cualquier vivencia particular. Es el problema de las religiones como hecho social, que han de ser creencias exactamente iguales para todos, tanto en su comprensión como en su expresión, y para ello necesitan lo mismo del mecanismo orientador de los dogmas que del corrector de normas y preceptos.

Pero lo cierto es que ni siquiera la fe en Jesucristo ni el Dios del que él habla suponen un dogma con el que ceñir al creyente. Y la razón es que son propuestas que cada cual puede o no aceptar libremente, comprometiendo o no con ellas su vida. Cuando estas propuestas se convierten en dogmas, se acaba la libertad del creyente y se cae en la interpretación, muchas veces arbitraria, de quienes establecen dichos dogmas. Con el agravante histórico de que estas definiciones que comprometen al hombre religioso se han hecho muchas veces en función de parámetros culturales del momento que pretenden comprometer actuaciones futuras. Y con el atrevimiento añadido de ser, normalmente, nada menos que de inspiración divina, lo cual no es sino el fruto inevitable de ese sentirse portavoces exclusivos de Dios, intermediarios oficiales entre lo divino y lo humano. Algo que echaría por tierra la labor misma de Jesucristo, que claramente contradujo con su vida y su palabra tradiciones y “dogmas” de un pueblo convencido de ser receptor e intérprete de la voluntad divina. (Pueblo que, por cierto, era el suyo de origen y tradiciones que él mismo recibió y vivió desde niño).

Alguien dijo que el dogma vendría a ser, en lenguaje de hoy, como esos antivirus con los que buscamos proteger nuestro ordenador personal. Un buen invento para evitar los daños que cualquier elemento ajeno y peligroso puede provocar en nuestro sistema operativo, que debe aplicarse con la prudencia de quien sabe que todo antivirus entraña también efectos secundarios no deseados. Esto último nos invitaría ya a recelar de la instalación permanente en nuestro sistema de fe, en el cogollo de nuestras creencias por así decir, de algo que pretende ser inamovible e inmodificable a pesar del paso del tiempo y del cambio real que experimentan sociedades e individuos. Pero el problema mayor vendría si a este antivirus lo eleváramos a la categoría de programa operativo ordinario,

haciendo de él, además, el eje de todo el sistema del ordenador. Y esto es, precisamente, lo que ha sucedido con los dogmas en el campo de la religión, que han pasado de ser herramientas de defensa ante la herejía a convertirse en rectores únicos de la fe y diseñadores del comportamiento *correcto*.

Esto es lo que sucede también en el mundo cristiano cuando se invita al creyente a mantenerse en el terreno de la religión en vez de animarle a dar el salto al de la espiritualidad, retrasando ese paso y creando permanentes tensiones con quienes creen en Dios pero no pueden creer en quienes, supuestamente de parte de Él, hacen afirmaciones que a veces chocan con el sentido común por no decir con una ciencia y una sociedad que no para de progresar. Y eso sin mencionar las otras tensiones que igualmente se crean entre los que, aun siguiendo al mismo Dios, lo ven con ojos diferentes y a su vez lo defienden con otros dogmas y definiciones a veces contrarias. Quizá estas distintas interpretaciones de un mismo acontecimiento debieran bastar, a cristianos y a creyentes en general, para comprender qué es lo que de verdad nos separa: el hacer un absoluto de nuestras visiones relativas. Pero lo cierto es que llevamos siglos empeñados en subrayar cada cual lo que le separa del otro en vez buscar la unidad a partir de lo que comprendemos y compartimos en clave de igualdad. Y ahí es donde dogmas y demás definiciones o interpretaciones absolutistas se convierten en auténticas barreras que dificultan el acceso a un descubrimiento de lo divino que Jesucristo puso al alcance de todos. Y puede que fuera esto lo que estuviera pensando cuando daba gracias a Dios por descubrir a sencillos y humildes lo que sabios y poderosos creen que es su exclusivo patrimonio (ver Lc 10,21).



## DE CHAMANES, SACERDOTES Y GURÚS

---

El papel de intermediario entre los dioses y los hombres no ha dejado de ser, a lo largo de los siglos, una tarea muy reconocida socialmente en el mundo de la religión. En ella siempre hacía falta alguien experto que se encargara de este cometido tan primordial, dada la importancia del negocio que entrelazaba lo divino y lo humano y su repercusión a nivel social. Este profesional, a veces demandado por la tribu y a veces ofrecido él mismo por sus especiales capacidades personales, ha sido y será objeto de multitud de estudios en razón de su importancia en el devenir del colectivo humano. Y si aquí se menciona es porque se trata de otro elemento más a superar en el pretendido proyecto del hombre espiritualizado.

Al ser la etapa de la religión un tiempo de “negocio” entre dioses y hombres y dada la categoría de los primeros, que tienen su mundo propio y sus peculiaridades tan distintas a las de los humanos, se hacía imprescindible el mediador, el experto en el lenguaje de los dioses que conociera los modos de acceder a ellos y sus intereses, que fuera al mismo tiempo representante válido de los hombres. Este ha sido desde siempre el *chamán*, o el hechicero de la tribu, mitad sacerdote capacitado para hacer ofrendas y mitad curandero que aporta salud al pueblo mediante su conocimiento superior o sus relaciones con los poderes superiores. En él se encuentran diferentes capacidades que abocarán después a una especialización que se definirá con títulos como el de *chamán*, *sacerdote* o *gurú*, conocedor de secretos y magias el primero, mediador entre el cielo y la tierra el segundo, y guía espiritual el tercero.

En cualquier caso, se trata siempre de personajes que, en lo trascendente, tienen un protagonismo especial, llegando a suplir facetas y cometidos espirituales que corresponderían a cada individuo pero que son agradecidamente usurpadas en virtud de la “profesionalidad” del personaje. De esta manera se ha llegado, a lo largo de los siglos, a fundamentar esa división entre “*lo sagrado*” y “*lo profano*” que tanto daño ha hecho a la espiritualización y que solo puede disculparse en razón de la infancia evolutiva por la que ha tenido que pasar la Humanidad. Lo mismo que se dividieron Cielos y Tierra como respectivas moradas de dioses y hombres, se organizaron también, a su semejanza, espacios sagrados y profanos; y a los propios hombres se les aplicaron estas categorías haciendo de ellos “*personas santas*” o “*pecadoras*”; y, por ende, sus actividades y los

objetos y medios de que se servían, pasaron también a catalogarse como sacros o laicos.

Indudablemente, todo ello forma parte de una etapa inicial del desarrollo de un ser que ha dado el salto desde la ameba hasta la reflexión y el autoconocimiento, y por ello es disculpable tanto esa dejación de funciones como los tropiezos subsiguientes. Pero el siguiente paso que nos viene demandando la evolución, desde hace ya tiempo, no es otro que el suprimir esta especie de “andaderas” religiosas con las que la Humanidad ha venido caminando hasta ahora. Se trata de comprender que no hay límites entre lo sagrado y lo profano, dado que todo está en Dios y Dios está en el todo, y que no puede haber seres especializados en mantener una relación que en absoluto necesita intermediarios.

Precisamente la presentación que hace Jesucristo de Dios como Padre invita a esa naturalidad, y el hecho de poder tratarle a Él en los demás así lo subraya (ver Mt 25,40.45). Al igual que el cumplimiento en la persona de este Jesucristo de las viejas profecías que hablaban de una Nueva Alianza que se escribiría no en tablas de piedra sino en la mente y el corazón de cada uno y que no necesitaría de intermediarios para conocer y tratar a Dios (ver Jr 31,31-34). Es una de las grandes novedades de ese Evangelio (=“Buena noticia”) con la que Dios mismo nos ha querido bendecir para superar tiempos oscuros y dar el salto que hemos de dar como seres espirituales que somos.

Chamanes, brujos, sacerdotes, gurús son todos personajes que tienen su razón de ser en la etapa de la religión, necesitada de mediadores y “profesionales” en el tema de lo divino. Y puede incluso que en la de la revelación, si esta se hace pivotar sobre iluminados y seguidores que se hacen detentadores de especiales capacidades, en detrimento del común de los creyentes en vez de a su servicio, como enseñaba san Pablo (ver 1Cor 12,4-31). Pero están de más en la de la espiritualidad, en la medida que aquí es imprescindible un trabajo *personal* de comunicación-comunión con lo trascendente, y porque es un contrasentido el marcar la más mínima diferenciación o distancia con lo que no es sino parte de uno mismo, con ese todo al que pertenecemos a la par que lo constituimos.

En la fe cristiana se insiste en que el hombre, por el bautismo, se constituye en “sacerdote, profeta y rey”, aludiendo a esa antigua consagración que en el mundo bíblico hacía diferentes, para bien, a algunos escogidos. De este modo se afirma que el creyente tiene la capacidad de ofrecer a Dios oraciones y sacrificios tanto en nombre propio como ajeno (ver P. 2,5-9); que puede y debe anunciar la palabra divina que a su vez recibe en particular como un escogido profeta (ver Hch 2,14-17); y que está llamado a ser rey y

señor de una vida que le pertenece, pues en absoluto nació para ser esclavo de nada ni de nadie (ver Rm 5,17; Ap 5,9-10; 22,5).

Tradicionalmente, con el bautismo cristiano se le ofrece al creyente el acceso a esa triple distinción, aunque sean muchos los que la reciben sin saberlo ni valorarlo al haberse convertido en un rito rutinario además de practicado con infantes. Lo cual exige al adulto que quiera vivir esta fe el esfuerzo de comprender unas prácticas que más que ritos son propuestas muy concretas de vida y, por supuesto, vivirlas desde una perspectiva de madurez. Algo parecido a lo que la Iglesia reconoció de cara a los no cristianos y promulgó en el último Concilio para no dejar al margen a los muchos que no conocen a Jesucristo ni han podido recibir su bautismo: el acceso a los dones de Dios y a su salvación a quienes por otros caminos, y por lo tanto sin los ritos cristianos, *“Buscan a Dios con un corazón sincero y se esfuerzan, bajo el influjo de la gracia, en cumplir con obras su voluntad, conocida a través de la conciencia”* (ver Const. “Lumen gentium”, 16). Pues *“La divina Providencia tampoco niega los auxilios necesarios para la salvación a quienes sin culpa no han llegado todavía a un conocimiento expreso de Dios y se esfuerzan en llevar una vida recta, no sin la gracia de Dios”* (ver *Id.*).

Por ello bien se puede decir que el hombre espiritualizado comprende y vive esto, su necesidad de encuentro y comunión con Dios y de unas prácticas que lo subrayen al tiempo que lo procuren, sin necesidad imperiosa de pasar por un rito concreto. Pues le basta con caer en la cuenta de cuál es su dignidad, la que le corresponde por el mero hecho de existir y reconocerse como hijo de Dios, y la que ha de alcanzar con su adecuado comportamiento, como muy bien desarrolla la 1ª Carta de san Pedro (ver). Por ahí, mediante una actitud coherente con la fe que ya se tiene o con el deseo ferviente de encuentro con Dios, es por donde le llegan al hombre esos títulos, que dejan de ser blasones para convertirse en rasgos definitorios de su humanidad espiritualizada.

X

## EL FIN DEL PECADO Y LA CONDENA

---

El ya mencionado Pablo de Tarso, experto conocedor de la religión judía que él vivía de nacimiento, supo entender muy bien la novedad que introdujo el acontecimiento cristiano. En su *Carta a los Romanos* reflexiona abundantemente sobre lo relativo a uno de los pilares del judaísmo y sus consecuencias: el problema de una Ley que, hecha para encauzar al hombre, se había convertido en el motivo de su inevitable condena. Él ve la solución en un Cristo que, “*hecho pecado*” por nosotros y muriendo de manera vicaria aniquila para siempre esa contradicción (ver Rm 6,8-11). Es, toda la carta, una reflexión brillante, pero indudablemente lastrada por esa etapa de “religión” que vivía el pueblo judío. Pablo está obligado a argumentar de acuerdo con los principios religiosos que maneja, en los cuales los conceptos de “*pecado*” o de “*santidad*”, de trasgresión o de cumplimiento de la Ley divina, conllevan de antemano una determinada relación con Dios. Es ese intercambio de dádivas y castigos propios de la religión, pero radicalizados en este caso por la existencia de una “Alianza”, un insólito pacto con Dios que abarcaba todos los aspectos de la vida del pueblo israelita.

Seguramente, si la inteligencia y la fe de este Pablo se hubieran enfrentado al acontecimiento cristiano desde una formación y unas circunstancias no judías y más evolucionadas en lo espiritual, ni su reflexión ni sus conclusiones habrían sido exactamente las mismas. No habría tenido que hablar de culpa ni de trasgresión, si hubiera entendido la relación del Padre con sus hijos con la misma frescura con que la planteó Jesucristo: desde cero, soslayando siglos de determinada visión divina y su concreta relación con Dios. Lo mismo que no se habría obsesionado con la antinomia muerte-resurrección si se hubiera quedado con el binomio vida-eternidad que Jesucristo presentó al margen por completo de lo que entonces se entendía cultural y filosóficamente (ver, especialmente, Jn 13-17).

De hecho, cuando se comparan las cartas de Pablo con los evangelios se advierte enseguida que, mientras la inquietud de Jesús de Nazaret es anunciar el Reino de Dios, la del de Tarso es predicar a Jesucristo crucificado. Y que mientras aquel presenta a un Dios-Padre que nos ama y perdona, este sigue subrayando a un Dios justiciero necesitado de reparaciones. Convirtiendo así el *Evangelio “de” Jesús* en el *Evangelio “sobre” Jesús* y haciendo, de una predicación que buscaba reconstruir la fe de Israel,

una religión gentil, es decir, para no judíos o judíos que dejaran de serlo en su esencia como hiciera él.

Indudablemente, todo lo que aprendió de Jesucristo con su revelación (ver Hch 9,1 ss.) y con lo que de él le explicaron los testigos de su vida, unido a su propia reflexión y a la gracia que Dios le infundió, le llevó a convertirse en un apóstol laico consagrado por completo a transmitir su nueva fe, su nueva interpretación de Dios. Pero al contrastar su pensamiento, el que reflejan sus cartas, con la propuesta directa que hace el Jesús de los evangelios, se observa claramente la diferencia entre el Maestro y el discípulo-apóstol “añadido”, como el mismo Pablo se reconocía. La propuesta del Nazareno era radical, era incisiva, y rompía moldes en un grado que Pablo no supo o no se atrevió a imitar, por más que fuera instrumento de Dios para difundir su revelación en Jesucristo. Algo que es comprensible no solo en el de Tarso sino en todos los demás apóstoles y discípulos de ese Jesús único que luego empezó a trocearse en la medida que lo hacían suyo quienes le siguieron. Históricamente se comprueba viendo la evolución del cristianismo a impulsos de interpretaciones más o menos correctas, de disensiones comprensibles y hasta de herejías variopintas. Pero todo alentado probablemente por el buen deseo de hacer lo correcto y no caer en la cuenta de que esa supuesta corrección enmascaraba intereses particulares que se alejaban de la voluntad de Dios propuesta por Jesucristo.

Recordar a este magnífico Pablo, primer teólogo cristiano para bien o para mal, nos puede ayudar a comprender hasta qué punto también nosotros podemos estar lastrados, como él, por determinada cultura, determinada visión religiosa, que de alguna manera nos impide disfrutar de la grandiosa novedad que sigue encerrando el mensaje de Jesucristo. Y este sigue siendo, si lo contemplamos al margen de interpretaciones tanto judías como cristianas, el de que Aquel que es nuestro origen y destino es “Padre” y nosotros, sus criaturas, somos “hijos”, y que esto nos obliga a tener con Él y entre nosotros una relación básicamente filial y fraterna (ver Lc 6,35; 20,36; Rm 8,14-17; Ga 4,5-7; etc.). Relación que tiene como eje el amor entendido en su más alta expresión, dado que ese concepto explica lo que Dios mismo es (1Jn 4,8).

Cierto que estas consideraciones quizá fueran entonces demasiado novedosas para el pueblo culto de aquel momento, o especialmente profundas para el pueblo llano. Y que la evolución posterior del cristianismo, con su correspondiente hipoteca al mundo greco-romano y el encasillamiento en moldes religiosos del pasado, tergiversó muchas veces lo esencial. Pero el hecho es que el Evangelio de Jesucristo sigue estando ahí, al alcance de quien lo quiera descubrir y disfrutar, y no hay excusa para seguir leyéndolo con orejeras, y menos aún para cederles a otros, supuestamente “expertos”, la exclusiva de su interpretación. Y por supuesto que no avalo, sin más, la reforma protestante del siglo

XVI, pero comprendo perfectamente la rebeldía de Lutero y el que no dejen de existir creyentes que en determinado momento descubran el contraste entre lo que propone el Evangelio y lo que en realidad se vive, y por ello opten por hacer un nuevo camino. Por eso fue un acierto que el último Concilio encarase el tema de la exégesis bíblica y recordara a todos que *“La Escritura se ha de leer e interpretar con el mismo Espíritu con que fue escrita”*, animando a los investigadores a penetrar y exponer el sentido de la Sagrada Escritura para que con él pueda madurar el juicio de la Iglesia (ver Const. “Dei Verbum”, 12).

Jesucristo es un manantial inagotable de vida espiritual, y su Evangelio la fuente primera a la que hemos de acudir para saciar esa sed tan concreta. Por todo ello es bueno releerlo y meditarlo sin esos lastres que a veces imponen tradiciones, ritos e intermediarios, para poder llegar así a conclusiones tan necesarias como la de perder el agobio ante unos mandamientos, unas normas y preceptos de todos los calibres, que contradicen el espíritu de esa *“Verdad que hace libres”* (Jn 8,32). Y caer en la cuenta de que lo que Dios busca en sus criaturas es una misericordia que está siempre por encima de ofrendas y que triunfa sobre cualquier juicio (St 2,13). Que es en nuestras propias manos en las que está depositado nuestro destino y no en la veleidad de un Dios caprichoso o rencoroso (ver Mt 25,31-45; Lc 11,4); y que, hagamos lo que hagamos, vivimos siempre protegidos por un perdón sin límites (Mt 18,21-22; Lc 7,47); y con la garantía aseguradora de un Dios que nos ha creado para ser felices y nos resarcirá, por ello, de cualquier desgracia (Mt 5,2-11).

Con Jesucristo en el corazón desaparece el pecado (ver Rm 6,1-11; 8,10-11). Pero no porque dejen de existir las trasgresiones tanto propias como ajenas, sino porque se eclipsa para siempre la idea de un Dios controlador y juez y eso nos permite equivocarnos conscientes de nuestra debilidad pero más conscientes aún de que nuestro Padre la conoce y la dispensa en la medida que sabe que ese conocimiento nos ayudará a medrar tanto en lo espiritual como en lo humano. Desaparece así el atrabiliario concepto de *“carne pecadora”* y su inherente condena de una raza más o menos maldita, arrojada a la Tierra por sus maldades y lastrada para siempre con pecados primitivos, enfrentada, con su impureza, a un Dios sublimemente santo e inaccesible.

Son todos conceptos propios de la etapa de la religión que siguen incrustados en las posteriores, no se sabe si por escrúpulo o por esa nostalgia que a veces el hombre tiene por lo pasado y que le lleva a seguir guardando en el trastero las cosas de sus abuelos. Lo malo es que aquí se han sacado con atrevimiento al recibidor y a la sala de estar, a la cocina y al dormitorio, queriendo hacer con ellos esos remiendos que Jesucristo decía que no podían hacerse mezclando lo viejo con lo nuevo (ver Lc 5,36-39). Y, lo peor de

todo, anestesiando las conciencias que, creyendo que con esos detalles y reformas se vive ya en cristiano, dejan de hacer esa reforma radical que consiste en demoler el viejo edificio y construir uno nuevo apoyado únicamente en la piedra angular del Evangelio de Jesús de Nazaret (ver Mt 21,42-44).



## “ESCRIBIRÉ MI LEY EN VUESTROS CORAZONES”

---

Llega ahora el momento de retomar lo que se proponía al principio, la necesidad de una nueva ética y de una moral propia acordes con la novedad y liberación de esta espiritualización. La sugerencia nos la brinda esa frase bíblica del título de este capítulo, que expone una relación directa y particular de Dios con cada creyente (ver Jr 31,31-34). Era, cuando se escribió, una manera profética de anunciar nuevos tiempos para el pueblo de Israel, pero estos no llegan a golpe de calendario y para todos sino a través del esfuerzo de cada uno y en el momento en que se encuentra capacitado para ello.

Cierto que esto puede sonar a gran trasgresión, e incluso serlo a tenor de lo que se comentaba en el prólogo, pero es un paso inevitable en el proceso de espiritualización propuesto. Para comprenderlo mejor, conviene aclarar que por “moral” entiendo aquí lo que etimológicamente sugiere: las costumbres y hábitos positivos o negativos adquiridos a lo largo del tiempo y que se reciben y viven como una verdadera herencia que enriquece o empobrece al individuo. Y que, por lo mismo, la “ética” (que etimológicamente significa en griego lo mismo que la “moral” latina) nos remitiría a ese ámbito en el que se ubican las normas y tradiciones que conforman la moral. En este sentido, entiendo que el ser humano tiende a crear una estructura (*ética*), que resume al tiempo que custodia las normas (*moral*) por las que se rige.

A la luz de esta definición o comprensión, es del todo lógico el que tanto la moral como la ética hayan de modificarse en virtud de cambios tan trascendentales como los que atañen al “*hombre espiritualizado*”. No por afán de novedad, sino por la conclusión matemática de que una nueva visión de Dios, del Cosmos y de la Vida, conllevan unas nuevas reglas y un nuevo asentamiento para ellas. Y tampoco como enfrentamiento con lo precedente, que aunque dispar e innecesario en muchos sentidos, merece todos los respetos por ser patrimonio de una Humanidad a la que ha servido o aún sirve válidamente.

La estructura de esta moral, su “*casa ética*”, sería un edificio construido, al menos para quienes se consideran cristianos, sobre Jesucristo, que no casualmente se presentó a sí mismo como “*pedra angular*” de la vida de cada cual (Mt 21,42; Hch 4,11). Esto supone que la palabra y la vida de quien se definió a sí mismo como “Hijo del hombre” (= “*Prototipo del Hombre*”), se constituyen en el fundamento de vida de quien lo elige

como referencia. Y, por añadidura lógica, en la inspiración constructiva y delimitadora de lo que se edifique a continuación.

Tomando esa imagen ejemplar, se trataría de interpretar la propia vida como un edificio que, sustentado por los cimientos de la fe en Jesucristo, se fuera construyendo según las pautas de sus planteamientos de vida, a su imagen y semejanza.

Para levantar ese edificio hay que tener en cuenta la medida elemental de haber deshecho previamente y por completo la construcción anterior. Aplicando la propia metáfora de Jesucristo, *“El vino nuevo requiere odres nuevos”* (Mc 2,22), y si de verdad el Evangelio supone una *novedad* en nuestra vida, es coherente ese cambio de estructura que acoja por completo lo que aporta. Pues lo contrario, el querer adaptar el Evangelio a lo que ya se vive y proyecta de antemano, es la base del hecho religioso, esa fórmula primitiva a la que muchos reducen el cristianismo. El apóstol Pablo lo propone con el simbolismo del *“hombre nuevo”* (ver Ef 4,22.24; 2Cor 4,16), esa criatura que renace de sus cenizas para vivir una nueva vida a partir de nuevos supuestos, fruto de su encuentro con la gracia divina.

Dicho con otras palabras, y siguiendo con el ejemplo de la construcción, se trataría de no conservar ni paredes ni muebles del edificio antiguo, cuando resulten innecesarios para el nuevo proyecto por más que se les añore, para evitar que lo nuevo que se levanta resulte condicionado por lo anterior. Porque el hecho de mantener un mueble (una idea, una norma, un prejuicio, etc.), como el de conservar una pared o unas escaleras (determinadas estructuras de vida o de funcionamiento), puede condicionar, aun sin darse cuenta, todo lo que se levante alrededor. Que es lo que ha pasado o pasa cuando se intentan *añadir* máximas cristianas a comportamientos y tradiciones paganas.

Con razón se manifestaba Jesucristo radical en sus planteamientos: *“Quien no está conmigo está contra mí”* (Mt 12,30), *“No podéis servir a dos señores”* (Mt 6,24), *“El que pone la mano en el arado no puede volver la vista atrás”* (Lc 9,62), etc., y frecuentemente usaba el latiguillo de *“Oísteis que se dijo, pero yo os digo”*, porque era plenamente consciente de que su propuesta entrañaba un cambio total de vida frente al cual no cabían componendas. La lástima es que muchos de sus seguidores, a lo largo del tiempo, acabaran construyendo fórmulas variadas de expresión meramente religiosa con esos ladrillos llamados a edificar todo un Reino. Simples ermitas u orgullosas catedrales en vez de templos vivos de Dios.

Edificado, o al menos orientado, este *“edificio ético”*, vendría después el amueblamiento con los principios y normas morales concretas que definirían a esa persona en particular. Con un buen compendio de usos y tradiciones positivas que se

suelen recibir en herencia, la moralidad también en este caso mira hacia atrás, hacia Jesucristo y hacia quienes le han vivido con honestidad y acierto a lo largo de los siglos, para aprender y embeberse. Con la libertad siempre de que, a la luz del momento que nos ha tocado vivir, cada cual pueda añadir igualmente lo correspondiente a su modernidad; resultando de este buen apaño de lo viejo, pero válido, y de lo que es nuevo e imprescindible, esa moral propia que ha de caracterizar al hombre espiritualizado de hoy.

Lo resumiríamos todo definiendo a Jesucristo como piedra angular de esa ética, y a su palabra y su vida como moral propia del hombre espiritualizado. Esta sería la culminación de aquella profecía que hablaba de una ley divina que, en vez de grabarse en un único libro compartido por todos, se escribiría en corazones individuales vinculados a los demás por su propio deseo y necesidad de comunión.

Al llegar a este punto se podría argüir, como obstáculo a la hora de aceptar esta propuesta, el fuerte contraste que supone esta genuina ética cristiana con lo que ordinariamente se está viviendo. A unos esto les llevará a temerla por lo que supone de novedad que altera rutinas, y a otros a rechazarla en la medida que plantea, en apariencia, una ruptura en la uniformidad que siempre buscan lo mismo religiones que sociedades. Sí, se trata de una moral y una ética que rompe moldes y contraría voluntades anquilosadas y ya se comprobó, en el final violento que aplicaron a Jesucristo, cuál puede ser el destino de los renovadores. *Matar al mensajero* es la vieja opción de quienes temen la novedad y por esa razón siempre habrá un riesgo en proponer algo que, aun teniendo siglos de antigüedad, suena como nuevo y hasta revolucionario a quienes lo reciben. Pero el caso es que ser fieles a Jesucristo consiste en retomar una y otra vez sus propuestas de vida y seguir ofreciéndolas en todo tiempo y lugar a las nuevas generaciones como lo que son: *un vino nuevo que requiere odres nuevos* (Lc 5,38). Y no solo no se rompe esa relativa unidad que supuestamente crea la moral de religiones y sociedades, sino que además se fortalece reorientándola por un camino más coherente con lo espiritual. Porque al partir de una revelación, la de Jesucristo, ofrecida como una espiritualización común, lo que se está proponiendo es, ni más ni menos, que la *unidad en la diversidad*. Con la intención de hacer realidad la súplica del Señor: “Padre, que todos sean uno, como tú y yo somos uno” (Jn 17,11b).

Esta propuesta cristiana puede muy bien entenderse como una orientación común para todos aquellos que sienten a Dios como alguien muy por encima de las definiciones al uso, y más allá de las exclusividades de las religiones que han querido retenerlo como propio. Pues el Dios de todos, el Origen y Destino de lo creado, el Incognoscible que explica lo que no parece tener sentido, ese “Padre”, en fin, del que hablara Jesús de

Nazaret, busca forjar la unidad a partir de la diversidad. Al menos ése es uno de los mensajes implícitos en este Cosmos en que nos movemos, en el que todo forma parte del Todo, y el Todo se manifiesta en cada parte, por más dispar que esta parezca.

Y no debe haber inconveniente en disentir mientras las diferenciaciones no sean sino manifestaciones de la propia idiosincrasia que, en vez de separar, enriquece tanto al individuo como al todo. El único problema estaría en las intenciones, si estas fueran las de vivir algo independientemente del resto, de los demás, en vez de una comunión con ellos. Pero es que eso no sería ya un camino de espiritualización, sino más bien de materialización en el sentido peyorativo de regresión a fórmulas primitivas, y ya por ello superadas, de evolución, las mismas que durante siglos han llevado a muchos a creer que el progreso consistía en uniformizar cuerpos y almas. Caminamos hacia el entendimiento universal y lo hacemos de la mano de un Padre que nos ama tal como somos, por encima de nuestras diferencias y a pesar de nuestros errores, y guiados por un Cristo que, además de ser la cabeza de este conjunto, es prototipo de lo humano y lo divino que se funden en abrazo de eternidad (ver Const. “Dei Verbum”, 2,4 y 6).



## LA DIGNIDAD QUE HAY QUE DESCUBRIR Y VIVIR

---

El ser humano, por el hecho de serlo, ya lleva consigo una especial dignidad: *la de ser criatura según el grado alcanzado de su evolución*. Pero eso no solemos descubrirlo, porque más bien aplicamos baremos a lo existente con el ánimo de marcar diferencias y puede que con la intención de subrayar los méritos propios. Y esto nos lleva, inconscientemente, a segregarnos del resto en vez de a unirnos con él, que es lo que sería nuestra meta espiritual. De esta manera, las criaturas que en su esencia formaban una unidad con nosotros, allá en el principio de todo, se van convirtiendo en extrañas, e incluso muchas veces en rivales en una especie de absurda lucha por una supervivencia completamente relativa.

Superado ese sentimiento de división, propio de una etapa evolutiva inferior, y la tentación del enfrentamiento para conseguir el predominio, el siguiente paso que ha de dar el hombre espiritual es el de *“recuperar y vivir su dignidad de hijo de Dios”*. Es un paso que, curiosamente, se da mirando más hacia atrás que hacia delante, pues consiste en comprender nuestro origen y dejarnos captar por la intencionalidad que hay en el mismo.

No procedemos de un demiurgo oscuro de esos que en los antiguos mitos se deleitaban jugando a crear criaturas-objeto, como tampoco somos fruto del azar, de la combinación arbitraria de unos elementos sin intención propia. Al contrario, procedemos del gesto de voluntad y amor de un Padre que nos ha engendrado como hijos, por encima de la sencillez de nuestro origen, a pesar de la pobreza de nuestro existir actual, y con miras a la grandeza de un devenir que Él ya tiene previsto para nosotros.

Cuando de alguna manera comprendemos esto, cuando así lo sentimos en nuestro corazón, surge en nosotros la necesidad de vivirlo. Ahí empieza la recuperación de nuestra dignidad como *“hijos de Dios”*, pues recuperamos afectivamente nuestro origen y, comparándolo con nuestra cotidianeidad, nos surge el prurito por ser de otra manera. Tomamos entonces consciencia de quiénes somos, intuimos cómo debiéramos vivir y lo comparamos con lo que hacemos. Es, justamente, el proceso por el que pasa aquel “hijo pródigo” del que hablaba Jesucristo en su parábola (ver Lc 15,11 ss.) y, como a él, después de añorar y valorar lo que no se supo apreciar, ya solo nos falta añadir el deseo fehaciente de regresar a casa a recuperar la dignidad perdida. Es un relato con el que

Jesucristo define rotundamente a Dios como un padre al que nada importa lo equivocado del obrar anterior, el pecado de marcharse, de malgastar la herencia e incluso de autodestruirse con ocupaciones indignas, pues todo lo borra el hecho de *“haber recuperado lo extraviado”*, de restablecer la unidad y el amor perdidos.

Extraviada y perdida está nuestra dignidad primigenia desde el momento mismo en que queremos vivir a espaldas de Dios, o cada vez que nos empeñamos en malgastar la herencia de nuestra vida, de nuestro tiempo o de nuestra inteligencia, o cuando acabamos viviendo formas de existencia que no nos corresponden. Pero todo ese extravío se obvia con el sencillo gesto de *“volver al Padre”*, que permanece siempre a la espera de que queramos invertir nuestra libertad en lo que tanto el corazón como nuestro sentido común nos reclaman, por encima de egoísmos y caprichos pueriles.

Comprendida y recuperada esa dignidad, el paso siguiente viene también sugerido en la parábola: se trata ya de vivir de acuerdo con ella, lo cual supone tanto *“vestirse”* adecuadamente como *“festejar”* los acontecimientos. Y lo mismo que al protagonista se le engalana con los distintivos de su categoría y se prepara en su honor un banquete (que, por cierto, está siempre al alcance de los moradores de esa casa paterna), también el hombre espiritualizado acaba revestido siempre de los atributos morales que le identifican con su Padre y disfrutando de la fiesta permanente que es la vida en todas sus manifestaciones.

Es una dignidad que se vive, sí, como responsabilidad, porque el ser *“hijos de Dios”* obliga a tener y mantener una actitud coherente en todos los terrenos y facetas de la vida. Pero es también una dignidad que entraña la satisfacción de recibir continuamente el aplauso, por así decir, de una Creación que bendice la coherencia que se sigue con ella. Es decir, que se reciben de la Vida estos nuevos frutos que se han sembrado, lo mismo que se reciben los que se siembran en el terreno de la materia. Con la salvedad de que los espirituales, los que se cosechan en ese terreno y de la mano del Espíritu divino, sí que son frutos que acrecientan tanto la vida propia como la ajena (ver 1Cor 12,1-11).

De la mano de esta dignidad, al recuperarla, va otra que le sigue en importancia, y es la *“dignidad de ser hermanos de todo lo creado”*. Es el paso inevitable además de coherente, y no existiría sin el anterior, lo mismo que el otro quedaría incompleto si este no lo complementara.

Al comprender que somos hijos de Dios comprendemos también que somos hermanos de todo aquello que de Él procede. Y esta comprensión, como la otra, lleva aparejada una actitud diferente respecto a esa obra divina, pues por fuerza hemos de reconocer como merecedores de idénticos derechos que los nuestros a los demás, a quienes no son

“yo” ni forman parte de nuestro círculo de familia o de interés. Y si para nosotros reclamamos lo inherente a esa dignidad, nos vemos obligados a hacer lo propio con el resto de lo que existe. Pues en todo está Dios y en todo recibe Él alabanza, de manera que esa dignidad que le reconocemos a lo creado y que por lo tanto respetamos, nos reafirma en nuestra condición de dignos hijos que prolongan con su propio obrar la presencia del Padre.

Esta actitud nos lleva a vivir esa fraternidad que predicó Jesucristo, fruto de no dividir a la Humanidad en buenos o malos, hombres o mujeres, ricos o pobres, blancos o negros, creyentes o ateos, iluminados o necios (ver 1Cor 12,13; Ga 3,26-28). Una fraternidad en la que todos somos hijos, y por lo tanto hermanos, independientemente de la situación personal de crecimiento a la que hayamos llegado (ver Ef 4,4-5; Col 3,10-11). Una fraternidad en la que ya estamos, por origen, y que hemos de reivindicar para reafirmarla como destino.



## VIENDO A DIOS CON OTROS OJOS

---

A Dios no lo podemos *comprender*. Es una realidad que escapa a nuestras capacidades, aunque resulte comprensible nuestro deseo de analizarlo y metodizarlo, probablemente por ese afán manipulador que en el fondo tenemos, y por los supuestos réditos que se derivarían de esa manipulación. Entretenimiento de teólogos y filósofos ha sido siempre su catalogación, una comprensible aspiración de místicos el saborearlo, un objeto de imposible verificación para científicos y el motivo lógico de esperanza para el común de los creyentes. Pero, más allá de estos tópicos, se plantea siempre el camino a tomar ante este acontecimiento enigmático. Y, el más sensato de todos, parece siempre el de experimentar y compartir. Experimentar cada cual lo que sus capacidades y circunstancias le permiten y compartirlo después con los demás para enriquecerse mutuamente.

Un ejemplo para entender esto sería lo ya mencionado en el capítulo IV, el imaginarse a Aquel a quien llamamos Dios como un gigantesco diamante, tallado con infinidad de facetas, del que cada individuo y cada cultura atisbaran solo unos reflejos. Ese diamante está en permanente movimiento, es decir, ofreciendo continuamente sus diferentes facetas para darse a conocer mejor a sus cambiantes criaturas; y estas, sus observadores, también, porque no dejan de asimilar novedades y modificar su criterio según su posicionamiento y personal evolución. La conjunción de ambos movimientos es que todos “sabemos” algo de Dios, más o menos rotundo o reiterado y seguramente auténtico en la medida que la contemplación de la faceta ha sido real, pero ni ese conocimiento es definitivo ni necesariamente coincide con el de los demás. La Historia nos lo confirma con ese acúmulo de interpretaciones de lo divino, más o menos acertadas o erróneas en la medida que ha primado o no la manifestación de Dios por encima de nuestros particularismos.

Entendido así, lo adecuado sería, además de afinar y ser honestos ante cualquiera de esas manifestaciones, completar unos y otros las respectivas visiones a base de compartir experiencias, sin ánimo nunca de imponer ni lo propio ni lo ajeno como definitivo porque no lo es ni puede serlo. Partir de la base de que Dios es inabarcable e incomprensible, al menos para nosotros en este estadio de vida, y conformarnos con esta visión pobre pero auténtica. Y esforzarnos en ampliarla, conscientes de que acabamos de dar el primer

paso de una eternidad que tiene como meta el incorporarnos plenamente a quien es nuestro Origen y nuestro Destino.

A este respecto es muy interesante que Jesucristo, que se presenta a sí mismo como especial conocedor de Dios y capaz de mostrárselo a los demás (ver Mt 11,27), no lo defina con conceptos o categorías como era lo habitual en su tiempo (el Dios omnipotente, eterno, omnisciente, justiciero), sino que más bien lo *ofrezca* como un “Padre” al que se ha de contemplar *con ojos de niño*, que es lo que parece pretender al llamarle “Abbá” (=“Papá”), que es el diminutivo familiar de “Ab” (=“Padre”), que por entonces empleaban los niños para dirigirse a su progenitor. Una *contemplación* que en vez de introducirnos en el Misterio para desvelarlo como pretenden los “sabios” nos ayuda, más bien, a comprender cómo hemos de obrar nosotros ante Él (ver Mt 11,25). Porque lo que de verdad ha de importarle al hombre en su relación con lo divino ha de ser su actitud ante ello, ya que le va la vida, literalmente, en hacerlo correctamente. Por eso Jesucristo, a diferencia de filósofos, teólogos y demás buscadores teóricos, se volcó en explicar que todos somos hijos de un mismo y único Padre que busca ser amado en vez de adorado (ver 1Jn 3,1-2; 4,12-13).

Probablemente el aceptar la visión de los demás acerca de Dios resulte un ejercicio arduo, por lo que supone de atemperamiento de los propios criterios, pero más exigente aún lo es el reconocer que ni tenemos la imagen definitiva (por completa) de Dios, ni tampoco derecho a hacer primar la nuestra sobre la de los demás. Dios nos pertenece a todos, pero no es propiedad exclusiva de ninguno. Su manifestación es un verdadero regalo para cada individuo, pero nunca es definitiva, invitándonos así a entendernos con los demás para poder completar adecuadamente su imagen. Lo contrario, el entender como única o definitiva una sola manifestación, supone empobrecer la idea misma de Dios y caer en la petulancia de que nosotros, ínfimas criaturas perdidas en el inmenso océano del espacio-tiempo, somos o sabemos más que el resto, (algo que, por cierto, se ha hecho y se sigue haciendo en el estadio de la religión).

El hombre espiritualizado está obligado a partir de la humildad de esta comprensión y a dialogar con los demás los diferentes puntos de vista. Y no tanto para llegar a conclusiones de científico cuanto para que nos enriquezcamos mutuamente, que ésa es probablemente la intención de Dios al manifestarse como un enorme diamante, una grandiosa riqueza que tienta nuestro afán de descubrir a la par que confirma nuestra intuición de que somos algo más, mucho más, que simple materia evolucionada.





## EVOLUCIONAR ESPIRITUALMENTE

---

El ser humano cambia su comprensión de las cosas en la medida que enriquece su percepción de las mismas. Es un proceso natural, fruto exclusivo de esa herramienta maravillosa que es el cerebro. También el instinto, la intuición y demás cualidades propias del cerebelo que compartimos con otras especies, tiene esa capacidad modificadora que es precisamente la que ha permitido la riqueza de la evolución. Pero es el prodigio de la mente lo que dota al hombre de la versatilidad de comprender y modificar más allá de los ritmos propios de la vida.

Esto conlleva una aceleración de los pasos evolutivos que nos ha hecho caer en la manipulación de los mismos, de manera que, en muy pocos años, hemos sido capaces lo mismo de fabricar máquinas increíbles que de modificar la genética a capricho. De ahí que en el momento actual de nuestra civilización estemos alcanzando una altísima cota de civilización y progreso al mismo tiempo que destruimos para siempre gran parte de la naturaleza en que nos hemos apoyado para conseguirla. A punto de erradicar enfermedades endémicas a la par que a millones de seres vivos; empezando a colonizar otros planetas, mientras arrasamos nuestra propia Tierra; dotando a unos ciudadanos de derechos y comodidades jamás vistos, mientras la mayoría son víctimas de injusticias, guerras, hambre y pobreza.

De la mano de esta evolución cerebral ha ido siempre otra que definiríamos como “*espiritual*”, que paralelamente ha procurado atemperar ese crecimiento desbocado sugiriéndole tanto otras metas como otros medios de actuación. Eso es lo que ha dado pie a un progreso afectivo, artístico, cultural, religioso humano, en una palabra, que bien puede aplicarse como símbolo de lo mejor que podemos conseguir. Y es este progreso, esta evolución particular, la que pugna por liderar el crecimiento total del ser humano y evitar esa catástrofe que supone que la Humanidad se guíe solo por los intereses de una materia evolucionada egoísticamente, que se sirve de su preeminencia cerebral para acogotar al resto. Las religiones, como las revelaciones, han supuesto y suponen ayudas muy válidas para reorientar el proceso, pero en la medida que son absorbidas o asimiladas interesadamente por una sociedad que las manipula, por lo meramente material, terminan convirtiéndose en simples apéndices de una evolución que no controlan. O, peor aún, si tienen un protagonismo, como es el caso de las religiones y

revelaciones fundamentalistas, terminan confirmando, al apoyarlo, lo peor de unas situaciones en las que el hombre solo cuenta como número, como dato, como “*fiel creyente*” dispuesto a llevar a cabo cualquier proyecto avalado supuestamente por Dios y sus mandamientos, por absurdo que esto pueda resultar.

La espiritualización del ser humano se alza aquí como la referencia lógica del mejor de sus proyectos evolutivos. Es el paso siguiente a la cerebralización de la especie y es la antesala de otros crecimientos que ahora solo podemos soñar, de manera que bien podemos decir que estamos a medio camino entre lo que fuimos y lo que estamos llamados a ser, entre ese *primate evolucionado* y un completo *ser espiritual*. Entre medias nos encontramos en este momento, se supone que adquiriendo la consciencia de que somos *hijos de Dios* y esforzándonos por vivir como tales. Y a Dios, referencia primera y última de todo lo que existe y acontece, no podemos considerarle simple testigo de todo este proceso iniciado en su momento por Él, pues es también actor principal del mismo en la medida que está presente en toda su creación y la sigue animando.

Es, en el ejemplo del diamante que antes decía, como si cada faceta del mismo, cada reflejo, tuviera la propiedad de incorporarse a la vida y las inquietudes de quien lo contempla. Y aunque esa contemplación y su correspondiente asimilación sean minúsculas, la fuerza que de ellas emana es tal que suple con creces cualquier debilidad. De esta manera, el hombre que se abre a esta espiritualización adquiere una riqueza de comprensión que bien puede convertirse en motor de sus cambios posteriores.

Es decir, que una nueva comprensión de Dios, una especial comunión con Él basada no en el interés personal sino en la entrega confiada a ese Misterio de Amor, nos otorga de inmediato una nueva visión del todo, y con ella una fuerza que es capaz de reorientar la evolución humana en la dirección adecuada.

Lo cual quiere decir, con palabras más vulgares, que si queremos evitar esta preocupante deriva de la Humanidad hacia su propia destrucción y el hundimiento con ella de esa pequeñísima porción de Universo que compartimos, no hay otro camino que dar el salto a esta espiritualización propuesta y explicada.

Las ideas sobre Dios aventuradas por las religiones, la comprensión que de Él se ha venido ofreciendo durante siglos, han generado lo mismo progreso que atraso, entendimiento que división, riqueza que pobreza, santidad que pecado. Y cada cual puede, por ello, encontrar motivos para la crítica o la gratitud. Pero llega el tiempo, y ya lo introdujo hace dos mil años Jesucristo, de relacionarnos con quien es nuestro Padre de otra manera (Jn 4,21-24), y de instaurar esa novedad que está llamada a convertirse en

eternidad (Mc 13,31; Jn 13,34; 2Cor 5,17; Ap 21,1.5).

Y así el ser humano, que participa de lo creado al tiempo que condensa en sí mismo las esencias de la Creación a la que pertenece, recuperará la coherencia con su Origen al tiempo que le añadirá la riqueza de su evolución personal y comunitaria. Y el Padre, como en la parábola del *Hijo pródigo*, se gozará con la presencia y la experiencia compartida de todos sus hijos, los que se quedaron y los que se fueron para luego regresar tras el arduo aprendizaje de la existencia.

## SEGUNDA PARTE

# VIVIR EN EL ESPÍRITU



*«Yo voy por el camino antiguo, pero si encuentro otro más corto y más llano me iré por él. Los que hicieron estos caminos antes que nosotros no son nuestros señores sino nuestros guías. La verdad está abierta a todos, no es del exclusivo dominio de nadie».*

Séneca, Epístola 33

\* \* \*

*«¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?»*

1ª Corintios, 3,16

\* \* \*

I

## GRANDEZA OCULTA

---

Detrás de nosotros, detrás de lo que somos, hacemos, sentimos, pensamos o experimentamos, se oculta una determinada grandeza. Es la misma “*Grandeza*”, con mayúscula, que abarca todo lo que existe, por más que no seamos capaces de distinguirla. Y a nosotros se nos ha dado la posibilidad de descubrirla, valorarla y disfrutarla, de manera que, de no hacerlo, estaríamos frustrando lo esencial de nuestra existencia. Pues seguramente la razón de nuestro existir no sea otra que ese disfrute, si aceptamos que Dios, esa determinada “*Grandeza*”, nos ha creado por amor y nos ha dotado de inteligencia y corazón para así poder experimentarlo y corresponderle.

Dicha “*Grandeza*” puede captarse allí donde se oculta o se manifiesta: en lo grande y en lo pequeño, en el ruido y en el silencio, en la soledad y en la compañía, en la pobreza y en la riqueza, en el hombre y en la mujer, en el niño y en el anciano, en el pasado y en el presente, en la Tierra y en la Luna...

A veces la intuimos y en ocasiones casi la palpamos, pero nos queda siempre a trasmano en la medida en que nos volcamos casi exclusivamente en los intereses de nuestra materia, de nuestra particular supervivencia. Distráidos por el “*qué comeré o con qué me vestiré*” (ver Mt 6,25 ss.), pasamos de puntillas por esta trascendencia que intuimos y que en ocasiones se nos desvela. Pero esto lo hace en cuanto dejamos de usar el cerebro, el ego, como elemento enjuiciador y filtro de todo lo que nos acontece. Y surge como una especie de “*instinto espiritual*” que, a semejanza del instinto material, tiende a regirnos de forma automática. Y lo mismo que este último orienta nuestra existencia material más allá de la volición para garantizar nuestra supervivencia, el otro supone un automatismo que nos mantiene las constantes necesarias para la presencia y progreso de nuestro espíritu. Por eso se le encuentra en cuanto se le busca, y surge espontáneamente en cuanto se le da oportunidad.

Por poner un ejemplo, la caridad, el desprendimiento, la misericordia, el perdón y otros valores que brotan en nosotros de manera espontánea –no cuando forman parte de un interés del yo o una planificación mental–, son la expresión natural de ese “*instinto espiritual*”. Y son gestos que *nos engrandecen* como criaturas de manera muy particular, que nos vinculan fuertemente a la “*Grandeza*” primera, porque si nuestra capacidad mental alcanza una considerable altura moral con el altruismo y los demás

gestos de socialización y entendimiento comunitario, nuestro ser más profundo empieza a realizarse cuando damos el salto a una actuación que nace de esa espontaneidad a la que nos lleva el espíritu. Ahí se abre la puerta al siguiente nivel de nuestra evolución, el del espíritu, que nos conecta directamente con el Todo que es origen y mantenimiento de todo, algo que indudablemente Él ha de querer porque de no ser así no nos habría dotado ni de esas posibilidades ni de estos automatismos. Como decía san Agustín, *“Nos hizo para Él, y nuestro corazón no descansará hasta reposar en Él”*.

Precisamente esto último se convierte en una prueba muy importante de nuestro origen divino, ya que este *“instinto espiritual”* desborda por completo los límites de nuestra materia, las perspectivas de nuestro raciocinio. Y es que la mente no puede “fabricar” algo que la supera además de contrariarla en sus funciones elementales. Porque las actitudes que promueve el espíritu, como es el caso del perdón o el sacrificio misericordioso, chocan frontalmente con el egoísmo natural que sustenta la supervivencia de nuestra materia. Incluso la organización comunitaria y social, que tolera o promueve nuestra mente, se apoya en un interés propio en la medida que nuestra evolución particular se encuentra vinculada a la del clan. Pero no así el mundo del espíritu, en el que todo es gratuito y espontáneo, además de independiente en lo que respecta a la evolución del resto del mundo del espíritu.

Esta “espiritualización” supone, pues, el paso automático siguiente a la “racionalización”, y no requiere el peaje de la espera de una transformación física. Quiero decir, entre otras cosas, que no hace falta esperar a morir para acceder a ese mundo espiritual. Que, como decía Jesucristo, *“El Reino de Dios ya está aquí, entre vosotros”* (Lc 17,20-21), y esa realidad se puede experimentar en lo cotidiano con la misma naturalidad con que la vivieron aquel “buen samaritano” y la persona que lo ayudó (ver Lc 10,29-37), o el “hijo pródigo” y el padre que lo recibe con los brazos abiertos (ver Lc 15,11ss.), o el arrepentido Pedro que confiesa que ama a su Maestro más que los demás (ver Jn 21,15-17), o el converso Zaqueo que reconoce su inmoralidad y decide repararla (ver Lc 19,1-10). El común de los pasajes históricos del Evangelio y de las parábolas y ejemplos que recoge, son prueba de esa espiritualidad latente que de pronto se materializa, de esa *Grandeza oculta* que de pronto sale a la luz. Y en ellos queda claro que no hace falta esperar a morir para alcanzarla. Con lo que se confirma que “vivir el presente” puede ser anticipo y experimentación de esa eternidad que el creyente anhela. Es lo que sucede cuando se evade uno de la trampa de la mente, que trabaja siempre condicionada por lo que fue o pudiera ser, mientras que el todo personal se ubica en el *aquí y ahora* que se saborea como un instante de eternidad.

Cuando no nos condicionan los recuerdos ni los futuribles, cuando dejamos de ser

esclavos de intereses propios o ajenos, cuando trascendemos la materia y dejamos que sea el Espíritu único el que fluya tal y como desee y cuando le apetezca, entonces la eternidad se condensa en un instante, lo eterno se hace gesto y lo que vivimos ahora es el inicio o el anticipo de lo que estamos llamados a vivir por siempre. Quizá se nos ofrezca como aperitivo que despierta el apetito e invita por tanto a seguir por ese camino, pero puede que también sea un impulso irrefrenable de una realidad a la que le cuesta verse sojuzgada por los corsés del tiempo y la materia.

## II

## LA ESPIRITUALIDAD, PASO OBLIGADO

---

Desde siempre, la creencia se ha expresado mediante ritos y estos, a su vez, han alimentado a la primera. El ser humano tiene una fe y la manifiesta a través de actos culturales que la retroalimentan. Una especie de círculo vicioso en el que resultaba imposible disociar ambas partes, y que ha configurado lo esencial de la práctica religiosa de tal manera que, históricamente, no puede entenderse esta sin aquellos.

Pero hay un tercer elemento, la espiritualidad, que se adhiere a los otros dos espontáneamente en razón de la idiosincrasia humana y que busca darles ese sentido, esa fuerza, que rompa el mencionado círculo. Porque en la medida que el impulso para caminar por estos derroteros le viene al ser humano de Dios mismo, es Él quien busca elevar lo que el hombre hace en este sentido. Quizá nosotros podamos contentarnos con reducir estos impulsos a meros formalismos que cubran nuestras necesidades más inmediatas, pero está claro que Dios quiere elevarnos al lugar que nos corresponde como criaturas especialmente dotadas y este no es sino el ámbito de lo espiritual.

En la vieja rutina de la creencia y el rito, continuamente implicados entre sí, lo que cuenta es lo particular de tal manera que todo tiende a verse bajo el punto de vista de quien cree, reza o ejecuta, cualquier acto cultural. Lo importante viene a ser la faceta terrena del individuo y su supervivencia en medio de ella, y para ello las fórmulas religiosas le ofrecen las herramientas que considera apropiadas y que utiliza pensando prioritariamente en sí mismo. Si fuera al revés, si el hombre considerara como más importante lo espiritual, o al menos le diera la importancia que le corresponde, entraría en una dimensión en la que se prima lo universal, tanto lo visible como lo invisible, y en la que el individuo tiende a encajar con el todo o incluso a subordinarse a él. De ahí que resulte vital para el ser humano el dar el salto a la espiritualidad, para prosperar como criatura capaz de evolucionar lo mismo como individuo que como Humanidad.

Como en el plan de Dios, sea el que fuere, no puede desgajarse la parte del todo, es lógico que el previsible ascenso del ser humano y de la Humanidad de la que forma parte discurra en este sentido y no en el otro. Y que en la medida que la creencia y el rito reducen lo universal a lo particular tengan que verse como el primer paso de una criatura que, en un momento dado, estrenó consciencia; o de transición entre un funcionamiento guiado por el automatismo del impulso y otro nacido del intelecto enriquecido por el

espíritu. De ahí que, por otra parte, podamos concluir que traicionamos el impulso evolutivo divino tanto cuanto nos demoramos en dar los pasos correspondientes a cada etapa del *hecho religioso* que nos constituye históricamente.

Creencias y ritos, ritos y creencias, han configurado hasta aquí la evolución material, intelectual y afectiva, del ser humano. Pero es llegada la hora, y Jesucristo es buen testimonio de ello, de que el hombre ha de espiritualizarse para culminar su siguiente estadio de progreso. De no hacerlo así, es lógico e inevitable que la Humanidad, y en especial la más culta y desarrollada, se sienta abocada a la depresión que produce el sinsentido de una vida que parece haber alcanzado sus topes. Hay otro camino que seguir, nuevas metas que buscar, y todo ello progresa mediante el paso natural de crecer en el espíritu que llevamos incorporado desde que fuimos distinguidos con los dones del pensamiento, la voluntad y la libertad. Sobre este tema ya se ha reflexionado abundantemente en la primera parte, así que a ella me remito.

Por otro lado, si nos preguntamos qué es lo que puede Dios amar en nosotros para hacerlo perdurar, la respuesta más lógica sería que *nada que sea temporal, perecedero, momentáneo...* es decir, nada que resulte inferior a esa perdurabilidad a la que se nos invita como criaturas que somos algo más, mucho más, que simple *materia*. Poco o nada de todo lo que a diario parece suponer, para muchos, su mayor inquietud, como es el mero sobrevivir o deleitarse. Indudablemente, ni la materia en sí misma ni su mera transformación en energía, por importantes que ambas parezcan o resulten.

La mayor parte de nuestras ocupaciones y desvelos llevan el marchamo de lo momentáneo –cuando no el de lo indigno–, y su pervivencia suele ser tan egoísta e interesada que en modo alguno pueden trascendernos. Incluso los logros nobles, invenciones, realizaciones y sus consecuencias más positivas, aun siendo dignas de aplauso llevan fecha de caducidad. Porque todo eso está en función del momento, de una historia que queremos realizar, particular o socialmente, y para la cual no son más que herramientas.

Y es que la clave de la eternidad está en la intencionalidad. Porque Dios es eterno y solo puede entrar en esa eternidad lo que está unido a su voluntad, a su proyecto (ver Sb 2,23-3,9). Sin duda alguna, muchas de las cosas que hacemos o experimentamos pueden tener el otro marchamo, el de lo eterno, a veces hasta involuntariamente. Pero siempre será debido a que, de alguna manera, entran en el plan divino.

¿Qué es, entonces, lo que en nosotros ama Dios y por tanto está llamado a pervivir más allá de la muerte o de cualquier otra transformación? Pues ni más ni menos que lo que está bañado previamente de eternidad, *su proyecto divino*, y aquí entra tanto la materia

como la energía, la intención como el hecho, el pensamiento como su materialización. Es decir, lo que de Él viene, en Él permanece y a Él retorna. Y aquí lo mismo entra lo máximo que lo mínimo, pues todo depende de la orientación que el Creador ha imprimido a su creación. El conflicto, por así decirlo, comienza cuando lo creado, tiene la capacidad de elegir y decidir, porque todo lleva una orientación automática similar a la que imprime la gravedad a la masa, mientras otras fuerzas no se interpongan. El hombre tiene en su voluntad y en su libertad esas fuerzas, y por ello puede optar por seguir una trayectoria que le acerque al plan originario o que le aleje más de él. La espiritualización del ser humano a la que me refiero está en esa primera senda, porque le conecta de forma natural y automática con el Espíritu que la conforma. Y ya se sabe que *“Solo Dios es eterno, y todo lo que de Él participa y en Él permanece”* (ver, p.e., Mc 10,17 ss.; Jn 17,3; Hch 13,47-48; 1Tm 6,11-12; 1Jn 2,17,25).

# III

## LOS PUNTOS DE PARTIDA

---

Me gusta decir que sobre Dios no caben más que tres puntos de partida: *o nos lo imaginamos, o le buscamos, o nos dejamos captar por Él*. El primero de ellos es el más socorrido, dada la necesidad que tiene nuestra mente de contar con un principio que la estabilice, un punto de referencia sobre el que articular gran parte de sus actuaciones. Y ahí es donde la idea de Dios como origen de todo, fuente de autoridad, recurso explicativo de lo inexplicable o argumento moral supremo (premiador/castigador definitivo), tiene su principal razón de ser. Y es por esto que el hombre lleva toda su existencia como criatura pensante inventando o ubicando divinidades en la realidad que le envuelve. Y no puede decirse que estas suposiciones sean, sin más, descabelladas, porque el hecho mismo de su insistencia a lo largo de la historia y su abundancia a través del ancho mundo demuestran que es un impulso que mueve al hombre lo mismo que el de alimentarse o el de reproducirse. Otra cosa es que ese impulso haya encontrado su justo eco, porque en la mayoría de las ocasiones ha sido la propia e interesada mente humana la que ha filtrado y tergiversado el hálito divino, reconduciéndolo no al descubrimiento de una verdad sino a la manipulación de la misma.

El segundo punto de partida, el de *buscar a Dios*, es también fruto de ese impulso divino que lleva al ser humano, con una fuerza similar a la de los otros impulsores básicos, a encontrarse con el Misterio. Es más, podríamos decir que es justamente la motivación profunda que subyace en el primer punto de partida, el de “inventar” a Dios. De hecho, la palabra “inventar” es lo que significa (del latín “*invenire*”= “*hallar*”, “*descubrir*”), y hace referencia a un descubrimiento que puede ser tanto casual como buscado. El matiz de diferenciación estaría en la honestidad de hacer esa búsqueda sin prejuicios, que es lo que ha de suponer siempre este punto de partida, o en hacerla con el engaño de las predeterminaciones con que uno puede acercarse a lo divino. En el primer caso se trata de estar plenamente abierto, receptivo, a un descubrimiento, y en el segundo se querría establecer con un diseño elaborado de antemano. Por lo tanto está claro que me refiero a una búsqueda honesta que nada tiene que ver con las búsquedas manipuladas de quienes esperan encontrar un Dios a su conveniencia.

El tercer punto de partida, el de *dejarse captar por Él*, viene claramente sugerido por las que llamamos “religiones del Libro”, Judaísmo, Cristianismo e Islam, en las que se trata

de un Dios que sale al encuentro de los hombres para revelarse, transmitirles un mensaje o establecer con ellos una relación determinada. Todo ello fundamentado, al parecer, en su interés por darse a conocer y no dejar a sus criaturas en la ignorancia sobre su existencia y su concreta voluntad. Porque, curiosamente, no se trata de un Dios que quiere ser simplemente conocido, sino sobretodo y especialmente tratado (adorado y servido por unos, temido, respetado y amado por otros). Es una gran novedad, coherente con lo de que el hálito divino impulsa a la criatura a un encuentro con su Creador, pero con el añadido de unas pautas que la misma divinidad establece para facilitar dicho encuentro. Pues no se trataría ya solo de unos impulsos internos que hay que atender, sino de unos influjos externos que sirven de guía en el recorrido. La Ley divina, los personajes proféticos, los acontecimientos reconocidos como “salvíficos”... son todo elementos externos al hombre y genéricos más que individuales que buscan orientar en el adecuado conocimiento de Dios.

Sobre este punto ilustra bien el último Concilio en las Constituciones “Lumen gentium” y “Dei Verbum”, y a ellas me remito, pero sobre todo quiero hacerlo para no olvidar que, además de a través de estas “religiones del Libro”, en general, y de la revelación cristiana, en particular, Dios también sale al encuentro del hombre por otros caminos. Algo lógico, porque si no sería tanto como condenar a un perpetuo desencuentro con lo divino a los millones de seres humanos que han sido, son y serán, al margen de estas religiones. Por eso en esos documentos se subraya que Dios se manifiesta también particularmente a cada uno de sus hijos con capacidad de razonar y experimentar en lo creado, y que estos pueden culminar su encuentro viviendo rectamente su vida con la gracia que reciben de Dios (ver, esp., L.g. 16 y D.V. 6).

Estos tres “puntos de partida”, como se ve, tienen un denominador común: la clara intuición de que Dios mismo está subyaciendo en el impulso que los mueve, de tal manera que bien podríamos decir que da igual el camino que se siga, si se hace honestamente, porque al final el resultado acabará siendo matemáticamente el mismo. Similar a lo que la evolución nos muestra cotidiana y universalmente, que es un espíritu de vida que lleva todo en una misma dirección de progreso y existencia compartida, aunque por multiplicidad de caminos. De igual manera, en las criaturas dotadas de pensamiento y especial sensibilidad se manifiesta esa fuerza evolutiva que nos lleva al encuentro con quien es nuestro origen y nuestro destino, por diferentes caminos pero con idéntica fuerza y determinación.

Le costará más o menos a esta criatura que llamamos “hombre” el dar con su causa eterna, por aquella norma evolutiva del “tanteo, error, corrección, acierto, progreso, nuevo tanteo”, que en su caso se complica por la peculiaridad de un cerebro que se

presta a multitud de barroquismos, pero acabará sin duda conquistando esa cumbre evolutiva a la que está llamado por ser materia pensante y *animada*. Es decir, por estar dotada de un “ánima” (alma) que permanentemente le vincula al Eterno.

# IV

## UNA NUEVA IDEA DE DIOS

---

Esa búsqueda de Dios que la Humanidad viene llevando a cabo por cualquiera de estos caminos, está inevitablemente vinculada al contexto evolutivo en que se encuentra inmersa. Es decir que, salvo especiales excepciones, el hombre no puede dejar de plantearse su conocimiento de Dios de modo ajeno al tiempo que le ha tocado vivir. De manera que tanto el conjunto de la sociedad como el ingenio de cada uno de sus individuos resultan condicionantes inevitables para esta comprensión. Así, los hombres de las cavernas tenían su propia y coherente, para ellos, imagen de Dios como la tuvieron después los filósofos griegos o los reformadores protestantes, o la tienen y tendrán los cibernautas del presente y los colonizadores de galaxias del futuro. Es lógico, pues en la evolución, lo mismo de la vida en general que del pensamiento en particular, cuenta por igual el impulso interno de vida que se experimenta que la modificación que sobre él ejerce el entorno. Y si el primero es similar, el segundo es por completo distinto. Lo mismo que una sencilla flor o un enorme sol dependen de la fuerza interior que les anima y de las externas que les condicionan.

Por eso el ser humano, aun siendo fuertemente impulsado por el hálito divino que le lleva hacia quien es su Origen y su Destino, está siempre condicionado, alentado o frenado, por un entorno que lo mismo favorece que perjudica ese encuentro. Es papel destacado de las que llamamos “religiones”, que participan tanto de la ayuda como del problema, pero lo es también, y mucho, de las sociedades que el hombre crea. Aquellas que favorecen la libertad y animan el crecimiento y el descubrimiento están en la auténtica onda de la evolución espiritual además de en la material. Pero las sociedades que reprimen y coartan al individuo, a veces incluso de la mano de religiones que pretenden monopolizar una idea exclusiva de Dios, lo que hacen es retardar este proceso, por lo demás inevitable, de acercamiento de la criatura a su Creador.

A modo de ejemplo de todo lo dicho, basta con caer en la cuenta de cómo ha cambiado (o debiera aún cambiar, en algunos casos), la idea que se puede tener de Dios a partir del simple descubrimiento de que existen millones de galaxias que a su vez pueden contener millones de sistemas solares similares al nuestro y, por ende, formas de vida similares o equivalentes a las nuestras. Pues hasta hace muy poco, aparte de sentirnos “el ombligo del mundo”, suponíamos una realidad cósmica de andar por casa en la que Dios se

asemejaba a una especie de abuelete que habitaba ahí mismo, a la vuelta de la esquina de su Olimpo particular. Pero el hecho de tener que ampliar las dimensiones del Cosmos obliga, incluso a los más recalcitrantes, a redimensionar los atributos de su Creador. Por eso, lo mismo que el poder desentrañar los secretos de la genética o las subdivisiones del átomo (=“*indivisible*”) nos hicieron ver como infantiles las explicaciones sobre la vida que hasta hace cuatro días nos aportaban los más brillantes ingenios, las nuevas perspectivas de comprensión del Universo y de la misma existencia nos llevan a reconsiderar forzosamente nuestra percepción de Dios. Pero eso no es un problema, sino una bendición. Y, además, prevista.

Decía al empezar, que el hombre no puede dejar de plantearse su conocimiento de Dios de manera ajena al tiempo que le ha tocado vivir, salvo especiales excepciones. Y me refería al hecho incontestable de que siempre ha habido personajes capaces de adelantarse a su momento y conseguir una visión de Dios muy anticipada al mismo. Son iluminados, místicos, visionarios... gente que destaca en este terreno como otros pueden hacerlo y de hecho lo hacen en el campo del arte o de las matemáticas. Algo perfectamente comprensible si partimos de la base de que el progreso en el conocimiento de Dios se rige por leyes similares a las que organizan la evolución que baña el Cosmos en general y nuestra Tierra en particular. Estos personajes son del todo creíbles y muy beneficiosos para el conjunto en la medida que sus proclamas impulsan y aceleran el proceso. Pero corren siempre el riesgo de ser perseguidos y despreciados porque sus propuestas van más allá de lo correctamente admisible en su momento. Eso sí, con el paso del tiempo se rehabilitará su memoria y hasta se les dedicarán monumentos, pero con su menosprecio la Humanidad habrá perdido uno más de los trenes del progreso que continuamente la Vida le ofrece. Sin olvidar que también se da el peligro de ver deformado o incluso tergiversado su mensaje por los seguidores del mismo, cuando estos se obstinan en reconducir la novedad al molde de su conveniencia.

Quien se sienta “buscador de Dios” y en verdad animado por ese espíritu evolutivo divino, tendrá que revisar con detalle todas estas peculiares vivencias, las de su tiempo y las anteriores, las ajenas y las propias, porque nada es despreciable en este camino. El espíritu divino es libre, sopla donde quiere, como quiere y cuando quiere (ver Jn 3,6-8; 16,13), otorgando a cada cual lo que sabe que necesita (ver Rm 12,4-11), y es a nosotros a quienes nos toca afinar y estar preparados para no dejar escapar la oportunidad. Lo mismo que la vegetación no puede ignorar los variados avisos que en primavera le llevan a florecer, y en otoño a desprenderse de las hojas muertas. Razón por la que, plagiando al poeta (Neruda), debiéramos siempre dejar que Dios hiciera en cada uno de nosotros, y en el momento oportuno, “...*lo que la primavera hace con el almendro*”.



V

## HERRAMIENTAS PARA DESCUBRIR

---

Está claro que, para realizar esa búsqueda y/o conseguir ese encuentro, la herramienta básica para cualquier ser humano reside en su *inteligencia*. Doy por supuesto que Dios está en todo, lo mismo que el todo está vivo en Él, y que por esa razón no hay criatura, tanto animada como inanimada, que no esté bañada de su presencia. Y que la única diferencia entre las criaturas pensantes y las que no, es la capacidad de las primeras para comprender y experimentar desde su consciencia esa forma de presencia. Nosotros “*sabemos que sabemos*”, como vulgarmente se alude a la inteligencia, pero además añadimos a ese conocimiento la posibilidad de valorarlo según una escala que crece con nosotros, con la Humanidad y con su progresiva humanización. Pues no en vano pertenecemos a una quáintuple dimensión definida por el espacio (largo, ancho y alto), más el tiempo, y el añadido de lo moral y lo ético que establecen otro rango más a tener en cuenta. Y es que el espacio y el tiempo nos vinculan a las demás criaturas que conocemos, pero nosotros nos movemos también en una dimensión ética, que nace de nuestra inteligencia y que nos sitúa por encima de ellas al tiempo que nos abre la puerta a una siguiente dimensión, la del espíritu, a la que también pertenecemos aun antes de haberlo comprobado.

Según esto, la inteligencia así considerada sería la primera herramienta que, además de distinguarnos, nos capacitaría para acercarnos a lo divino de una manera especial. Y en esa apreciación entraría la dimensión ética en la que se mueve nuestra inteligencia, con su capacidad de valoración del bien y del mal, su posibilidad de juzgar y de decidir, y el mundo de sentimientos que esto conlleva. Una realidad que ya vivimos y una puerta abierta a una trascendencia a la que estamos invitados. Sin olvidar que, para quienes así lo interpretan, esa inteligencia y esa dimensión ética pueden vincularse al “alma” como realidad añadida a la corpórea, sin por ello menoscabar mi razonamiento respecto a una *primera herramienta*. Como también podría hacer referencia a “lo espiritual”, en general, como forma elevada de existencia que nos distingue del resto de la Creación que conocemos.

Por lo demás, entiendo que todo esto, en el fondo, quien lo mueve no es sino la Vida, lo Absoluto y Eterno, que aquí podemos captar y experimentar con los condicionantes de la relatividad y la temporalidad, pero que al mismo tiempo se nos está ofreciendo degustar

de otra manera, apoyada en esa *herramienta* que Ella misma nos ha regalado. Y aclaro que prefiero hablar de “Vida”, (con mayúscula), para referirme a Dios y a su manifestación y presencia en lo creado; y de “vida”, (con minúsculas), al tratarse solo de sus criaturas. Y por lo mismo entiendo que lo que ahora es simple “vida” está llamado a ser “Vida” al alcanzar una plenitud. O, dicho con el lenguaje de los antiguos, llegar a “*ser dioses*”, “*ser como Dios*”, “*gozar de su Presencia eterna*”, o alcanzar el Nirvana, el Paraíso, el Walhaya ó ese Reino de Dios en cuya Nueva Jerusalén no hace falta sol porque Dios está en medio alumbrándola con su presencia (ver Ap 21).

Ya en clave cristiana, es decir, de acuerdo con los parámetros que propone el Evangelio, la herramienta por excelencia, fruto de esa inteligencia aplicada y de una moral correctamente orientada de acuerdo con unos sentimientos positivos y benévolos, sería el *amor misericordioso*. Sobre él hace pivotar Jesucristo la relación con Dios y entre los hombres, de tal manera que quien lo vive pone en comunión cielo y tierra al tiempo que da sentido a su existencia (ver Mt 5,43-48). Se trata de una fuerza vivificadora que rescata al hombre de sus rutinas animales, de su cerebelo programado para la supervivencia, la reproducción, y la lucha por la existencia. Una herramienta diseñada para progresar en un orden nuevo, no terráqueo, que nos pone en la órbita de otras criaturas que ignoramos pero que deducimos que están por encima de nosotros y por ello más próximas al ser de Dios.

Que no es propia de esta dimensión de la que partimos se ve claramente en cuanto que supone una ilógica respecto a esa “lucha por la vida” pre-programada, pues vivir según el amor compasivo y misericordioso entraña ir contra corriente de una evolución que prima la fuerza, la habilidad y el interés propio por encima del ajeno. Pero si se quiere descubrir el auténtico rostro de Dios y no uno fabricado “a nuestra imagen y semejanza”, no hay más remedio que contradecir la parte primitiva que nos habita y dar rienda suelta al impulso de trascendencia que tira de nosotros hacia la eternidad y su Autor. Y esto solo se consigue orientando nuestra inteligencia en la dirección que marca lo que llamamos “corazón” (por contraposición a “cerebro” animal).

El mecanismo de descubrimiento que utiliza esta *herramienta* es de lo más sencillo y por lo tanto válido incluso para quienes, por la incapacidad que fuere, no pudieran servirse de la otra, de la intelectual. Pues no consiste tanto en tener determinados recursos propios cuanto en *dejarle hacer* a la Vida que tiende a obrar en nosotros en cuanto la dejamos actuar libremente, llevándonos así a su terreno.

Con la práctica de este *amor misericordioso* el ser humano alcanza un determinado nivel social en la medida que le hace amable y apreciado para la convivencia, pero no se puede

olvidar que en una sociedad competitiva, como suelen serlo las nuestras, más bien se considera una debilidad por cuanto no faculta trepar a lo alto de ella y mantenerse en ese podio artificioso. Lo cual conlleva un cierto menosprecio de esta *herramienta* que no sufre la otra, la de la inteligencia. Sin embargo, parece ser la favorita de un Dios que reiteradamente menosprecia los saberes en aras de la humildad y la pobreza en contraste con la riqueza (Mt 6,19-21; 11,25). Y esto nos lleva a valorarla incluso más allá del alcance de lo cristiano, pues si esta es la apreciación de Dios está claro que será válida para cualquiera que desee encontrarse con lo divino allá donde fuere, tenga o no el respaldo social merecido por su humanitarismo.



## LA MANIFESTACIÓN DE LO DIVINO

---

Decía antes, que uno de los caminos para el encuentro con Dios es el que nace de Él mismo. Y que este camino puede ser coincidente con los otros dos al abarcar, por una parte, el deseo que tiene el hombre por descubrirle y, por otra, el hecho práctico de que tiende a imaginárselo de tantas maneras que, por fuerza, ha de al menos aproximarse con alguna de ellas. Lo cual refuerza la intuición del ser humano respecto a su encuentro con lo divino, similar a lo que proponía aquel viejo dicho de que “*todos los caminos conducen a Roma*”, entendiéndolo que Dios sería ese centro al que se orientan, automáticamente, diferentes senderos por más dispares que parezcan. Algo perfectamente comprensible desde el momento en que se entiende a Dios como “*Aquel en quien vivimos y existimos*” (Hch 17,28), al tiempo que es quien nos conforma y mueve.

Con este preámbulo, que nos advierte ya de la tendencia natural que hay para que se produzca ese encuentro, hay que añadir un par de detalles que lo refuerzan. El primero se descubre al entender que lo divino requiere *un medio de manifestación que sea válido* para las herramientas antes explicadas, las de la *inteligencia* y la del *amor misericordioso*. Por poner un ejemplo elemental, si nos imaginamos a Dios como a esas ondas de radio o de televisión que continuamente nos envuelven pero que solo se pueden captar con un receptor adecuado, tendremos que admitir que Él nos ha dotado previamente del mismo, es decir, de las herramientas necesarias para poderle captar correctamente. Pues sería un ejercicio completamente inútil el que Dios nos atiborrara con sus mensajes, que nos inundara incluso con su presencia, si al mismo tiempo no nos proveyera de los medios necesarios para conseguir hacernos con todo ello. Y así, dado que esas herramientas residen en la inteligencia y el corazón tal como expliqué antes, hay que deducir que la manifestación que nace de Dios está en necesaria sintonía con ambos receptores, creados *ex profeso* por Él con esta capacidad añadida a las otras que les conocemos.

Este razonamiento nos lleva inevitablemente a concluir el segundo detalle, que es la necesidad perentoria de *educar mente y corazón en esta dirección*, si es que queremos que el mensaje divino llegue a unas criaturas capaces de recibirlo. Una educación que va más allá de la meramente intelectual, la propia del común de las escuelas, ésa que el

hombre se ofrece normalmente a sí mismo para medrar y evolucionar como ser inteligente. Y una educación que también desborda la que es propia de las religiones, en la medida que estas se ciñen al aprendizaje de meras tradiciones, ritos y descripciones supuestamente definitivas de lo divino. Se trataría, más bien, del *entrenamiento* o, mejor aún, del *acompañamiento*, adecuado para que cada ser humano consiguiera por sí mismo alcanzar su comunión personal con lo divino (que, como ya se explicó, incluye la comunión con el todo). Entendido siempre *lo divino* no como lo ya conocido o metodizado sino como *Aquello que continuamente hay que descubrir y permanentemente disfrutar*.

Lo mismo filósofos que poetas, teólogos que sabios, místicos que artistas, han conseguido medrar de manera sorprendente en sus respectivos campos en cuanto han sentido la inspiración de lo divino. ¿Por qué? Pues porque entendieron que de alguna manera, como seres humanos, estaban preparados para ello y porque vieron que favoreciendo esta “sintonía” alcanzaban un conocimiento, una experiencia, una grandeza y una trascendencia, que les abrían las puertas de una realidad invisible a los ojos pero tan real y necesaria como la palpable. Y es por esto que todos los que apetecen un tal encuentro acaban participando no solo de la oración o la meditación, sino también de la música, la pintura, la poesía y cualquier otro arte capaz de sublimar lo real y elevarle a uno a las puertas de lo trascendente, incluidas las mismas ciencias en cuanto exploración del hombre y el Cosmos que habita. Lo comprendemos lo mismo cuando nos deleitamos con una puesta de sol que cuando escuchamos una hermosa sinfonía, cuando proyectamos nuestro sentido de la belleza y el ritmo y cuando nos embobamos de cualquier gozo que toca esas fibras que no controla el cerebelo. Pero, además, está latiendo igualmente en trabajos arduos de investigación, de esos que merecen buena recompensa, que en actos tan aparentemente anodinos como puede ser el disfrutar de una comida en grata compañía, culminar una tarea bien hecha, participar de una buena obra o llevar a cabo con naturalidad la más nimia de las responsabilidades.

Y es porque son todos frutos propios de esa dimensión ética que conforma también nuestra realidad y que nos une de manera muy especial con el Creador. Y que por ello se transforman, para el que así lo desea, en el vehículo cotidiano de comunicación con lo divino. Como si dijéramos, en el ejemplo anterior, que el receptor de radio o televisión queda ubicado permanentemente, porque así lo queremos, en la sintonía por la que todo lo que le llega es de Dios o se amolda a Él. Es justamente lo que quiero decir al afirmar que quienes hacen de su vida una permanente oración están rezando lo mismo al musitar una plegaria que al cocinar o al pasear, al reír o al llorar. La manifestación de Dios es constante, y quien está *en sintonía con Él* no hace más que experimentarlo en todo lo

que le acontece, como se proponía ya en la primera parte de este libro.

Me viene a la memoria lo que dice la ciencia acerca de la energía y su capacidad de transformación en materia o en movimiento ( $E=mc^2$ ), ofreciéndonos ecuaciones diferentes que a su vez facultan nuevos resultados. Me ayuda a comprender que también el Espíritu divino actúa como una energía que se transmuta en todo lo que hacemos, *materializando* “hechos de vida” positivos para uno mismo y para los demás, y *moviéndonos* en la dirección adecuada y positiva, pero siempre mientras permanecemos en la “ecuación” que Él nos propone. Y entiendo, de esta manera, por qué la materia y el espíritu se alían para que podamos percibir a la Vida en la vida.

# VII

## DESCUBRIENDO A DIOS EN LA VIDA

---

Podríamos decir que de esta manera, *percibiendo a la Vida en la vida*, es como se alcanza ese viejo anhelo de la Humanidad de poder representar a Dios, materializarlo y hacerlo visible y hasta palpable, para adorarlo. Aquel intento del hombre primitivo de descubrir a un dios acorde con sus necesidades y sus capacidades, el mismo que le llevó a adorar las fuerzas de la naturaleza o la personificación de sus pasiones y sus ideales en etapas posteriores, es el que nos facilita hoy la comprensión de un Dios que se hace asequible a nuestro propio pensamiento y tan sencillo en el trato como nos resulta lo propio y cotidiano. Porque no se trata de comprender a Dios en su grandeza, en su realidad –tarea del todo imposible, al menos en este estadio de nuestra existencia–, sino en la nuestra, en nuestra pequeñez. De no ser así, se trataría de un Dios vetado a los disminuidos, a los de cortos alcances o nulas experiencias. Un dios nuevamente elitista, válido solo para los competentes o profesionales, los sabios y los sacerdotes. Pero con las premisas antes expuestas comprendemos que Dios es como esa luz del Sol que lo baña todo y cuyos beneficios llegan por igual a sus criaturas, que para su aprovechamiento están predispuestas de antemano por la madre natura. Tenemos las herramientas, aunque sean mínimas, y contamos con la permanente “*emisión*” del espíritu divino, que aun siendo máxima se adapta siempre a nuestra capacidad receptiva por pequeña que sea. ¿Qué más podemos necesitar para comprender que, como dice el libro sagrado, “*Dios está ahí, y te llama*”? (ver 1S 3,1-10).

La presencia de Dios en su creación es tan natural como lo es para nosotros el aire que respiramos. Y el asimilarla debiera ser tan simple como igualmente lo es la respiración o el latido cardíaco. (Lo cual explica, en parte, que haya escuelas de oración que enseñan a acompañar la plegaria a los ritmos de la respiración o a los latidos del corazón). Pero para captarla no deja de requerirse una determinada atención y, claro está, un rotundo interés. Porque lo mismo que el aire se limita a mantenernos con vida, también el hálito divino puede reducirse a un mero permitir nuestra existencia durante un tiempo, como también nos recuerda la Biblia (ver Sal 104,29; Jb 34,14-15; Qo 12,7). Hace falta algo más para que ese aire se convierta en energía y en impulso vital que transforme y mueva. Cuando tenemos que hacer un esfuerzo comprendemos esto bien, lo mismo que lo saben los deportistas, los cantantes y demás profesionales del aire correctamente controlado. Es un simple ejemplo, pero puede ayudarnos a comprender que hemos de ser *conscientes* de

que *llevamos a Dios “puesto”* y al mismo tiempo *desear permanentemente* su presencia en nosotros para obtener verdadero provecho de esa “simbiosis de Vida con la vida”.

A esta consciencia se llega a través de la reflexión, la meditación y el común de las oraciones que van más allá de la mera recitación de frases hechas. Puede ser un trabajo de años, pero también es algo que igualmente puede hacerse en un instante, en el momento mismo en que uno cae en la cuenta de que está *“respirando”*, que ése es su estado natural –el “respirar” a Dios, alimentarse de Él–, y acepta esta forma de presencia y de relación con lo divino. Porque algo inevitable en este tema es la voluntad, no hay que olvidarlo. Si tenemos esa dimensión moral con la consiguiente capacidad de elegir y decidir, nos ha llegado con ella la posibilidad de admitir esta presencia divina o rechazarla. Es una ley de Dios para nosotros en particular como lo es la de la gravedad en general, y quien la ha promulgado no la conculcará. Por esta razón el paso hacia la intimidad-comunión con Dios no podemos darlo si no es ejerciendo nuestro libre albedrío. Como en la respiración física, estamos obligados a recibir una cierta presencia de ese “aire” de vida que es Dios para poder existir –*“Retiras tu aliento a las criaturas y expiran”*, que dice el salmo antes mencionado–, pero nuestra relación de intimidad paterno-filial, Creador-creatura, solo se desarrolla a partir de nuestro asentimiento, por mínimo que sea. E insisto en que esto no es beneficio reservado a favorecidos o “profesionales” de lo espiritual, sino a cualquier criatura dotada por Dios de las herramientas necesarias para aceptarle, recibirle y tratarle, tal y como Él quiere ser conocido y amado.

Y no hay que olvidar que esta forma de descubrimiento y vivencia de Dios no menosprecia ni suple a la otra, la que llamaríamos “material” por contraste a esta que es “espiritual”. Me refiero al modo de descubrimiento que es patrimonio exclusivo de nuestros sentidos, el que realizamos a través de la vista, el oído, el tacto, el gusto, el olfato... Camino obligado que la materia hace para reconocerse a sí misma y que de alguna manera percibe lo divino aunque sea de forma rudimentaria. Es un conocimiento tan pobre como limitados son nuestros sentidos pero, en la medida que nuestro intelecto necesita esa información para configurar su propio entendimiento de las cosas, resulta de gran utilidad. Sin estos sentidos no percibiríamos los muchos mensajes que oculta el mundo material y que son como pistas que orientan hacia Dios. *“En Dios vivimos, nos movemos y existimos”* (Hch 17,28), y por esa razón nuestros sentidos transmiten continuamente al cerebro que los procesa esas pistas que hablan de lo divino.

Pero este cerebro, que tiene como prioridades la supervivencia, la procreación y la expansión de la entidad de la que forma parte, tiende a barajar esos datos con un criterio de pura utilidad (*“yo egoico”*, que se dice). De ahí surge el menosprecio de lo divino o,

lo que es peor aún, su manipulación con fines prácticos y personales. Razón por la cual siempre se aconseja dejar al cerebro, al pensamiento racional, al margen de lo espiritual. Y en un principio así se debe hacer, para que esa presencia divina que es atemporal e inabarcable tome las riendas de nuestra percepción. Es decir, para que la información percibida por los sentidos no termine en la mente sino que pase a ser experimentada y disfrutada directamente por dicha presencia divina con la que queremos hacer plena comunión (*“Yo profundo”*). En un paso posterior, el cerebro como tal puede entrar también en ese disfrute en el momento mismo en que es capaz de ponerse al servicio de lo trascendente en vez de al del propio ego, cuando se ha consumado el control –algunos lo dicen “muerte”– del yo superficial o egoico para dejar paso al Yo profundo como rector de la existencia. Es lo que el místico hindú Kabir me recuerda continuamente con su consigna que tanto me gusta y que mantengo en la pared de mi despacho: *“Cuando cese todo el amor por el yo y lo mío, entonces se hará la voluntad del Señor”*.

# VIII

## LA ESPIRITUALIDAD COMO CAMINO

---

Tenemos, pues, un mensaje-presencia divino llamando a las puertas de nuestra capacidad cognitiva y vivencial profunda, y estamos dotados de las herramientas adecuadas para percibirlo. Con nuestra aquiescencia, estas puertas se abren de tal manera que tienden a desaparecer los límites que diferencian nuestro yo del de los demás y del Absoluto. El final de ese propósito es conseguir la comunión plena del Creador con su creatura, a través de la unidad con todo lo creado y con la simple experimentación de la vida misma, de lo que llamaríamos “cotidiano”. A este camino, a esta forma de progresar evolutivamente, es a lo que yo llamo “espiritualidad”, en contraste con una “materialidad” que deja al hombre al margen de lo divino y concentrado exclusivamente en lo que no puede trascender.

Es un camino elevado de descubrimiento de lo divino, porque apura las ventajas evolutivas de la mente humana y supone un paso más allá de sus aparentes capacidades. Un camino que el hombre debe recorrer, lo mismo como individuo que como especie, en la medida que comprende que es algo más, mucho más, que una simple “*caña pensante*” como dijera Descartes. A menos que se resigne a entender la vida con aforismos como los que recoge el libro bíblico del Eclesiastés, que son invitaciones a vivir el momento presente sin más inquietud que la de disfrutarlo adecuadamente ante la perspectiva de su provisionalidad y la ausencia de otras motivaciones superiores. Aunque no hay que olvidar que el famoso estribillo “*Vanidad de vanidades y todo vanidad*” (Qo 1,2 y ss.), y su inevitable deducción que viene a ser el no menos conocido “*Comamos y bebamos que mañana moriremos*”, que también recogen otros libros bíblicos (Qo 2,24;3,12-13; Sb 2,6-9; Is 22,13; 1Cor 15,32) no son sino un grito de apelación a una explicación mejor del sentido de la vida, a la revelación plena de una trascendencia que aún no se entendía cuando se escribió ese libro, doscientos años antes de Cristo.

Y digo que es un camino que supone ir más allá de las meras propuestas racionales no solo porque con la mente no podamos estudiar o “comprender” a Dios, que eso es un despropósito con el que a veces se entretienen filósofos y teólogos, sino porque nuestra capacidad de reflexión lo único que hace es introducirnos en el tema. Ese *grande y fascinante “Misterio”*, como siempre se definió con respeto, nos queda forzosamente *un paso más allá* de nuestras limitadas capacidades de comprensión, por más que

nuestro “ego” se sienta capaz y libre para opinar y expresarse sobre todo lo que se le pone por delante. Y si accedemos a Él es porque así lo quiere y permite, siendo la prueba principal de su intención la existencia de esas *herramientas* con las que nos ha dotado, tal como expliqué en el capítulo IV. Por eso hay que entender este hecho como un paso previo que a nosotros, el género humano, se nos ofrece para poder medrar en una dimensión nueva de la que ya se nos ha abierto la puerta. Una dimensión, por cierto, a la que se accede sin esperar a morir, como creen algunos.

Lo mismo que la religión supone un paso intermedio entre el mito y la razón, la mente lo supone entre la religión y la espiritualidad, y por esa razón no podemos estancarnos en lo que en su momento fue una cima, la racionalización de las diferentes formas de fe que permitió que el hombre moderno las aceptara o valorara. La mente tuvo su momento de importancia al dar hondura a expresiones religiosas que parecían –y a veces eran– primitivas, pero pronto se convirtió en el talón de Aquiles de la propia religión al seguir unas pautas de lógica que echaban por tierra todo el bagaje prodigioso y acientífico de las religiones. Y está claro que la razón ha dejado también al descubierto su propia debilidad al no aceptar más realidad que la mensurable por unos sentidos que sabemos limitadísimos, y al manifestarse defensora de una concepción dual de la existencia (objeto/sujeto) y por lo tanto incapaz de comprender una realidad que es Única por definición. El Dios único no puede *entrar* en ese juego de la dualidad *yo/tu, sujeto/objeto*, con que funciona nuestra mente, y por eso, si lo hace, es a costa de imaginárnosle externo a nosotros, *independiente* de nuestra existencia.

Por otro lado, no hay que olvidar que la mente, en el vehículo de la religión, tiende a controlar a esta reforzando la relación del hombre con Dios a modo de negocio, como ya se vio, porque es la tendencia natural de nuestro “ego”. Así es como el “*do ut des*”, tan bien expresado en la Alianza del Antiguo Testamento, alcanza su modernidad en el lema “*In God we trust*” que campea en los dólares norteamericanos. Y eso supone, al tiempo que demuestra, que en pleno siglo XXI aún tienen vigencia expresiones religiosas que contradicen la evolución espiritual del ser humano. Porque ya hace tiempo que religiones como la cristiana debieran haber dado el salto a esa espiritualidad que lleva siglos reclamándose desde diferentes estratos, a modo precisamente de vuelta a un Jesucristo que así la proclamó. Pero las Iglesias-estamento, en la medida que se alejan del primitivo Evangelio cristiano al darle más importancia a una abigarrada teología dogmática y a una no menos prolija parafernalia litúrgico-cultural, acaban convirtiéndose en rémora que impide volar con holgura en la dirección que marca el Espíritu. Y es que la religión siempre ha pretendido controlar lo divino, bien sea por el medio de la magia o del contrato con Dios, mientras que la espiritualidad no es sino dejar a Dios ser Dios y al

Espíritu soplar a su gusto, no a nuestra conveniencia (Jn 3,8).

El Espíritu Santo con que bautizará Jesús, el mismo que él recibiera (Lc 3,16.22), es el que le orientará tanto en su preparación como en su dedicación (Lc 4,1.14.18), y el que, a su vez, llenará y guiará a los suyos, como muy bien describe el evangelio lucano (ver Lc 12,12; Hch 1,2.5.8; 2,4.17-18.38; 4,8.31; 5,32.1,2.5.8; 2,4.17-18.38; 4,8.31; 5,32). Por eso es del todo comprensible que Jesucristo insistiera en un *renacimiento* que forzosamente ha de provenir de ese Espíritu divino (Jn 3,5-8), que alumbrará vida y sabiduría en quienes lo reciban, llevándoles a la verdad completa que libera y eleva al hombre (ver Jn 7,37-39; 14,16-17.26; 16,13; 8,32).



## LA ESENCIA DE LA ESPIRITUALIDAD

---

La esencia de la espiritualidad no es otra que la *“empatía”*, tal como la vemos reflejada en el Evangelio. Es esa especial compasión que movía a Jesucristo a preocuparse de aquel pueblo que deambulaba *“como ovejas sin pastor”* (Mt 9,36), de los que le seguían horas sin haber comido (Mt 15,32), de la viuda que había perdido a su hijo único (Lc 7,11-15), del mendigo ciego (Mc 10,46-52), del criado enfermo del centurión (Lc 7,1-10) ... e incluso de los que le crucificaron y se burlaban sin saber lo que en realidad estaban haciendo (Lc 23,33-34). Y es la misma compasión con la que él dibujó a los protagonistas de algunas de sus parábolas (Lc 10,30-37; 15,11-32), y de la que se contagiaron quienes se convirtieron al encontrarse con él (Hch 3,1-8; 4,34-37).

Esta empatía podría brotar de la estrategia de un cerebro interesado en crear determinados lazos, como muchas veces así sucede. Pero la empatía que viene del Espíritu, la que es esencia de la espiritualidad, es siempre desinteresada y surge a impulsos de lo que llamaríamos *“el corazón”*, entendiendo por este a la parte de nuestro ser que, como popularmente se dice, *“...tiene razones que la razón no acierta a comprender”*. (Al decir *“corazón”*, normalmente me refiero a lo que simboliza en nosotros la presencia del Espíritu y a su acción. Por esta razón a veces empleo *“corazón”* y *“espíritu”* o *“espiritualidad”* de manera indistinta). Ese desinterés y esa espontaneidad con que surge esta empatía serían prueba de su independencia respecto al cerebro, de ahí que haya que aplicarle rutinariamente esta especie de *“test”* comprobatorio para no confundirla con la filantropía o la bonhomía propias de un cerebro correctamente educado. La empatía que nos viene de Dios, a diferencia de la que puede promover nuestro ego, es del todo gratuita y espontánea y sus fines últimos solo los podemos intuir ya que forman parte de un plan divino que por fuerza nos supera.

A través de esta esencia que es la empatía, es decir, al asimilarla llevándola a la práctica, llegamos a experimentar la faceta de Dios con la que Él ha querido manifestárenos en Jesucristo: *la misericordia, la compasión, el amor de “ágape”*. Y digo *la faceta* de Dios porque creo que esta no es sino una entre muchas, dando por supuesto que Él es mucho más *“grande”* de lo que nuestra actual capacidad de conocimiento puede comprender, pero que seguramente quiere que entendamos esta y que además nos baste para esta etapa de nuestra existencia.

Hay también otras facetas colaterales pero que van unidas a esta y que se pueden por lo tanto englobar en ella. Para mí destacarían las de “vida”, “energía/fuerza” y “eternidad”, que cuando se unen a ese “amor misericordioso y compasivo” forman un todo que define muy bien tanto la revelación divina en Jesucristo como la actitud profunda que nuestro Creador espera de nosotros, sus criaturas capaces de asimilar este mensaje (ver, p.e., Jn 10,10; Lc 4,14-22.31-36.38-40; 5,17-25; Mt 24,35).

Experimentar aquella o estas facetas de Dios podría ser la meta de un contemplativo y quizá hasta la experiencia frecuente de alguien que encontrara en la mística su particular manera de realización personal. Pero creo que se trata, más bien, de una vivencia que Dios propone a todos sus hijos para que la experimenten con la misma naturalidad con la que respiran. Es decir, que es una invitación a vivir cotidianamente el “amor misericordioso y compasivo” como forma de ser verdaderos “hijos de Dios” y merecer así el don de la vida, presente y futura, que se nos ha regalado. No hacerlo supone frustrar esta oferta y condenarnos a nosotros mismos a ser una criatura más, en lucha por la supervivencia y sin otra perspectiva que la del “comamos y bebamos, que mañana moriremos”, que decía antes. Entonces es cuando tanto nuestra comprobada inteligencia como el presumible don del espíritu se convierten en un puro derroche sin sentido. Y no creo, ciertamente, que tan gran artificio como es el Cosmos y su probada evolución de lo más simple a lo más complejo no tenga otra finalidad que producir criaturas tan perfeccionadas y sin embargo abocadas a la nada.

No somos conscientes de lo que hemos vivido antes de lo que llamamos nacimiento físico. Nos resulta imposible recordar y menos aún comprender lo que experimentamos en el seno de nuestra madre, y desde el momento del parto y el trance de cortar el cordón umbilical nuestra comprensión se diluye en multitud de influjos que nos alejan cada vez más de una realidad que nos marcó pero que ya no reconocemos como nuestra.

Algo parecido nos sucede con el Origen del que provenimos, que nos resulta oscuro desde el momento en que vivimos empeñados en llevar por completo las riendas de nuestro existir, y que parece alejarse al compás de nuestra libertad de elección y de la dependencia que nos produce la droga de la autonomía de pensamiento. Pero Él está ahí, atrayéndonos e invitándonos a regresar no para limar nuestra libertad sino para compartir con Él los frutos de nuestra peripecia de vida, esa aventura que podemos expresar con tantos medios como sentidos tenemos.

En este caso nuestro Origen, o Dios, si preferimos llamarle así, equivaldría a una madre que ha engendrado vida y la ha dotado de la autonomía suficiente como para ser ella misma, pero que espera anhelante el momento de poder dialogar con sus criaturas acerca

de lo experimentado. Ese sería el más hermoso de los sentidos que tiene el “volver al inicio”.

Para hacer este recorrido pueden ayudar mucho religiones, filosofías y revelaciones, pero también pueden ser un freno en la medida que se orientan en otras direcciones u ofrecen diferentes interpretaciones del todo. Por eso lo lógico es la propia evolución que nos lleve a interiorizar todo ese proceso de búsqueda y camino, entendiéndolo todo como un recorrido similar al del “Big Bang” y su correspondiente “Big Crunch”, salvadas las distancias. La espiritualidad, el “*Camino del Corazón*” como a mí me gusta nombrarla, tendría por meta esa introspección y su correspondiente desarrollo de unos vínculos con la esencia de lo divino, su Amor creador, que nos llevara a vivirlo todo en comunión con Él para ir adelantando y disfrutando lo que es tanto nuestro origen como nuestro destino: la plena identificación con el Padre-Madre que ha querido compartir con nosotros su existencia.

X

## UN CAMINO SENCILLO

---

La vivencia de esta espiritualidad, la comunión plena con el Todo que aquí y ahora podemos y debiéramos iniciar, por fuerza ha de ser algo sencillo tal como vengo sugiriendo. Pues no tendría sentido que quien nos ha dado vida de una manera masiva y generosa pusiera esto solo al alcance de una minoría cultivada, o “santa” en razón de unos progresos espirituales. O que tuviera que reservarse a unos pocos si llegara a suponer conocimientos o sacrificios fuera de lo común.

Cierto que ha habido y sigue habiendo especialistas de lo espiritual, místicos, gurús, eremitas, chamanes... y seguramente cada uno de estos “profesionales” tiene su método personal, a cual más curioso o arduo, de acceso a lo divino y de conexión con el todo. Es natural que haya personas que se consagren a un estudio o a un camino que, dada la importancia que ponen en la meta a alcanzar, es también lógico que inventen un recorrido de igual importancia. Pero soy de la opinión que se trata de un bien común y que por lo tanto puede y debe conseguirse por medios también comunes y sencillos, al alcance de cualquiera.

¿Dónde está la sencillez de este camino? Pues, en primer lugar, en que se trata más de un desprendimiento que de una adquisición. Y un desprendimiento que está al alcance de cualquiera, y en la escala propia de la idiosincrasia de cada uno, y de ahí que la dificultad no esté en Dios, en el acceso a Él, sino en la propia criatura, de acuerdo a sus peculiaridades. Jesucristo lo introducía en aquella pregunta que hacía a quienes le escuchaban: “¿De qué le sirve al hombre tenerlo todo si al final arruina su vida?” (Lc 9,25). Y, a partir de ahí, desgranaba una serie de desprendimientos que estaban en consonancia con el mal de cada uno, y que iban desde la invitación a arrancarse el ojo o la mano que escandalizaban, o quitarse la viga incrustada en el ojo, o las seguridades que podría dar una buena cosecha almacenada, a volver a nacer de nuevo porque era toda una vida la que había que desechar (ver Mt 5,29-30; 7,1-5; Lc 12,16-34; Jn 3,1-8).

Se trataría, por poner un ejemplo sencillo, de limpiar la propia habitación tanto de muebles como de personajes o elementos que podrían entorpecer la presencia de Dios en ella. O, comparándolo a esa respiración que también nos marca las pautas simbólicas de la recepción del espíritu, expulsar el aire viciado para que los pulmones se puedan llenar del aire limpio. Se empieza por ahí, eliminando progresivamente todo lo innecesario para

el fin pretendido, hasta llegar al que es el paso más importante: el desprendimiento de la propia voluntad, que es siempre el obstáculo máximo para que pueda hacerse en nosotros la voluntad divina.

Al llegar a este punto muchos tropiezan con la expresión “*hacer la voluntad de Dios*”. Y lo hacen porque, fruto seguramente de una educación determinada, creen que esa “*voluntad*” no es sino capricho o imposición y, como personas que se sienten libres y anhelan no perder ese derecho, recelan de entrar en un “plan” que, aun siendo divino, temen que pudiera llevarles por extraños vericuetos. Esto se empieza a curar en cuanto uno comprende que el Creador no va a contrariar a su criatura, pues no tendría sentido darle una libertad para luego arrebatársela; y que, además, si quisiera esclavos le bastaría con habernos dejado atados a ese instinto que guía al común de los seres vivos y que les vuelve verdaderos “robots” programados para desempeñar a la perfección su papel en medio de la creación, sin rechistar. Luego se continúa curando al comprender que la libertad de elección y acción que se nos ha dado exige un diálogo Creador-creatura para llegar a acuerdos mutuos, y de ahí el que Dios tenga una propuesta que hacernos, que es lo que definimos como “*voluntad divina*”, (que suena, sí, a “imposición”, pero que de hecho no es más que la propuesta de una de las dos partes dialogantes). Y se termina de curar ese recelo cuando se intuye, primero, y se constata, después, que esa “*voluntad*” – que es más bien “*propuesta*”, no lo olvidemos–, busca nuestro bien. Pues Dios no va a proponernos nada que sea perjudicial o negativo para nosotros, no solo por considerarse y ser nuestro “Padre”, sino porque si quisiera llevarnos a ese terreno lo habría hecho sin más. (Sí, ya sé que en las mitologías antiguas y en las fantasías actuales aparecen dioses que juegan con los hombres como el ratón con el gato, pero es que todo eso no es más que proyección de nuestros miedos y de nuestras ambiciones, aparte de un entretenimiento tribal que en el pasado se recreaba junto a la hoguera y ahora se proyecta en un cine, en la tele o en una video-consola).

Una vez comprendido que no hay nada que temer en desprenderse de ese “*yo egoico*” que simboliza y detenta la propia voluntad, el paso definitivo se da cuando se asimila que ese desprendimiento es necesario y va a resultar beneficioso. Y se puede empezar por los elementos pequeños que constituyen ese “yo”, pero siempre con la intención de conseguir la eliminación de los verdaderos obstáculos que impiden que se lleve a término en nosotros el plan de Dios. Esto requiere un trabajo que está tanto en función de lo que uno es capaz como de lo que ha descubierto de sí mismo al respecto. Y para ello no queda más remedio que acudir a esta capacidad de reflexión con la que hemos sido bendecidos y a cualquier ayuda o consejo que desde fuera se nos pudiera aportar. “*El que tenga oídos para oír, que oiga*”, repetía Jesucristo (Mt 11,15; 13,9.43), y su palabra

era una continua invitación a conocer los propios errores y desprenderse de ellos en un acto de amor tanto a Dios como a uno mismo.

No hay camino sin esfuerzo, y este le tiene en esta primera etapa, en la del vaciamiento. Y el premio a conseguir está en función de ese desprendimiento, lo mismo que el pulmón se llena de aire limpio en la medida en que el viciado deja espacio al ser espirado. Después, el advenimiento de lo divino, la incorporación del plan de Dios a la propia vida, se hace con esa misma naturalidad que tiene la respiración. Por citar una acción práctica, basta con no dejar al ego manipular y decidir arbitrariamente para que, automáticamente, tengamos la posibilidad de recibir el Espíritu y con él acceder a ese “plan de Dios” que se nos propone como respuesta a nuestras preguntas y orientación de nuestras inquietudes. Es lo que hace el personaje del Evangelio que llamamos “*Buen samaritano*” (ver Lc 10,30-37), cuando no deja que su mente le explique los pros y los contras de su acción y le razone acerca del interés que para su existencia puede tener tal acontecimiento. Se desprende de sus fobias y sus filias, de sus temores y prejuicios, y deja que Dios se manifieste en él y a través de su acción. Y así acaba ahí haciéndose la voluntad de Dios, que es misericordia y compasión para todos sus hijos sin excepción.

Es lo que hace Jesucristo mismo al optar por hacer en todo momento la voluntad del Padre por encima de la suya (ver Mt 6,10; 12,50; Jn 4,34). Y de manera especial cuando, la víspera de su ejecución, se plantea con la mayor de las tristezas si no sería mejor para él dar otro giro a esa historia (ver Lc 22,41-44). Su temor, su miedo al sufrimiento y al fracaso, es el que todos podemos tener en cualquier momento de nuestra vida y es comprensible que en esas circunstancias nuestro cerebro, nuestro ego, quiera imponer una “salvación” que está obligado a defender. Pero, si comprendemos que Dios sabe más y es capaz de dar sentido incluso a nuestros fracasos, podremos posponer los avisos de peligro que lanza nuestra mente en aras de la solución que nos propone el Espíritu que todo lo llena.



## VIVIR LA EMPATÍA

---

Este “*hacer la voluntad de Dios*” se puede resumir en un concepto que define muy bien la actitud a seguir por quien quiera vivir en el espíritu y que ya comenté antes, en el cap. VIII. Me refiero a la palabra “*empatía*”, que condensa a la par que une ese “*amor a Dios y al prójimo*” con que Jesucristo resumía los abundantes mandamientos y preceptos de su pueblo judío. “*Empatía*”, literalmente “*padecer con*”, nos remite a la actitud de vivir como propio lo ajeno, tanto para bien como para mal. Es la esencia de la espiritualidad ya que a través de ella llegamos a la experiencia de un Dios presente en su creación, en sus criaturas, mediante la vivencia como propio de lo que es ajeno. Es el camino que hiciera Jesucristo con su acontecimiento vital, manifestándose “*compasivo*” y “*misericordioso*”, según la más pura tradición de la esencia de Yahvéh (ver, p.e., Ex 6,5-9; 20,6; Is 49,15; 54,7-8). Por esa razón a muchos les resultó fácil identificarle (a Jesucristo) con el Dios de los antepasados reflejado en los libros y momentos más importantes de la literatura religiosa hebrea.

La empatía-compasión es la que lleva a descubrir el “punto de vista” divino del Creador respecto a su creación, accesible solo a las criaturas capaces de pensar y sentir, es decir, a nosotros en este mundo que conocemos y puede que a otras muchas en diferentes lugares y dimensiones. Pues hay que entender como un don evolutivo esta capacidad que nos acerca grandemente al Creador no solo para “comprenderlo” de alguna manera sino también para “vivirlo” ó “experimentarlo” en nuestra vida, que parece ser la meta primera. Es como si Dios, saliendo al encuentro de estas criaturas suyas que le buscan, tal como planteábamos al principio en los diferentes puntos de partida para conocerlo, se adelantara a darnos la clave de su descubrimiento. No hay que imaginarle, ni tampoco esperar una manifestación sorprendente: Él se ofrece en ti y en todo, y lo comprendes cuando “*compadeces*” tu vida y las ajenas, cuando lo enfocas todo desde el prisma del desprendimiento, del “no-yo”. Quiero decir lo ya explicado anteriormente: que el simple hecho del “*puentear*” el ego, el pensamiento o cerebro interesado, nos pone en situación de empatizar con el resto de lo creado. Porque lo contrario del egoísmo no es sino un determinado “*des-interés*”, el desprendimiento de unos intereses particulares, que en seguida nos lleva a la inquietud por los demás y por el todo.

Es el talante que aprendemos en Jesucristo y en todos aquellos que, a su imagen, han

captado la omnipresencia de lo divino en que existimos y vivimos. Es la enseñanza que pregona el Evangelio y que vivieron de manera admirable multitud de personas, algunas de las cuales reconocemos con el título de “santos” o de “místicos” o “iluminados”, tanto en el mundo cristiano como fuera de él. Y es la añoranza que se nos despierta al comprobar con tristeza la deriva que el mensaje evangélico ha sufrido en manos de quienes lo han convertido en mero soporte de otras religiones más.

De la mano del Evangelio, apoyados en el testimonio de Jesús de Nazaret, comprendemos que la “empatía”, la “compasión”, se vive perfectamente mediante ese doble mandato del amor a Dios y al prójimo. Y así resulta el proceso a realizar una *“identificación total con la Vida en la vida”*, en lo que supone una creciente *“espiritualización de la materia”*. Es decir, “ver con otros ojos”, “sentir con otro corazón”, entendiendo aquí que esos ojos y ese corazón son tanto los de los demás como los del propio Dios. Jesucristo lo expresaba muy bien con su plegaria: *“Padre, que todos sean uno como tú y yo somos uno”* (Jn 17,11.21-23), lo desarrollaba en parábolas brillantes como la del “Buen samaritano” o el “Hijo pródigo” (Lc 10,30-37; 15,11-32), y lo ejemplificaba en acontecimientos como el de ponerse continuamente en el lugar de quienes acudían a él en busca de ayuda.

Este proceso a realizar, la *identificación con la Vida en la vida*, progresa en cada individuo de manera diferente no solo en la medida en que las circunstancias de cada cual lo favorecen o perjudican, sino también en cuanto que todos partimos condicionados u orientados por unas capacidades previas que nos definen. Es lo que Jesucristo llamaba “talentos” en alguna de sus parábolas (ver Mt 25,14-30; Lc 19,12-27), expresión acertada que indica esa diferencia original al tiempo que justifica el que los resultados también sean diferentes en cada individuo. Al final, resulta que Dios *“sabe”* diferente en cada una de sus criaturas capaces de experimentarlo, lo mismo que la manifestación que de Él hace cada quien. Es como el agua de un manantial captada por diferentes pozos, que siendo la misma se manifiesta y se saborea individual y distintamente. Porque cada pozo tiene sus componentes propios, a modo de “talentos”, y también las circunstancias peculiares de su construcción y ubicación, que acaban por darle a esa misma agua distintas propiedades y texturas.

Sin olvidar que a este proceso primero de *identificación con la Vida en la vida* sigue otro que excede a este instante de eternidad en que nos movemos. En el ejemplo de los pozos sería el posterior destino del agua, que más allá de ese primer recipiente se adapta a otros que han de seguir al pozo. Como si, por ejemplo, el agua se transformara en vapor y necesitara entonces una nube para configurarse, o en simple bebida que requiriera un determinado recipiente para ofrecerse. Nosotros seríamos entonces esa

nube o ese recipiente en los que la nueva manifestación divina se comunicaría al tiempo que ejercería la actividad vivificadora que pretende, que no es sino alimentar a la tierra y al hombre. Sé que es un ejemplo simplón, que reduce demasiado el Misterio, pero ayuda a comprender que es Dios quien tiene la decisión del futuro, de la eternidad, y que a sus criaturas nos toca vivir a expensas de Él y de los parámetros de existencia que Él decida. Por nuestra parte, sabemos bien que ese Misterio no se agota en cualquier interpretación que podamos hacer de Él, por más que nos parezca definitiva, y que en todo momento participaremos de los dones de la vida y la consciencia que nos ha regalado, según sus reglas y no en función de nuestros sueños o intereses. Es decir, de acuerdo con la regla universal de la empatía, de la misericordia, y no movidos por el egoísmo de nuestro capricho. Porque el corazón triunfa sobre la mente, lo mismo que el espíritu lo hace sobre la materia.



## UN “FINAL” QUE ES PRINCIPIO

---

A la luz de todo esto, se comprende entonces lo que llamamos “muerte” como el acceso inevitable a otro nivel de descubrimiento. Porque en este instante de nuestra eternidad podemos alcanzar ya los conocimientos de que hemos hablado, pero eso siempre al compás de nuestro interés y esfuerzo particulares, ya que hay otra manera obligada de hacerlo y es la que designamos como “muerte física”. Esta es un paso que resulta atemorizador cuando no se entiende la vida como un continuo o cuando el cerebro se empecina en el egoísmo de su existencia breve y aislada. Porque nuestra vida, este derroche de evolución creativa, pierde su sentido profundo cuando se la independiza del resto y los miedos afloran inevitablemente, quizá como mecanismo corrector que quiere hacernos volver al buen camino. Pero cuando superamos estas zancadillas y nos dejamos llevar del “tirón” del Absoluto, surge entonces la confianza en una realidad que no puede verse pero que no deja de intuirse. Ahí está Dios “tirando” de nosotros, invitándonos a seguir creciendo más allá de lo físico, más allá de esto que consideramos “realidad” pero que no es sino un decorado en función de un momento. Y es inevitable que sea así, porque incluso la vida, con minúscula, es seguramente algo mucho más grande de lo que en este instante saboreamos, y no tenemos más remedio que “*seguir creciendo*”, acumulando tiempo y sabiduría, para seguir disfrutándola de acuerdo con el plan de Dios.

Nada podemos decir de un “más allá” del que nadie ha vuelto para explicarnos nada, si exceptuamos a Jesucristo, y cualquier conjetura que avancemos no dejará de ser una imaginación, salvo para quienes aceptan como reales las propuestas que al respecto han hecho las mitologías y continúan haciendo las religiones. Pero todas esas propuestas, al menos para las mentes racionalistas, no dejan de ser piadosas y bienintencionadas suposiciones, y forman parte del currículo de la fe particular, en absoluto avalable por una ciencia que exige pruebas. Sin embargo, el sentido común nos demanda una continuidad de la vida que ya vemos confirmada a nuestro alrededor en ese impulso vital y regenerador que derrocha el Cosmos; y el mismo hecho de la evolución nos lleva a considerar la lógica del salto cualitativo que viene anunciado en nuestras capacidades intelectuales, afectivas y espirituales. Como dije anteriormente, sería un absurdo este derroche de creación y evolución del que formamos parte si no tuviera una determinada continuidad nuestra actual existencia. Porque todo apunta a una progresión, a un crecimiento, en complejidad y definición intencional, y el actual descubrimiento

matemático de otras dimensiones, unido al astronómico de otros mundos, nos abre las puertas de la ciencia, no de la simple fe, a ese “más allá” de la actual vida.

Creo firmemente no solo que la vida particular sigue, aunque no sepamos cómo, sino que también continúa ese crecimiento espiritual individual que está en función de la propia vida. Quizá todo se reduzca a una “energía” indestructible pero modificable, que condense los valores de la materia y del espíritu y los manifieste bajo otra forma de existencia. Ahí tendrían sentido los progresos (méritos) y los deméritos, que configurarían una u otra forma de manifestación de energía. Y al decir esto dejo al margen visiones primarias del más allá, como pueden ser los antiguos mitos referentes a “cielos” o “infiernos” y posteriores conceptos teológicos de premio o castigo, que están más en función de determinadas religiones y creencias que de una realidad que es normal que las desborde. Opino que aquí, como en todo, debiera campea siempre la humildad imprescindible para comprender que es más lo que ignoramos que lo que creemos saber, y aceptar la mano tendida de un *Padre Dios* dispuesto siempre a guiarnos como a hijos muy queridos.

Si es cierto que Dios está en nosotros, que es la Vida la que sustenta nuestra vida, es lógico que el “final del camino” no sea sino una identificación plena con Ella/Él. Como también es lógico que esa identificación obligue a la multitud de criaturas que se le vinculan a experimentar diferentes etapas o estadios de vida para conseguirlo. Quiero decir que, a mi entender, lo más probable es que nuestra evolución no culmine ni con esta vida ni con la muerte a ella vinculada. Y la pista para suponerlo así me la da la propia evolución que observamos, en la que han hecho falta millones de años para alumbrar una inteligencia capaz de reconocerse a sí misma y entender su vinculación con el Creador. ¿Por qué, entonces, no va a ser necesaria igualmente una evolución similar en el plano afectivo-espiritual, en su propio espacio-tiempo, para alcanzar ese desarrollo pleno que seguramente concluye en la fusión plena con quien es nuestro Origen y Destino? Es un final que viene a ser principio, pues no solo nos fusiona con nuestro Padre, sino que nos pone en situación de llevar a cabo con Él esa *Nueva Creación* que propusiera Jesucristo de palabra y obra y que no es sino la realización práctica del Reino de Dios (ver Rm 8,18-23.38-39; 2Cor 5,17; Ef 2,10; 4,22-24; Col 1,15-20; 3,10-11; Ap 21,1-6).

Sé que esto contraría a algunos biempensantes, como me pasó a mí mismo hace años, cuando veía estas cosas con la óptica que me dieron mis mentores. Y me vienen a la memoria las tesis de tantos buenos pensadores, de aquellos filósofos de la antigüedad –y más de uno de la modernidad–, que elucubraban sobre Dios, la vida, el más acá y el más allá. Su inteligencia tiraba de imaginación y, a falta de datos, llegaban a suposiciones que

hoy nos hacen sonreír. Mira tú por dónde, les habría bastado disponer de un microscopio o de un telescopio para cambiar por completo sus razonamientos. Y nosotros, que contamos hoy con estos progresos, hacemos bien en servirnos de ellos para llegar a conclusiones que con frecuencia son distintas y, posiblemente, más acertadas. Pero, a pesar de todo, este apoyo científico no acaba de responder al cien por cien nuestras dudas y no nos queda más remedio que seguir suponiendo e imaginando allí donde aún no tenemos constataciones. Por esta razón yo también me atrevo a opinar sobre nuestro futuro, con más datos que estos queridos antepasados pero tan carente como ellos de determinadas certezas. Alguien vendrá detrás, con nuevas herramientas y renovadas propuestas, que completará lo que pueda ocurrírse nos en este momento. Pero algo me dice dentro de mí, quizá esa *intuición-inspiración* que nos conecta permanentemente con lo divino, que lo que se añada será en esta dirección y no en otra. Porque, a fin de cuentas, es el mismo hombre, el mismo ser humano, el que lleva siglos haciéndose las mismas preguntas y encontrando similares respuestas: las que alberga su cerebro, las que laten en su corazón, las que la Vida misma ha sembrado y no deja de hacer germinar.

# XIII

## HACIA LA IDENTIFICACIÓN PLENA

---

Cuando me refería a “un final que es principio” tenía en mente esa parábola que dibujara Teilhard de Chardin al hacer coincidir los puntos Alfa y Omega, el principio y el final, en un único momento que culmina lo creado con su Creador. Me refiero a la progresión de la vida dentro de la Vida que, naciendo dentro de Ella y reconociéndose paulatinamente con Ella, alcanza su punto máximo de evolución en el momento en que se identifica en plenitud con Ella. Es lo que Jesucristo proponía al pedir al Padre que todos fuéramos Uno, tal como él mismo se consideraba ya con respecto al Padre (Jn 10,30; 17,21-23).

Esta intención no ha sido nunca ajena al cristianismo, pero hay que lamentar el que para conseguirla se cargaran las tintas en una especie de “purificación” que, teñida de platonismo y otras filosofías de la antigüedad, acabó por desprestigiar la materia y lo material en aras de una espiritualización utópica. Durante siglos se alimentó esta dicotomía de tal manera que llegó a considerarse el mundo del espíritu como adversario del mundo real, animándose a la gente a desprestigiar la misma creación visible so capa de ser pernicioso y contrapuesto incluso al plan de quien la hizo. A todas luces una aberración, achacable a una lectura incorrecta del Evangelio, que claramente contrapone el Reino de Dios al de los hombres pero no a la Creación de la que forma parte; y al predominio de interpretaciones maniqueas de la existencia, que van siempre de la mano de pensamientos y creencias interesadas en subrayar diferencias y crear bandos a cuenta de ellas. Pese a todo, en el fondo siguió latiendo el anuncio del profeta de Nazaret, que proclamaba el amor del Padre sobre todos sus hijos, incluso los equivocados (ver Mt 5,43-48; 1Jn 4,8-21), y la bondad y el beneficio rebosantes en toda su creación (ver Sb 1,13-14; 11,24; Ez 18,32).

Ese camino correcto, el que nos lleva a identificarnos y a unificarlo todo con quien es el Todo, es el que late en Jesucristo y es el que debemos retomar. De hecho, cuando él se propone como “*Camino, Verdad y Vida*” (Jn 14,6), no está sino marcando ya las pautas de esa identificación del caminante con el camino, del creyente con la creencia y del viviente con la vida. Y si para ello hay que hacer una “purificación” está claro que ha de ser una limpieza de las intenciones y los hechos que pudieran alejarnos de ese ideal, y no de la propia Creación y sus meras consecuencias materiales. Ésa es la *perfección* a la que igualmente Jesucristo invitaba a quienes le escuchaban: “*Sed perfectos, como perfecto es*

*vuestro Padre Dios*” (Mt 5,48), que claramente remitía a la *santidad* que caracterizaba a Dios y que quería que imitáramos (ver Lv 11,44-45). No una santidad de beaterías ni de cultos y cumplimientos más o menos sacros, sino de purificación de un corazón del que nacen las malicias y daños que humillan a la Tierra y a quienes la habitan (ver Mt 15,18-20). Por ese camino es por donde se encuentra la criatura con su Creador y se reconcilia de cualquier traspies dado en otra dirección que no sea la de llevar a término su voluntad, su plan de eternidad (ver Rm 12,9-21).

Esto mismo nos da ya la pauta para entender que esa identificación Creador-creatura no es algo ni impuesto arbitrariamente ni que deba esperar a tiempos venideros, aunque la culminación como tal exija un lapso temporal en la medida en que nos movemos en un espacio-tiempo que lo condiciona. Rechazo lo de imposición caprichosa porque entiendo que se trata de una evolución lógica, similar a la del gusano que ha de devenir mariposa, entendiendo que esa conclusión evolutiva es la razón de ser del gusano. Y que igualmente en nosotros anida una fuerza evolutiva que nos lleva a transformarnos en criaturas nuevas respecto a lo que ahora somos, no por imposición arbitraria sino por el adecuado desarrollo de las potencialidades positivas que nos configuran (ver 2Cor 5,17-19; Ef 4,17-32).

Y en cuanto a lo de que no deba esperarse a tiempos posteriores para ir realizando esa identificación plena, pues me baso en la no dicotomía cuerpo-alma y en la omnipresencia divina que niega la división sagrado-profano. Somos un todo en el Todo y estamos invitados a experimentarlo así, ya que no existen parcelas ajenas a ese Todo y por lo tanto nada hay que no sea, de alguna manera, sagrado (ver Hch 10,9-16; Si 18,1; 42,15.24). Como tampoco hay un “tiempo o lugar de Dios” enfrentado al “tiempo y lugar de los hombres”, ya que tiempo y espacio son comunes al Creador y su criatura (ver Hch 17,24-28; 1Cor 3,16-23). Por esta razón, y otras similares que fácilmente se deducen, concluyo que es “*aquí y ahora*” donde debe empezar nuestra identificación con Dios, de acuerdo con las pautas que nos marca esta realidad que ahora vivimos. Luego, en un después o en un “*más allá*”, seguramente habrá otras pautas, supongo que espirituales, que marcarán a su vez esa progresión hacia el mismo destino.

San Juan evangelista, en su primera Carta (ver 1Jn 3,2) manifiesta el orgullo de comprobar que somos *hijos de Dios*, pero aún se entusiasma más al considerar que estamos llamados a descubrirle tal cual es e identificarnos con Él, pues no en vano somos ya *ciudadanos del cielo* y en Jesucristo, y como él, nuestra materia será glorificada (ver Flp 3,20-21; Col 3,3-4; Rm 8,29-30). Pero es ahora, en este instante de nuestra eternidad y con las capacidades propias de este momento, cuando hemos de iniciar la tarea de identificarnos plenamente con quien es nuestro Origen y nuestro Destino. La

culminación llegará cuando Dios juzgue oportuno, pero es aquí y ahora cuando hemos de dar ya los pasos que nos competen según nuestras capacidades y actual situación, por más que a veces nos resulte un tanto enigmático a fuerza de tener que considerarlo todo parcialmente y no con el entendimiento pleno que quisiéramos ya tener (ver 1Cor 13,12; 2Cor 5,6-7).



## EL PROCESO MÍSTICO

---

A estos pasos que hay dar aquí y ahora, lo llamo “*proceso místico*”, entendiéndolo por él una actuación humana en la que la persona indaga acerca de sí misma, de la vida, y de lo que trascienda a ambas. Es un “*proceso*” porque supone unos pasos, unas medidas graduales a tomar; y es “*místico*” porque permanece escondido –como corresponde a su gran valor– a quienes solo se preocupan de su ego y de los intereses que surgen del mismo. Jesucristo hablaba de tesoros escondidos y de objetos de gran valor por los que merecía la pena desprenderse de otros valores para hacerse con ellos (Mt 13,44-46), y proponía estos ejemplos para destacar la importancia que tenía ese Reino de Dios que proclamaba, pero estaba subrayando que el encuentro y comunión con Dios merecía el sacrificio de cualquier otra cosa. Este es el sentido que doy aquí a lo místico: algo que está oculto no para evitar ser descubierto sino para que requiera un determinado esfuerzo el alumbrarlo.

Esfuerzo que no ha de asustar a nadie, porque no es sino la vivencia de una espiritualidad sencilla, al alcance de cualquiera, ya que no es patrimonio de sabios o inteligentes, ni siquiera de piadosos (Lc 10,21; 18,9-14). Pues de no ser así, estaría Dios negándose a la común de sus hijos, que no tienen los conocimientos especiales de los filósofos y teólogos, ni las capacidades propias de los sabios o las oportunidades de los afortunados. Es, por el contrario, un camino que se abre ante cualquiera capaz de pensar un poco sobre sí mismo y sobre los demás, y de decidir acerca de lo más conveniente para su vida y las ajenas. Y es la vía obligada para unas criaturas que han recibido el don del raciocinio unido a la presencia de un espíritu que sostiene la materia de una manera propia y peculiar. (Las demás criaturas, ya lo dijimos, “*están*” en su Creador, pero sin saberlo, y realizan continuamente su voluntad sin el beneficio de sentirse haciéndolo, como es nuestro caso).

Al llegar a este punto se produce inevitablemente un cierto conflicto de “voluntades”, que hay que considerar. Me refiero al hecho de que la voluntad de la criatura puede no coincidir con la de su Creador, lo cual es del todo legítimo dado que un don como el de la voluntad presupone, precisamente, la libertad de emplearlo. Pero esto último parece contradecirse con una *voluntad divina* que exigiría una obediencia que suena a cesión de la *voluntad humana*. De manera que uno puede llegar a preguntarse si es posible hacer la

voluntad de Dios llevando a cuestras la propia. El dilema puede resolverse si encaramos este “*proceso místico*” con lo que yo defino como un “*ejercicio simple de purificación y comunión*”, para quienes necesitan racionalizar las cosas, y que se realiza mediante el trabajo introspectivo que favorecen tanto la meditación como la oración. Constaría de los siguientes pasos:

- Conocer la propia voluntad o proyecto de vida, descubriendo las pulsiones e intenciones que lo animan.
- Razonar lo que hay de válido y de innecesario en el mismo.
- Compararlo con lo que se nos ofrece como “*proyecto divino*”, subrayando coincidencias y advirtiendo las diferencias y los riesgos que conllevan.
- Ver de amoldar la propia voluntad a la divina mediante un proyecto único y compartido, reconocido como viable y en modo alguno utópico. (“*Alianza del corazón*”, que no entraña servidumbre sino filiación).
- Llevar a la práctica ese *proyecto común* acordado, mediante tareas que persiguieran el conseguir “*Vida abundante, universal y gratificante*”, para sí mismo y para los demás. (Objetivo similar al que se descubre en el macro y micro Cosmos, y que Jesucristo expresó como suyo: “*He venido para que tengáis vida y vida en abundancia*” (Jn 10,10; ver Mt 5,3-11).

Huelga decir que es del todo imprescindible que quien encara el “*proceso místico*” lo haga resolviendo este conflicto, y de ahí la propuesta de este ejercicio de unificación de voluntades, de acuerdo con lo ya explicado en el capítulo anterior. Pero es necesario también tener en cuenta una conclusión que se producirá de resultados de estos pasos previos y posteriores. Y es la modificación rotunda de algunos de esos componentes que conforman la quintuple dimensión en que nos movemos los seres humanos, la determinada por el espacio-tiempo y la ética derivada de nuestra conciencia, como se decía en el capítulo V. Pues somos criaturas sometidas tanto al dictado de un espacio que nos configura como de un tiempo que nos condiciona y una ética que nos determina.

Quien se adentra en este proceso ha de saber que su ética, basada en determinados comportamientos morales experimentará un cambio esencial. Pues lo mismo que su conciencia fue transformada y orientada, desde la infancia, por los principios morales y los valores éticos de una determinada sociedad y sus correspondientes cualidades y deméritos, también ahora sus principios resultarán acordes con esa presencia aceptada que es la “*voluntad divina*”. Sabido es que no solo “*somos*” nosotros sino también *nuestras circunstancias* –como decía Ortega y Gasset–, de las cuales la familia, la sociedad, la religión, la cultura, y los variados elementos que nos interfieren continuamente, son herramientas que labran nuestra conciencia y con ella nuestros

intereses, y por ende, nuestra voluntad. Y en este camino se trata de dejarle al Creador ser el influjo primero o aquel a través del cual nos llegan, benéficamente filtrados, los demás.

El resultado final alumbrará una criatura nueva, en la que todos los parámetros que la configuren estarán impregnados de la adecuada orientación del Todo, recuperando así el recto caminar que se altera cada vez que el hombre usurpa el lugar de Dios y se convierte en orientador-manipulador de sus congéneres y del Cosmos mismo. Es, de alguna manera, una vuelta a la fuente, al Edén perdido, a esa actitud de sintonía y comunión con la Vida que el ser humano pierde cuando se obstina en hacer su voluntad por encima de la de su Creador. Es la superación del problema que la Humanidad ha contado a través de mitos como el de la expulsión del Paraíso, y que no deja de experimentar cada vez que constata la destrucción propia o medioambiental que genera su egoísmo. Todas aquellas viejas historias generaron un cierto complejo de culpa que se quiso exorcizar mediante ritos purificatorios o incluso muertes sacrificiales al estilo de la que Pablo explicó con Jesucristo (ver Rm 5). Pero lo cierto es que el ser humano lleva continuamente en su conciencia el peso de sus particulares desatinos y la imborrable sensación de que todo sería muy distinto si, en vez de guiarse por su interés o su capricho, escuchara la llamada que desde el infinito le invita a comprender su vinculación con la Existencia, con el Todo al que pertenece por nacimiento y destino.

Jesucristo se proponía a sí mismo como “*pedra angular*” de la reedificación que quienes quisieran seguirle deberían hacer de su persona (Mt 21,42-44; Ef 2,19-22). Y al hacerlo estaba diciendo que su manera de entender y vivir la vida, fruto de su vinculación con el Padre Dios, tenía que ser el paradigma sobre el cual fundamentar esa casa que es la persona (ver 1P 2,4-10; 1Cor 3,16). Su ética, la que se desprendía de la moral de su conducta y de los principios de su enseñanza, giraba en torno a una vivencia del amor fraterno como estilo de vida. Amor cósmico que tenía su centro en Dios y que se irradiaba universalmente sin distinción de destinatarios; amor eterno, no fruto de momentos ni de culturas, ni de intereses; amor fraterno, nacido de la convicción de ser todas las criaturas fruto y prolongación de un mismo y único Padre (ver, p.e, Mt 5,43-46; Lc 10,25-28; Jn 13,34-35; 15,12-17; Rm 13,8-9; Ga 5,13-14; 1P 1,22; 1Jn 4,20-21)

Y este Jesucristo-paradigma es el que proclamaba que “*no había venido a hacer su voluntad, sino la de quien le había enviado*” (Jn 4,34), poniendo así a sus seguidores en la tesitura de aceptar la voluntad divina como principio ético definitivo de comportamiento (ver Mt 12,50; Mc 3,35; Jn 7,16-17). De ahí que el proceso místico que proponemos culmine en una actitud moral que condicione el resto de los parámetros de la existencia del individuo (ver Rm 12,1-2 y ss.). Sí, seguiremos viviendo en esa triple

dimensión definida por una altura, una longitud y una profundidad que no cambiarán, pero los otros dos componentes del tiempo y la ética variarán y con ellos se modificará todo, porque tanto nuestro tiempo, como nuestro corazón, serán de Dios. De esa forma nuestra vida se tornará permanente oración, y cada instante de ella contemplación gozosa de la eternidad (ver Rm 8, especialmente los vs. 5-11, 14-23, 31-39).



## MÍSTICA PARA TORPES



A modo de resumen de todo lo anterior, y buscando concretar pasos y metas, ofrezco a continuación una reflexión que he bautizado como “*Mística para torpes*”, en el intento de proponer un camino espiritual sencillo aunque no por ello menos profundo que otros, pero, eso sí, abierto a quienes por su falta de preparación o de oportunidades para entrar en este terreno no se sienten capaces de hacer semejante recorrido. En mi deseo está el ofrecer algo asequible para desinformados e incluso torpes, al modo que hoy se propone el aprendizaje y el uso de un ordenador a quienes nada saben de informática, como es mi caso. Pues lo mismo que uno puede disfrutar de esta tecnología con cuatro datos elementales, sin mayores conocimientos informáticos, y mediante la práctica constante que se vuelve aprendizaje, también se puede disfrutar de una vida espiritual intensa, de una experiencia mística acorde con nuestras capacidades, mediante unos pocos datos y una práctica continuada.

Así pues, entendiendo la mística de la que hablo más como un punto de partida que como una meta, empiezo por proponer un inicio de la misma que es sencillo y elemental. Y para ello me fijo en un pasaje evangélico que es todo un acontecimiento de cara a entender lo cristiano. Me refiero al socorrido “*sí*” de María, la madre del Señor (Lc 1,38), mediante el cual ella se pone en manos de Dios aceptando su voluntad aun a pesar de que la propuesta que se le hace resulte contrariante e incluso peligrosa para una joven de su edad y condición. Independientemente de la naturaleza literaria, real o simbólica del relato, se recoge muy bien en él el espíritu de un pueblo –el judío– ligado a Dios por un acuerdo y en eterno conflicto con Él por no cumplirlo adecuadamente. María de Nazaret simboliza y condensa aquí la respuesta positiva y adecuada de ese pueblo, en particular, y del creyente, en general, al que se le propone adherirse o no al plan divino.

Y ahí veo perfectamente reflejada tanto la propuesta de Dios como la respuesta idónea del ser humano. En cualquier momento, en cualquier situación, de pronto sentimos la oferta divina de ser y obrar de una manera que no reconocemos como propia y puede que ni tan siquiera como apropiada. Pero algo nos dice que es correcta y comienza así una tensión entre lo que es nuestro propósito previo y la propuesta que se nos insinúa. La lucha puede durar segundos... o años, porque Dios es constante y nosotros podemos ser obstinados, pero los ojos de la mente y del corazón comienzan a abrirse para hacerse con

esas luces nuevas que no dejan de sorprender a una criatura que descubre con estupor que su mente y su espíritu son capaces de trascender y encontrar argumentos más allá de la materia. Al final, como todo te aboca a una respuesta, esta llega. Si esta es que no, la vida sigue... hasta la próxima oportunidad. Y si es que sí...

Cuando la respuesta es “sí”, es decir, cuando uno comprende, como María, que Dios “*sabe*” más y se pone confiadamente en sus manos, se produce un fenómeno espiritual similar al físico del embarazo que experimentó la doncella nazarena. La presencia de Dios se introduce en tu “casa” y la ocupa como un huésped de lujo (Jn 14,23; Ap 3,20). Te llena, te “habita”, te “preña”... con tu consentimiento. Y poco a poco se hace morador habitual de tu existencia, que empieza a confundirse paulatinamente con la suya, de manera que, como decía Pablo de Tarso refiriéndose a su unión con Jesús, “*No soy yo, es Cristo quien vive en mí*” (Ga 2,20). Igualmente tiende a darse esa comunión de ideas y sentimientos que identifica al Creador con su criatura, hasta gestar un nuevo ser, ese *hombre nuevo* que también mencionaba Pablo como consecuencia del despojamiento de lo caduco al que nos invita Jesucristo (ver Ef 2,15; 4,22-24; Col 3,9-10). Y el proceso encuentra su culminación, que no su fin, en ese “parto” mediante al cual el místico ofrece al mundo lo que ha llegado a ser después de la transformación que Dios ha obrado en su corazón, en su mente, en su vida. Será una *nueva criatura* porque habrá recuperado su dignidad de “*hijo de Dios*”, y a través de ella cooperará activamente en hacer de la existencia propia y la ajena ese “Reino de Dios” que proclamara Jesucristo (ver Mt 5,9; Rm 8,14-17; 2Cor 4,13-5,5; Ga 4,5-7; Ap 2,17; 21,7).

Todo comienza, entonces, con un sencillito “sí” que es aceptación y reconocimiento, lo mismo que un camino de cientos de kilómetros comienza también con un modesto y simple primer paso que igualmente acepta ese caminar y valora el fruto del mismo. Lo que sigue a continuación, lo que favorece y asegura en su progreso ese *embarazo* de lo divino, son una serie de herramientas de las que yo destacaría las siguientes:

- El *desprendimiento de todo lo que obstaculice la presencia de lo divino*, al igual que una casa que va ser habitada se libra de todo lo que no coincide con el gusto o la idiosincrasia del huésped. Entre otras cosas porque “*No se puede servir a dos señores*” (Mt 6,24) y porque la comunión con Dios, en su inicio, es exclusiva.
- La *adquisición del hábito de actitudes como la paz o la caridad*, que sintonizan plenamente con el Huésped y facultan el desarrollo de una nueva criatura que ha de destacar precisamente en ellas. Son como un alimento que uno busca y que Dios se encarga de que aproveche al máximo.
- Entre ellas y tendiendo a hacerse mayoritario, ese *Amor universal que comulga en profundidad con la Vida y se desparrama sobre toda forma de vida*. Es el alimento

por excelencia, la “sustancia” misma que conforma a Dios, según explicaba el evangelista Juan (1Jn 4,8.16).

- Lógicamente, la *empatía a la que más pronto o más tarde se llega* al ser conscientes de que esa presencia de Dios en uno no es exclusiva, y que a Él se le puede descubrir y amar en toda su Creación, en todas sus criaturas. Cuando esto se vive empieza a sentirse ya la urgencia del “parto”, porque la vida se está viendo ya desde la perspectiva de la Vida.
- Para cuando llega ese momento del “parto” ya todo se está viviendo como una oración, porque la comunión con Dios en uno mismo y en los demás hace que todo tenga el sentido de un diálogo permanente con Él. Y esa es la auténtica oración, la del *coloquio continuo en intimidad con quien sabemos nos habita y nos ama*, llevado a cabo lo mismo en nosotros que en el Cosmos entero.

Tras el “parto” de esta maduración de lo divino, de esta *nueva criatura* que surge de la fusión mutuamente deseada y aceptada del hombre y de Dios, lo que se manifiesta en humano es también divino. No porque antes no lo fuera, que ya todo lo creado lleva la huella indeleble de su origen, sino porque ahora es algo reconocido, asumido y amado, y eso le da a la criatura –benedicida con el don de comprender y vivir este proceso– una dimensión añadida de grandeza. “*Dioses sois, hijos del Altísimo todos*”, que dice la Biblia (Sal 82,6). Así lo vivió Jesús de Nazaret (ver Jn 10,31-39) y así nos lo quiso hacer comprender, para que siguiéramos su mismo camino y recuperáramos esa grandeza que llevamos oculta por darle preeminencia a los intereses superficiales y básicos de nuestro “ego” (ver 2Cor 6,18; Ef 1,3-5).

Y es que ése es el dilema: decirle “sí” a Dios y entrar en su voluntad, en su proyecto de eternidad, o permanecer anclados en nuestro yo egoísta, en nuestro particular capricho temporal. Decía Jesucristo que “*El que no recoge conmigo, desparrama*” (Mt 12,30), y nos estaba indicando así la tragedia de quien opta por vivir su vida en particular, con independencia del resto de la creación, porque es una tarea que no tiene más destino ni futuro que el que uno mismo sea capaz de lograr con sus propias y exclusivas fuerzas. Por definición, solo Dios, el Eterno, permanece. Y, como consecuencia, solo perdura lo que está unido a Él. Cuando al hombre se le concedió la posibilidad de optar, de elegir su destino, se le abrieron las puertas de la eternidad, pero solo las franqueará si las atraviesa de la mano de la Vida, que es la única que permanecerá para siempre.



## VIVIR HOY LA ESPIRITUALIDAD

---

Karl Rahner se atrevió a profetizar, ya en el siglo pasado, que *“El cristiano del siglo XXI será místico o no será”*. Y estoy plenamente de acuerdo con él, ampliando esa reflexión al ser humano en general, porque me parece la conclusión lógica de una evolución de siglos que ha capacitado al ser humano para dar pasos que le llevan directamente a la trascendencia. Y creo que si el hombre no da ahora este paso en concreto, por la razón que sea, probablemente se hundirá como proyecto de criatura inteligente y espiritual, diluyéndose en la historia de un pequeño planeta perdido en la inmensidad del espacio. Como también desaparecieron antes especies enteras que poblaron esta Tierra durante muchos más años, a pesar de su aparente importancia y duración. La vida siguió como si nada hubiera sucedido, igual que lo hace ahora mismo pese a que no dejan de extinguirse, calladamente, formas de vida que ni conocemos y de las que ni tan siquiera suponemos las posibilidades que atesoraban. Probablemente esto le dé igual a un Cosmos entendido como estructura tan rica en materia, energía y vida, que no puede sentir la diferencia entre lo que a diario nace y muere. A quien no le es indiferente es al Autor y Habitante por excelencia de ese Cosmos, que con nosotros mismos vive, siente y experimenta, su Creación. Él nos ha dado la capacidad de elegir y, aunque respete nuestras decisiones equivocadas, no dejará de lamentar cualquier pérdida, porque, como explicaba Jesucristo, *“Hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados”* (Mt 10,30).

Por estas razones y todas las que antes se dieron, entiendo que la espiritualización del ser humano es un acontecimiento del todo imprescindible, querido y ofrecido por Dios y por ello puesto al alcance de cualquiera. Y por eso estoy de acuerdo en que bien puede alcanzar en este siglo su despegue definitivo, después de cientos de años de tanteo. Pasaron ya los tiempos en que este crecimiento interior resultara patrimonio exclusivo de personajes cultivados y esotéricos, de filósofos y de santos; atesorado en cuevas iniciáticas o monasterios alejados; desarrollado en libros especializados y transmitido mediante rituales selectos. Ahora es conocimiento de mil maneras divulgado y ofrecido con naturalidad y sencillez a la gente que rehúye lo abstracto, elevado o difícil de entender, porque Dios no puede ser patrimonio exclusivo de los piadosos ni trasunto de las religiones, excusa de gobernantes que buscan un respaldo a su autoridad y coartada moral de quienes gustan de dividir el mundo en santos y pecadores, en buenos y malos.

Podríamos decir que es tiempo de dejar fluir ese “*instinto espiritual*” que, parejo al instinto animal que programa nuestro cerebelo, late en nosotros a la espera de ser invocado. Porque seguramente quien nos ha hecho ha dotado nuestra alma de este automatismo similar al otro, que nos lleva a protegerla, acrecentarla y orientarla hacia su propio destino, ése que está más allá de lo que captan nuestros sentidos. Y para ello la actitud es tan simple como la que tenemos al respirar, sea despiertos o dormidos: dejarle a nuestro organismo hacer, que él sabe de sobra lo que le conviene. Igual también nuestro espíritu, en contacto permanente con su Fuente, se orientará en la dirección correcta en cuanto el cerebro que pretende vivir ajeno a él deje de condicionarle.

Y ahí probablemente está la clave: en dejar al mundo espiritual manifestarse en nuestra materia, en dejar a nuestra alma ser ella misma. Para lo cual basta con “puentear”, como ya expliqué antes, unas inquietudes cerebrales que tienden, por razones de supervivencia, a menospreciar o ignorar lo que no entra en sus esquemas.

Dejar que brote la caridad de la misericordia y el desprendimiento, que se manifieste la capacidad de perdonar y amar incluso a los enemigos, que surja el compromiso de vivir por y para intereses comunes y ajenos antes que propios... Todo eso es abrirse al Espíritu que desde toda la eternidad nos viene preparando como criaturas capaces de entender lo que solo seres espirituales pueden comprender. Y es que la espiritualización es el paso evolutivo que sigue a la racionalización, de tal manera que solo entrando en ella puede decirse que el ser humano alcanza su plenitud en esta etapa, material y temporal, de su existencia. Y si aceptamos que Dios creó al hombre para la inmortalidad, haciéndolo imagen de su mismo ser (ver Sb 2,23; 3,1-9), comprenderemos que esta espiritualización no es sino el primer paso para esa eternidad en Dios que se nos regala.

En esta etapa aún somos materia, pero esta materia está invitada a espiritualizarse en nosotros y a través nuestro. Pues ella, la materia, no es una mera envoltura del espíritu, como muchos antiguos opinaron, sino una manifestación más de ese Espíritu que lo llena todo y lo promueve todo. Y podemos descubrir muy bien ese proceso de espiritualización en Jesucristo, incoado mediante su estilo de vida, anticipado en su muerte cotidiana de entrega a los demás y en la aceptación de su muerte definitiva, y confirmado para siempre en esa manifestación de Vida en la vida que es su resurrección. A nosotros, que tenemos la suerte de conocer ese Evangelio, se nos brinda el conseguirla de una manera tan sencilla y tan hermosa como es seguir las huellas del Nazareno. Sin preocupaciones añadidas; sin ritos ni mitos que distraigan, ni doctrinas complejas o incomprensibles; al margen de quienes se preocupan más por la uniformidad de la creencia que por la santificación del creyente; a contrapelo, incluso, de “modas” filosófico-teológicas. Con la segura bendición de Dios, que es siempre *Inspiración*, y sin más herramientas propias

que el sentido común y la capacidad de secundar el ejemplo sencillo y admirable de un hombre que, lleno del Espíritu divino (Mt 3,16-17), supo descubrir en sí mismo la humanidad de Dios y mostrársela a todos como su Hijo muy amado: Jesús de Nazaret (ver Hch 2,22-36; 10,36-43).

Comprenderemos, entonces, que más que colaboradores de lo divino o espacio en el que Él actúa somos verdadera edificación de Dios, templo en el que habita su Espíritu (ver 1Cor 3,9.16; Ef 2,19-22), y que lo propiamente nuestro, lo que sin duda hemos de llevar a cabo, es “*revestirnos del Hombre Nuevo*” que Dios quiere recrear en nosotros a su imagen para que alcancemos el conocimiento perfecto, esa transformación que permite entrar en el *plan de Dios*, hacer de su voluntad la nuestra (ver Ef 4,24; Col 3,9-15; Rm 12,2). Y así entenderemos a Jesucristo cuando decía que, ciertamente, estamos en este mundo material, pero que no le pertenecemos y que por eso ha venido a rescatarnos a ambos (ver Jn 12,25.47; 15,19; 17,14-16).

# EPÍLOGO

## AMOR DIVINO MANIFESTADO

---

El amor, para estar libre de querencias y deseos, para serlo con mayúscula, debe brotar de Dios, debe ser manifestación de su Espíritu.

Solo un Amor que trasciende y nos trasciende, que brota de Dios y desde nuestra existencia se derrama sobre el mundo y la vida que habitamos, puede ser considerado como amor auténtico y pleno.

Nos hace instrumentos de Dios, pero no esclavos; proyección suya y nunca copias; presencia del Todo pero no impostura.

Y brota de nuestro corazón con total naturalidad en la medida que abrimos las puertas de nuestro ser a su Voluntad. Como María de Nazaret, como su hijo Jesús, el Cristo.

Colma los anhelos más profundos de nuestro ser y da verdadera respuesta a lo que necesita cuanto nos rodea; inspira nuestra actividad y es coherente con los anhelos de entendimiento y fraternidad que llevamos dentro.

Y nos abre, para siempre, las puertas de la Eternidad y el Gozo al impregnarnos de la Vida y la Inmortalidad que conlleva. Pues solo puede perdurar y disfrutarse lo que está en conexión plena con quien es Vida y Amor, quien acepta la existencia como manifestación permanente de su Espíritu.

\* \* \*

*«El hombre bueno y sabio somete su voluntad a la de Aquel que administra el universo, como los buenos ciudadanos someten su voluntad a la ley de la ciudad».*

Epícteto, Diatribas I

\* \* \*

*«Así pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la*

*tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios».*

Colosenses, 3,1-3

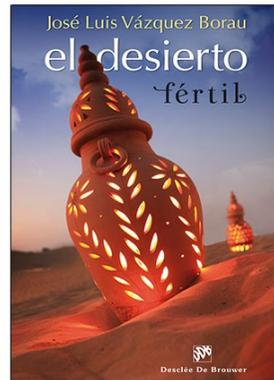
## ACERCA DEL AUTOR



*Chema Álvarez* misionero del Sagrado Corazón, es licenciado en Filosofía, Teología y Sagrada Escritura, y veterano redactor de publicaciones MSC además de autor de otros libros. Con larga experiencia pastoral con jóvenes y adultos, y de trabajo social con colectivos marginales, en la actualidad prepara y ofrece formación bíblica, humana y espiritual, a diferentes grupos. Igualmente acompaña en su caminar en la fe a comunidades seculares MSC y otros grupos que participan del carisma y la espiritualidad propios de los Misioneros del Sagrado Corazón.

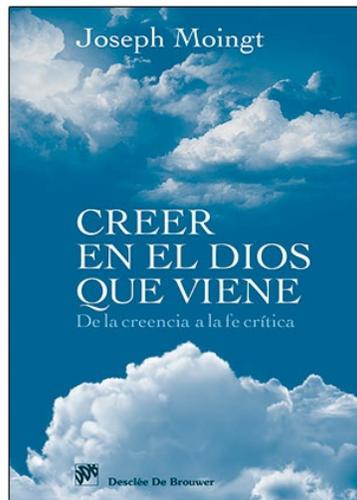
## OTROS LIBROS

---



Adquiera todos nuestros ebooks en

[www.ebooks.edesclée.com](http://www.ebooks.edesclée.com)



## **Creer en el Dios que viene**

De la creencia a la fe crítica

Joseph Moingt

ISBN: 978-84-330-2809-9

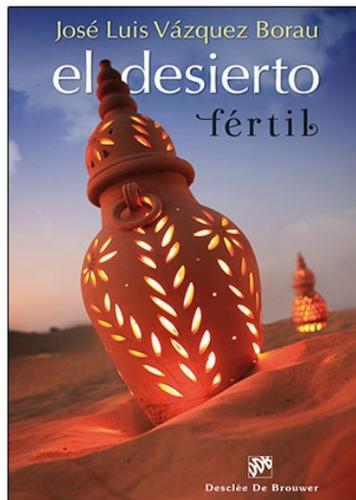
[www.edesclée.com](http://www.edesclée.com)

La fe cristiana tiene como singularidad, origen e historia creer en un Dios que ha hablado a los hombres desde siempre y que ha venido a habitar entre ellos hace ahora dos mil años, encarnado en Jesús de Nazaret, muerto en una cruz y vuelto a llamar por Dios a la vida para conducir a la humanidad a su destino eterno. Sin embargo, esta revelación, recibida de la debilidad y de la locura de la cruz, dice san Pablo, es difícil de creer, y cae de tan alto y viene de tan lejos que parece en vías de desaparecer de la cultura occidental, a la que ha inspirado y regentado durante tanto tiempo. Este libro revisa la tradición que ha difundido esta fe y experimenta si esta todavía es capaz de hacer creer que Dios viene a los hombres desde el futuro de nuestro destino.

La tradición cristiana proclama que Jesús es el Hijo eterno de Dios, nacido hombre de la Virgen María para regenerar la humanidad en el Espíritu de Dios y conducirla por la Iglesia a la vida eterna. Ahora bien, la ciencia moderna de los textos bíblicos y evangélicos ha cavado un foso entre lo que se puede conocer con certeza sobre la historia de Jesús y la interpretación que ha hecho de ella el dogma de la Iglesia, dogma que la evolución de los espíritus hace poco creíble a nuestros contemporáneos. De ahí que los teólogos, que pretenden respetar la verdad histórica de los textos y hacerlos inteligibles a nuestro tiempo, se sientan obligados a repensar esta tradición en su totalidad a la luz de una fe crítica. Eso es lo que ambiciona este libro: emprender un proceso de veracidad y de libertad en la búsqueda del sentido de la fe.

Con este objeto el autor emprende la tarea de descifrar el misterio que tiende a expresarse bajo el mito de la preexistencia de Cristo, idea que se encuentra en la base de los conceptos de trinidad, encarnación y redención en el dogma: de hecho, se trata de la revelación de la humanidad de Dios, comprendida como el amor por el que Dios entra en comunicación con los hombres para liberarles de su finitud, del repliegue

egoísta y mortífero de cada uno sobre sí mismo, algo que les impide llegar a la unidad entre ellos y con el universo.



## **El desierto fértil**

José Luis Vázquez Borau

ISBN: 978-84-330-2810-5

[www.edeslee.com](http://www.edeslee.com)

En el silencio alumbran grandes cosas. Hay que ir a nuestro espacio interior para dejar florecer en nosotros la experiencia estética fruto de la Belleza.

Hay que adentrarse en las profundidades de nuestro ser para que florezca la experiencia ética fruto de la Verdad; hay que dejarse llevar a lo más profundo de nuestro ser para que florezca la experiencia mística fruto de la Bondad.

Hay que pasar por el desierto para descubrir la realidad y poder regresar con los ojos iluminados por el Amor y las manos dispuestas para la acogida y el servicio a los hermanos, en especial los más necesitados.

Para descubrir el sentido de la vida hay que pasar por el desierto, y para que este sea fértil hay que dejarse conducir por el Espíritu.



## **Todo confluye**

Espíritu y espiritualidad en los movimientos altermundistas

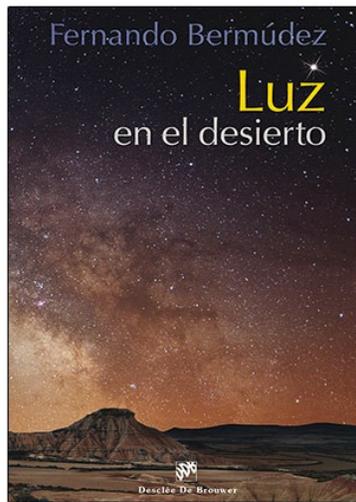
José Eizaguirre

ISBN: 978-84-330-2802-0

[www.edesclee.com](http://www.edesclee.com)

Este libro es el resultado de un cruce, el de la sensibilidad social con la sensibilidad espiritual. En contra de lo que parecería natural y lógico, ambos mundos no van siempre unidos. Por un lado, muchas personas implicadas en las iniciativas y movimientos por otro mundo mejor posible no parecen mostrarse interesadas por cultivar la espiritualidad ni por la religión. Por otro lado, muchos creyentes, cuya fe se desenvuelve en el seno de la Iglesia, miran con escepticismo y desconfianza a los nuevos movimientos sociales, al ecologismo y feminismo, a los partidos políticos alternativos, a las experiencias de economía social y, en general, a las nuevas iniciativas que pregonan que "otro mundo es posible" (de ahí la palabra alter-mundista).

El autor muestra la íntima conexión entre ambos mundos. Estamos ante un nuevo paradigma cultural que se refleja en una espiritualidad cuyos rasgos se apuntan aquí con claridad: conciencia, integración, confianza, transformación. Y, junto al recorrido descriptivo-narrativo, se propone la práctica del silencio como un camino concreto para adentrarse en esta nueva conciencia, pues "no hay cambio estructural sin cambio personal y no hay cambio personal sin silencio interior". Por eso el libro incluye ejercicios guiados que invitan y quieren ayudar al lector a hacer su propia experiencia.



## Luz en el desierto

Fernando Bermúdez

ISBN: 978-84-330-2794-8

[www.edesclée.com](http://www.edesclée.com)

A raíz de la alianza de la Iglesia con los poderes imperiales, en el siglo IV, se generó un movimiento de protesta silenciosa por el que multitud de hombres y mujeres se retiraron al desierto.

Este libro hace una relectura de aquel acontecimiento histórico desde la realidad social y eclesial de hoy, para apuntalar el camino de vuelta a las fuentes de la fe cristiana y a la simplicidad de vida de las primeras comunidades. La Iglesia necesita vivir en permanente reforma, siempre con la mirada puesta en Jesús, lo cual requiere de una permanente conversión personal y comunitaria, fruto del silencio y experiencia de desierto. ¿Es posible vivir la espiritualidad del desierto en el trajín de cada día?

El ermitaño, protagonista principal de este relato simbólico, descubrió en la soledad del desierto que solo el amor y el servicio a la humanidad sufriente es lo que importa. Ahí encontró la luz que dio sentido a su vida, luz que ilumina la vida del creyente y señala el camino para la reforma que la Iglesia necesita.

Estas páginas fueron escritas en un clima de silencio, vivido y orado desde la pasión por una nueva humanidad y por una Iglesia sencilla al servicio de los pobres y solidaria con la humanidad sufriente.

# CAMINOS

---

Director de Colección: Francisco Javier Sancho Fermín

1. Martín Bialas: *La “nada” y el “todo”*.
2. José Serna Andrés: *Salmos del Siglo XXI*.
3. Lázaro Albar Marín: *Espiritualidad y praxis del orante cristiano*.
5. Joaquín Fernández González: *Desde lo oscuro al alba*.
6. Karlfried Graf Duckheim: *El sonido del silencio*.
7. Thomas Keating: *El reino de Dios es como... reflexiones sobre las parábolas y los dichos de Jesús*.
8. Helen Cecilia Swift: *Meditaciones para andar por casa*.
9. Thomas Keating: *Intimidad con Dios*.
10. Thomase Rodgerson: *El Señor me conduce hacia aguas tranquilas. Espiritualidad y Estrés*.
11. Pierre Wolff: *¿Puedo yo odiar a Dios?*
12. Josep Vives S.J.: *Examen de Amor. Lectura de San Juan de la Cruz*.
13. Joaquín Fernández González: *La mitad descalza. Oremus*.
14. M. Basil Pennington: *La vida desde el Monasterio*.
15. Carlos Rafael Cabarrús S.J.: *La mesa del banquete del reino. Criterio fundamental del discernimiento*.
16. Antonio García Rubio: *Cartas de un despiste. Mística a pie de calle*.
17. Pablo García Macho: *La pasión de Jesús. (Meditaciones)*.
18. José Antonio García-Monge y Juan Antonio Torres Prieto: *Camino de Santiago. Viaje al interior de uno mismo*.
19. William A. Barry S.J.: *Dejar que le Creador se comuniquen con la criatura. Un enfoque de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola*.
20. Willigis Jäger: *En busca de la verdad. Caminos - Esperanzas - Soluciones*
21. Miguel Márquez Calle: *El riesgo de la confianza. Cómo descubrir a Dios sin huir de mí mismo*.
22. Guillermo Randle S. J.: *La lucha espiritual en John Henry Newman*.
23. James Empereur: *El Eneagrama y la dirección espiritual. Nueve caminos para la guía espiritual*.
24. Walter Brueggemann, Sharon Parks y Thomas H. Groome: *Practicar la equidad, amar la ternura, caminar humildemente. Un programa para agentes de pastoral*.
25. John Welch: *Peregrinos espirituales. Carl Jung y Teresa de Jesús*.
26. Juan Masiá Clavel S. J.: *Respirar y caminar. Ejercicios espirituales en reposo*.
27. Antonio Fuentes: *La fortaleza de los débiles*.
28. Guillermo Randle S. J.: *Geografía espiritual de dos compañeros de Ignacio de Loyola*.
29. Shlomo Kalo: *“Ha llegado el día...”*.
30. Thomas Keating: *La condición humana. Contemplación y cambio*.
31. Lázaro Albar Marín Pbro.: *La belleza de Dios. Contemplación del icono de Andréi Rublev*.
32. Thomas Keating: *Crisis de fe, crisis de amor*.
33. John S. Sanford: *El hombre que luchó contra Dios. Aportaciones del Antiguo Testamento a la Psicología de la Individuación*.
34. Willigis Jäger: *La ola es el mar. Espiritualidad mística*.
35. José-Vicente Bonet: *Tony de Mello. Compañero de camino*.
36. Xavier Quinzá: *Desde la zarza. Para una mistagogía del deseo*.
37. Edward J. O’heron: *La historia de tu vida. Descubrimiento de uno mismo y algo más*.
38. Thomas Keating: *La mejor parte. Etapas de la vida contemplativa*.

39. Anne Brennan y Janice Brewi: *Pasión por la vida. Crecimiento psicológico y espiritual a lo largo de la vida.*
40. Francesc Riera I Figueras, S. J.: *Jesús de Nazaret. El Evangelio de Lucas (I), escuela de justicia y misericordia.*
41. Ceferino Santos Escudero, S. J.: *Plegarias de mar adentro. 23 Caminos de la oración cristiana.*
42. Benoît A. Dumas: *Cinco panes y dos peces. Jesús, sus comidas y las nuestras. Teovisión de la Eucaristía para hoy.*
43. Maurice Zundel: *Otro modo de ver al hombre.*
44. William Johnston: *Mística para una nueva era. De la Teología Dogmática a la conversión del corazón.*
45. Maria Jaoudi: *Misticismo cristiano en Oriente y Occidente. Las enseñanzas de los maestros.*
46. Mary Margaret Funk: *Por los senderos del corazón. 25 herramientas para la oración.*
47. Teófilo Cabestrero: *¿A qué Jesús seguimos? Del esplendor de su verdadera imagen al peligro de las imágenes falsas.*
48. Servais Th. Pinckaers: *En el corazón del Evangelio. El "Padre Nuestro".*
49. Ceferino Santos Escudero, S. J.: *El Espíritu Santo desde sus símbolos. Retiro con el Espíritu.*
50. Xavier Quinzá Lleó, S. J.: *Junto al pozo. Aprender de la fragilidad del amor.*
51. Anselm Grün: *Autosugestiones. El trato con los pensamientos.*
52. Willigis Jäger: *En cada hora hay eternidad. Palabras para todos los días.*
53. Gerald O'collins: *El segundo viaje. Despertar espiritual y crisis en la edad madura.*
54. Pedro Barranco: *Hombre interior. Pistas para crecer.*
55. Thomas Merton: *Dirección espiritual y meditación.*
56. María Soave: *Lunas... Cuentos y encantos de los Evangelios.*
57. Willigis Jäger: *Partida hacia un país nuevo. Experiencias de una vida espiritual.*
58. Alberto Maggi: *Cosas de curas. Una propuesta de fe para los que creen que no creen.*
59. José Fernández Moratíel, O.P.: *La sementera del silencio.*
60. Thomas Merton: *Orar los salmos.*
61. Thomas Keating: *Invitación a amar. Camino a la contemplación cristiana.*
62. Jacques Gautier: *Tengo sed. Teresa de Lisieux y la madre Teresa.*
63. Antonio García Rubio: *Aún queda un lugar en el mundo.*
64. Anselm Grün: *Fe, esperanza y amor.*
65. Manuel López Casquete de Prado: *Regreso a la felicidad del silencio.*
66. Christopher Gower: *Hablar de sanación ante el sufrimiento.*
67. Katty Galloway: *Luchando por amar. La espiritualidad de las bienaventuranzas.*
68. Carlos Rafael Cabarrús: *La danza de los íntimos deseos. Siendo persona en plenitud.*
69. Francisco Javier Sancho Fermín, O.C.D.: *El cielo en la Tierra. Sor Isabel de la Trinidad.*
70. Thomas Merton: *Paz en tiempos de oscuridad. El testamento profético de Merton sobre la guerra y la paz.*
71. Xavier Quinzá Lleó, S. J.: *Dios que se esconde. Para gustar el misterio de su presencia.*
72. Thomas Keating: *Mente abierta, corazón abierto. La dimensión contemplativa del Evangelio.*
73. Anselm Grün - ramona robben: *Marcar límites, respetar los límites. Por el éxito de las relaciones.*
74. Teófilo Cabestrero: *Pero la carne es débil. Antropología de las tentaciones de Jesús y de nuestras tentaciones.*
75. Anselm Grün - fidelis ruppert: *Reza y trabaja. Una regla de vida cristiana.*
76. Manuel López Casquete de Prado: *Las dos puertas. La reconciliación interior en la experiencia del silencio.*
77. Thomas Merton: *El signo de Jonás. Diarios (1946-1952).*
78. Patricia McCarthy: *La palabra de Dios es la palabra de la paz.*
79. Thomas Keating: *El misterio de Cristo. La Liturgia como una experiencia espiritual.*
80. Joseph Ratzinger -Benedicto XVI-: *Ser cristiano.*
81. Willigis Jäger: *La vida no termina nunca. Sobre la irrupción en el ahora.*
82. Sanae Masuda: *La espiritualidad de los cuentos populares japoneses.*
83. Eusebio Gómez Navarro: *Si perdonas, vivirás. Parábolas para una vida más sana.*
84. Elizabeth Smith - Joseph Chalmers: *Un amor más profundo. Una introducción a la Oración Centrante.*
85. Carlo M. Martini: *Los ejercicios de San Ignacio a la luz del Evangelio de Mateo.*

86. Carlos R. Cabarrús: *Haciendo política desde el sin poder. Pistas para un compromiso colectivo, según el corazón de Dios.*
87. Antonio Fuentes Mendiola: *Vencer la impaciencia. Con ilusión y esperanza.*
88. María Victoria Triviño, O.S.C.: *La palabra en odres nuevos, presencia y latido. Una mirada hacia el Sínodo de la palabra.*
89. Robert E. Kennedy, S. J.: *Los dones del Zen a la búsqueda cristiana.*
90. Willigis Jäger: *Sabiduría de Occidente y Oriente. Visiones de una espiritualidad integral.*
91. Dorothee Sölle: *Mística de la muerte.*
92. Thomas Merton: *La vida silenciosa.*
93. Eusebio Gómez Navarro, O.C.D.: *¿Por qué a mí? ¿Por qué ahora? Y ¿por qué no? Sentido del sufrimiento.*
94. Mary Margaret Funk, O.S.B.: *La humildad importa. Para practicar la vida espiritual.*
95. Teófilo Cabestrero: *Entre el sufrimiento y la alegría. Nuestra experiencia actual y la experiencia de Jesús de Nazaret.*
96. William A. Meninger, O.C.S.O.: *El proceso del perdón.*
97. Laureano Benítez: *Cuentos cristianos. Una fuente de espiritualidad.*
98. Dietrich Bonhoeffer: *Los Salmos. El libro de oración de la Biblia.*
99. José Luis Vázquez Borau: *La inteligencia espiritual o el sentido de lo sagrado.*
100. Eugen Drewermann: *Sendas de Salvación.*
101. Anselm Grün: *El camino a través del desierto. 40 dichos de los padres del desierto.*
102. Antonio Fuentes Mendiola: *La alegría de perdonar: El odio superado por el amor.*
103. Gisela Zuniga: *Está todo ahí: mística cotidiana.*
104. Teófilo Cabestrero: *¿Por qué tanto miedo? Los miedos en la vida humana, el miedo de Jesús, nuestros miedos en la Iglesia actual.*
105. Thomas Keating: *Terapia divina y adicción. La oración centrante y los doce pasos.*
106. Regina Bäumer - Michael Plattig (ed.): *Noche oscura y depresión. Crisis espirituales y psicológicas: naturaleza y diferencias.*
107. Lola Poveda Piérola: *Conciencia energía y pensar místico. El hoy de Teresa de Jesús y Juan de la Cruz.*
108. Mariano Ballester: *Meditación profunda y autoconocimiento.*
109. Lázaro Albar Marín: *Hacia la orilla de Dios. Camino de crecimiento espiritual.*
110. Eusebio Gómez Navarro: *Escucha su latido. Encuentro con Cristo.*
111. Yolanda Velázquez Cortés: *Aprendiendo de Jesús a expresar nuestras emociones.*
112. Anselm Grün: *Los sueños de la vida. Guías hacia la felicidad.*
113. Lázaro Albar Marín: *Hacia la cumbre de Dios. Mística y compromiso de vida.*
114. Anselm Grün: *El espacio interior.*
115. Enrique Montalt Alcayde: *Sentirse habitado por la presencia.*
116. Anselm Grün - Michael Reepen: *Los gestos de la oración.*
117. Fr. Benjamín Monroy Ballesteros, OFM: *Contempla y quedarás radiante. Místicos franciscanos hoy.*
118. Manuel López Casquete de Prado: *La tienda del encuentro. A Jesús por el camino del silencio.*
119. Carlos Rafael Cabarrús, s. j.: *Puestos con el hijo. Guía para un mes de ejercicios en clave de justicia.*
120. Txemi Santamaría: *La interioridad. Un viaje al centro de nuestro ser.*
121. Manuel Regal Ledo: *Los salmos hoy. Versión oracional a la luz del evangelio.*
122. Romano Guardini: *El comienzo de todas las cosas. Meditaciones sobre Génesis, capítulos 1-3.*
123. Francesc Grané: *Alimento del deseo infinito.*
124. Anselm Grün: *En camino hacia la libertad. Palabras de ánimo para los jóvenes.*
125. Romano Guardini: *Sabiduría de los salmos. Meditaciones.*
126. Anselm Grün - Friedrich Assländer: *La espiritualidad en el trabajo. Dar un nuevo sentido a la profesión.*
127. Antonio López Baeza: *Ojos nuevos para un mundo nuevo. De la experiencia mística a "otro mundo posible".*
128. Miguel Ángel Mesa Bouzas: *Espiritualidad para tiempos de crisis.*

129. Jacques Gauthier: *Diez actitudes interiores. La espiritualidad de Teresa de Lisieux.*
130. Anselm Grün - Wwilligis Jäger: *El misterio más allá de todos los caminos. Lo que nos une, lo que nos separa.*
131. Manuel García Hernández: *Ensayo sobre vida y espiritualidad.*
132. Anselm Grün: *Pureza de corazón. Caminos de la búsqueda de Dios en el antiguo monacato.*
133. Teófilo Cabestrero: *Jesús, el hombre que ama como Dios. Vivir hoy la condición humana al estilo de Jesús.*
134. Anselm Grün: *Humildad y experiencia de Dios*
135. Fernando Bermúdez López: *Luz en el desierto*
136. José Luis Vázquez Borau: *El desierto fértil*
137. Timothy Radcliffe: *Las estaciones del via crucis*
138. Chema Álvarez: *Espiritualización del ser humano*

# Índice

Portadilla	2
Créditos	4
Introducción	5
Primera Parte. Espiritualizarse	6
Prólogo	8
Los diferentes niveles	10
La religión	13
Las revelaciones	17
La espiritualidad	22
Hacia el cuarto nivel	26
Comunicación-comunión con el creador	29
Comunicación-comunión con lo creado	33
Sin ritos ni dogmas	37
De chamanes, sacerdotes y gurús	42
El fin del pecado y la condena	46
“Escribiré mi ley en vuestros corazones”	51
La dignidad que hay que descubrir y vivir	56
Viendo a dios con otros ojos	60
Evolucionar espiritualmente	64
Segunda Parte. Vivir en el espíritu	68
Grandeza oculta	70
La espiritualidad, paso obligado	74
Los puntos de partida	78
Una nueva idea de dios	82
Herramientas para descubrir	86
La manifestación de lo divino	90
descubriendo a dios en la vida	94
La espiritualidad como camino	98
La esencia de la espiritualidad	102
Un camino sencillo	106
Vivir la empatía	110
Un “final” que es principio	114

Hacia la identificación plena	118
El proceso místico	122
Mística para torpes	127
Vivir hoy la espiritualidad	131
Epílogo. Amor divino manifestado	135
Acerca del autor	137
Otros Libros	138
Crear en el Dios que viene	139
El desierto fértil	141
Todo confluye	142
Luz en el desierto	143
Colección Caminos	144